
ISTHA NÁTIMO
TRAS LAS CARAS DEL POLIEDRO
Letrame
Grupo Editorial

Letrame Editorial.

www.Letrame.com

info@Letrame.com

Diseño de edición: Letrame Editorial.

Maquetación: Juan Muñoz Céspedes

Diseño de portada: Rubén García

Supervisión de corrección: Ana Castañeda

ISBN: 978-84-1068-062-3

A mi padre, por inspirarme tanto

Gortozit an noz evit lavarout eo bet kaer an deiz.

Esperen hasta la noche para decir que el día ha sido hermoso.

1

No pude evitar un estremecimiento al acercarme. Un escalofrío de esos que nacen desde el interior en forma de sensación de indefensión ante la incertidumbre. Una sacudida que te incapacita para moverte, para seguir caminando hasta tu objetivo.

Hacía demasiado tiempo que no visitaba aquella casa. Y ahora los motivos eran bien distintos a los de la última vez. La sensación de añoranza era tan grande que dolía. Y en esta ocasión, mi melancolía iba unida a los sentimientos de culpa por no haber estado más cerca los últimos meses. Sin embargo, ya era tarde para arrepentimientos.

Acababa de entrar el mes de mayo y los días se presentaban nublados, con alguna llovizna durante la mañana, pero con una sensación térmica suave. Aun así, había decidido enfundarme en una fina gabardina gris, quizá para sentirme más protegida.

A veces las prendas de abrigo no solo sirven para evitar las inclemencias del tiempo. Y aquella mañana, al abrir el armario, casi sin pensarlo, cogí la prenda que me iba a proteger también de la tristeza.

Tenía claro que mi agitación no se debía a las condiciones climatológicas. Se publicaban artículos que explicaban como personas que recientemente habían perdido a un ser querido solían sentir su presencia con relativa frecuencia. Sobre todo, si, como yo, sentían que no habían dicho a la persona fallecida todo lo que sentían. Bien sabía que todo aquello era totalmente cierto.

Aún no había entrado en la casa y ya podía percibir aquel sutil aroma a jazmín que siempre envolvía a la abuela.

Ajusté bien el cinturón de la gabardina, subí las solapas, contuve la respiración y, situándome frente a la casa, saqué las llaves del bolso.

Siempre llevo bolsos grandes para poder cargar con las múltiples cosas que necesito y me suele costar encontrar las llaves, pero en ese momento, sin mirar en el interior, fui capaz de atraparlas a la primera. Pensé que lo más probable fuera que la culpa la tuviese ese llavero.

Era un llavero con cuatro llaves, dos antiguas y dos más modernas.

Las antiguas las reconocí al instante; eran la que abría la entrada a la casa y la de la puerta que nos conducía al jardín. Las otras dos, aunque también simulaban ser antiguas, no lo eran tanto y no sabía qué puertas abrirían.

Junto a ellas, había un pedacito de madera de olivo con una frase escrita en blanco que decía: «TA VIE EST Á TOI».

Leerlo me hizo sonreír. Era algo que siempre decía la abuela. «Tu abuela es una mujer un poco rara», decían mis amigas cuando hablaba de ella. Yo respondía encogiendo los hombros con una sonrisa. Y ellas no sabían lo apropiado de su comentario. La abuela era tan diferente, tan especial.

No pude evitar fijarme en el rosal enredadera que cubría buena parte de la fachada y llegaba a las ventanas superiores. Estaba muy frondoso y sus hojas rojizas se mezclaban con las verdes en un mosaico de colores. Ya apuntaban las pequeñas rosas blancas que tanto le gustaban. Aún no desprendían aroma, pero pronto lo harían y convertirían el quicio de la puerta en un vergel aromático.

El portón de madera estaba recién pintado y lucía más blanco que nunca. La cantidad de veces que había golpeado aquella puerta con los nudillos… ¡Cómo recuerdo mis movimientos de impaciencia mientras esperaba a que la abuela viniera canturreando por el pasillo!

El pomo y la aldaba de hierro en forma de flor de lis tenían un brillo especial. O, al menos, yo no las recordaba tan relucientes. Es curioso como nos habituamos tan rápidamente a los objetos que nos rodean y dejamos de fijarnos en ellos. Sin embargo, cuando volvemos a verlos un tiempo después, encontramos cientos de características que desconocíamos o simplemente habíamos olvidado que estuvieran allí.

Lo que recordaba con claridad eran los azulejos que había a los lados de la puerta. Eran unos azulejos que siempre identifiqué con la piel de las serpientes.

Aquellas vetas marrones y beiges representaban en mi cabeza las escamas de los reptiles, y su tacto frío, que siempre rozaba antes de llamar a la puerta, no hacía más que corroborar que se trataba de una representación de aquellos animales.

La abuela siempre me decía, con una amplia sonrisa, que tenía una imaginación desbordante y, guiñándome un ojo, me contaba que a ella también le parecían el cuerpo frío y escamado de una serpiente.

Desde la última vez que estuve allí, había una novedad: la abuela había colocado una pequeña jardinera blanca sobre los azulejos, a la izquierda de la puerta en la que había plantado una pequeña enredadera, que, aunque estaba algo descuidada, al acercarme descubrí que se trataba de jazmín.

Esto volvió a hacerme estremecer. ¿Por qué habría plantado la abuela jazmín en la entrada a la casa? Siempre le habían gustado las rosas blancas de pitiminí y ya formaban suficiente enredadera para cubrir la mayor parte de la fachada. No entendía muy bien qué sentido tenía aquella alborotada planta de jazmín.

En ese momento, la suave brisa hizo que mi cabello se alborotara y unos mechones se acercaran a mi rostro. Con el pretexto de apartarlos, hice lo mismo con la lágrima que caía por mi mejilla derecha.

Antes de entrar acaricié levemente la reluciente placa dorada que había cerca del timbre, una placa que, desde que aprendí las letras, acostumbraba a leer cada vez que me acercaba a la puerta.

«Maison Coursan», decía. Y, al igual que ocurría con la aldaba y el pomo, había sido lustrada recientemente.

Subí con determinación los tres escalones de piedra gris algo desgastados que me separaban de la entrada y, con un nudo en el estómago, introduje la llave en la cerradura, sujeté el pomo como siempre hacía la abuela y abrí la puerta.

Ella siempre decía que para que una puerta antigua abra bien durante toda su existencia hay que tratarla con delicadeza y atraerla un poco hacia ti, así como levantándola ligeramente. «La puerta también necesita mimos», me explicaba con esa voz dulce que no podía dejar de recordar en ese y muchos otros momentos de mi vida. Esa voz que me acompañaba, aunque no estuviese cerca.

Hasta que no fui adolescente ella no me hizo una copia de las llaves y entonces pude comprobar por mí misma cuánta razón tenía.

2

La abuela Muriel no había vivido en aquel edificio desde siempre. Lo comenzó a habitar varios años antes de mi nacimiento.

Una casa llena de misterio que, desde que tuve uso de razón, siempre habitó en soledad. O, al menos, eso parecía al principio.

El abuelo y ella llevaban muchos años separados, pero tenían una relación excelente. Habían decidido separarse de mutuo acuerdo cuando mamá tenía 9 años y, como siempre solía ocurrir, las decisiones se tomaban a tres. Y así fue, sin dramas y sin discusiones, como mamá se quedó a vivir con el abuelo.

Muriel tenía un puesto de enfermera en la unidad de daño cerebral de uno de los hospitales más importantes de Montpellier. Trabajaba en turno de mañana y por las tardes hacía visitas domiciliarias a algunos de los pacientes que ya tenían el alta hospitalaria, pero continuaban precisando cuidados sanitarios.

Un par de días a la semana dejaba libre la tarde para poder pasarla con Elise, mi madre. Ese tiempo lo dedicaban a pasear, ir de compras, contarse mil y un secretos y cenar juntas. En algunas ocasiones comían los tres en alguno de los restaurantes favoritos de Elise.

A pesar de no vivir juntos, Muriel y Fabrice eran, sobre todo, amigos; y, si bien su relación de pareja había terminado, conservarían para siempre su amistad.

El día que decidieron poner punto final a la relación lo hicieron entre risas, sabiendo que, a pesar de tener una hija maravillosa en común y de haber vivido juntos momentos especiales, nunca había sido un amor romántico y apasionado de esos de los que se habla en las películas.

Se conocían desde niños y, desde que recordaban, siempre habían estado ahí cerca el uno del otro. Vivían en el mismo barrio y, aunque sus padres se conocían, no había una relación muy cercana entre ellos. Pero eso no les importó.

Según iban creciendo, el nexo lo hacía con ellos y un día, casi sin darse cuenta, se encontraron buscando una casa para convivir.

Como siempre decía Muriel, «hay que dejar que la vida fluya en la dirección correcta», y en ese momento esa era la dirección que necesitaban tomar.

Muriel acababa de terminar sus estudios de enfermería y Fabrice estaba a punto de empezar a trabajar en un estudio de paisajismo muy prestigioso de la región. Estaban tan ilusionados en compartir sus proyectos que al final se convirtió en uno solo.

Seguían queriéndose como cuando eran niños, un amor fraterno que en algún momento se convirtió en pasión y después volvió a ser fraterno, sin dramas ni lamentos. Simplemente, ocurrió.

En medio de aquella relación de amor y amistad nació Elise. Así, sin proponérselo. Un día Muriel anunció su embarazo y ambos lo recibieron con naturalidad. Sin especial efusividad ni tampoco con reproches.

Fabrice seguía trabajando en el estudio y la mayor parte del tiempo podía permanecer en casa, salvo cuando tenía que entregar algún proyecto o supervisar las obras. Era esa la principal razón que había provocado la decisión de que Elise se quedase a vivir en la casa familiar con Fabrice.

Eso y que a la niña le encantaba el barrio. Lleno de bullicio, de tiendas, restaurantes, y muy cerca de la parada de tranvía, que acercaba a cualquier parte de la ciudad.

Muriel, por su parte, alquiló un pequeño estudio cerca del hospital y a un par de paradas en tranvía de ellos. Se veían con tanta frecuencia que parecía que seguían siendo la misma familia unida de antaño.

Para ellos poco había cambiado y a las amigas de Elise siempre le pareció una familia un tanto curiosa. No en vano la mayoría de las chicas cuyos padres se habían separado contaban como mantenían discusiones frecuentes o existía un constante malestar entre ellos.

Sin embargo, en el momento en que conocían a Muriel se daban cuenta de que era lógico que así fuera, porque irradiaba una naturalidad en cada gesto, en cada mirada, en cada palabra, que nadie podría imaginarse algo diferente a una familia como la nuestra.

Una vez al año viajaban a la Bretaña, de donde procedía Fabrice, y, a pesar de la separación, lo hacían juntos como si nada hubiera sucedido. De hecho, no comentaron nada a la familia bretona, porque

tampoco lo hubieran entendido. Los padres de Fabrice, tras pasar prácticamente toda su vida laboral en Montpellier, decidieron al jubilarse regresar a su pueblo, Dinan.

Loan, la única hermana de Fabrice, que solo tenía 16 años cuando sus padres se jubilaron, vivía también en Dinan con sus tres hijos pequeños.

A Elise le encantaba volver cada año, allí tenía muchos amigos, además de los primos, y para Fabrice y Muriel era tan natural aquel viaje que jamás se plantearon cambiar de planes por haber puesto punto final a su relación de pareja.

Muriel no entendía muy bien la personalidad bretona; el abuelo era bretón de nacimiento, pero llevaba desde que era niño en Montpellier, por lo que no había adquirido aquella forma de ver la vida tan peculiar de los celtas.

Elise era inmensamente feliz cada verano haciendo amigos y disfrutando de las playas. Además, ver a Fabrice tan encantado de poder visitar sus raíces hacía que Muriel se contagiara de aquella felicidad de padre e hija.

3

Henri Coursan tenía 47 años y procedía de Quebec. Llevaba viviendo en Montpellier apenas 2 años. A pesar de que parte de su familia era originaria de Narbonne, hasta que viajó a Francia por trabajo nunca había visitado Europa.

Sus abuelos eran narbonenses, pero emigraron a Canadá al poco tiempo de casarse y allí nació la madre de Henri. Aunque ella se consideraba canadiense, visitaba todos los veranos la ciudad natal de sus padres y se enamoró de ella. Sin embargo, cuando ellos murieron, coincidió también con el nacimiento de Henri y dejó de ir.

Henri era ingeniero aeronáutico; desde muy pequeño le habían fascinado los aviones. Todo el mundo pensaba que su ilusión era ser piloto, pero él tenía otras aspiraciones más allá de tener en sus manos el avión. Quería intervenir en su construcción. Lo que le fascinaba era ver que un monstruo como aquel pudiera mantenerse en el aire sin caerse.

Le entusiasmaba recibir libros de aeronaves cada cumpleaños y maquetas en Navidad. Ser hijo único le ayudaba a pasar mucho tiempo en la soledad de su habitación, con la única compañía de sus aviones.

Cuando comentó a sus padres su idea de ser ingeniero, el orgullo que sintieron fue inmenso y le animaron a ello desde el principio.

El padre de Henri siempre había trabajado en la industria maderera y, aunque ya intuía por su falta de interés que su hijo no iba a dedicarse a lo mismo, no imaginaba que algún día fuese a hacer realidad aquella fascinación por los aviones. Sin embargo, se equivocó.

Henri cursó su sueño con unas calificaciones excelentes y, una vez terminados los estudios, comenzó trabajando a través de una beca en una de las empresas de ingeniería aeroespacial más importantes de Quebec. La beca se convirtió en contrato, y el puesto inicial, en otro de más envergadura. En esos años fue muy feliz, aunque necesitaba más. Le obsesionaba la idea de salir de Canadá y seguir aprendiendo.

Unos años después recibió una oferta de Airbus que le hizo

trasladarse a Toulouse, donde permaneció 4 años. En Toulouse estaban los talleres de montaje final de los principales aviones competidores de Boing. Era una oferta muy tentadora que no pudo rechazar.

Dejar a sus padres en Canadá no era algo que le agradase; el ser hijo único y vivir muy cerca de ellos hizo que sopesase la idea durante mucho tiempo.

Además, su madre tenía últimamente algunos problemas de salud y estaba preocupado por ella, pero su padre le tranquilizó, animándole a aceptar el puesto; era una oportunidad única y sabía la ilusión que le hacía el trabajo. Aun así, él volvía siempre que podía a visitarles.

En Quebec había dejado también a Lorraine, la que él pensaba sería la mujer de su vida, pero ella no tenía tan claro dejar su ciudad natal para vivir en Europa y decidió por ambos que sería mejor separar ahí sus vidas. Aquello destrozó su corazón, pero no le quedó más remedio que respetar su decisión.

Henri no había vuelto a tener ninguna relación sería. En el fondo seguía enamorado de Lorraine y cualquier mujer que se acercaba a su vida tenía la desdicha de ser comparada con ella.

Llevaban juntos más de seis años cuando él salió de Canadá y, aunque ella seguía permaneciendo en la casa que compartía con su hermana, pasaban la mayor parte de la semana en casa de Henri.

No tenía intención de incrementar la convivencia y mucho menos de formalizar la relación con un contrato, como ella denominaba al matrimonio. A Lorraine le apasionaba su libertad y, aunque quería a Henri, estaba mucho más enamorada de su soltería.

Y así, tras 4 años en Toulouse, el ingeniero recibió la oferta para trabajar en el aeropuerto de Montpellier y dudó más que nunca si debía aceptarla. Montpellier no estaba tan lejos de Toulouse como lo había estado Quebec, y sin embargo, algo en su fuero interno le decía que no era buena idea.

Además, se había acostumbrado a la vida en Toulouse. A la velocidad con la que sus habitantes recorrían la ciudad. A los paseos por la plaza del capitolio y el café cuando llegaba el buen tiempo en una de las terrazas situadas en el perímetro de la plaza.

Al poco tiempo de llegar a la ciudad se acercó a la torre Donjon, también denominada Donjon del Capitolio, una torre de inspiración

flamenca que antiguamente formaba parte del Capitolio y, pese a que fue construida en 1525 como archivo local, fue restaurada en el siglo XIX conservándose en perfecto estado. Le llamó la atención el cimborrio de pizarra y el adarve almenado del edificio.

Desde 1948 era utilizada como oficina de turismo. Solicitó un plano con el objetivo de conocer bien el lugar donde iba a pasar los próximos años.

Su primera visita, como no podía ser de otra manera, fue al Capitolio. Era la sede conjunta del ayuntamiento y del teatro de la ciudad.

Delante de la entrada se encontraba la gran cruz occitana o cruz del Languedoc, que era una cruz de doce puntas distintivo de la ciudad y de la región.

Si el patio de Enrique IV le pareció majestuoso, con los blasones y la placa conmemorativa del lugar en el que el Duque de Montmorency, gobernador de Languedoc, fue ejecutado en el siglo XVII, cuando hizo su entrada en la sala de los ilustres quedó impresionado. Era el lugar donde se continuaban celebrando recepciones y las bodas civiles de los tolosanos. Espectaculares lienzos cubriendo las paredes y el techo abovedado de la sala le recibieron al entrar.

Tras pasar un par de salas más, llegó a la última, la del consejo municipal, donde aún se reunían los 69 miembros del mismo.

Algunas tardes, antes de volver a casa se pasaba por el museo de Saint-Raymond y se sentaba en aquel jardín a degustar una cerveza acomodado en una de esas sillas de hierro de color verde hoja, y allí, junto a las palmeras, pasaba el tiempo dedicándose a contemplar la majestuosidad de la Basílica de San Sernín. Sonreía al ver a los múltiples visitantes que acudían a ella impresionados.

Toulouse era una ciudad que le encantó desde que llegó. Además de los monumentos, estaba el inicio del canal de Midi y su confluencia con el canal de la Brionne.

Algunos viernes, al atardecer, se encaminaba a la escalinata de Saint Pierre para contemplar la cúpula del Hospital de la Grave. Otras veces se acercaba al puente Nuevo para ver desde allí el puente de Saint Pierre, por donde en el siglo XIX paseaban carruajes tirados por caballos. El puente cruzaba el río Garona desde la plaza de San Pedro hasta el Hospital de la Grave, construido en el siglo XII para enviar a

los enfermos de la epidemia de peste que asoló la ciudad.

Sería muy difícil para él dejar una ciudad de la que se había enamorado.

4

Nada más entrar, ese aroma a jazmín y madera me envolvió. No pude evitar que mis lágrimas se desbordaran. Aquella pequeña lágrima en la entrada se convirtió en un río de emociones al cruzar el recibidor.

Eran tantos los recuerdos que surgieron al entrar. Era tanta la incertidumbre ante aquella responsabilidad que me había otorgado la abuela.

La intensa luminosidad que entraba por el tragaluz de la escalera a pesar de aquellas nubes que se iban aglomerando en el cielo hizo que esbozara una leve sonrisa que diluyó mis lágrimas. Siempre identificaba la luz con la abuela; era una mujer con tanta energía, tan llena de vida. Y ahora allí estaba yo, sola, con las llaves de su casa y sin ella cerca.

Llevaba más de tres meses cerrada y, sin embargo, me parecía escuchar a la abuela canturrear, el sonido de los pájaros revoloteando y ese aroma a té con especias recién hecho que tanto le gustaba tomarse en el jardín.

Los mosaicos del suelo, que tanto juego habían dado cuando era niña, hoy me parecían más bellos que nunca. Y siempre la flor de lis. En el suelo, en las puertas acristaladas y en la aldaba.

Me llamaba tanto la atención que un día pregunté a la abuela por qué había tantas flores de lis en la casa y ella me explicó que era un símbolo de la realeza francesa, que se utilizaba para reflejar el poder, el honor y la lealtad, pero que para ella tenía un significado más espiritual: la pureza del cuerpo y la mente. Por eso había conservado la simbología que ya existía en la casa y la había complementado con una decoración relacionada con la naturaleza.

Además, sobre la puerta de acceso al salón principal de la planta baja había un grabado en la pared de la imponente cruz cátara y sus cuatro brazos: bondad, pureza, sabiduría y amor.

La abuela me explicó que era imprescindible que los cuatro estuvieran en armonía para tener una vida plena.

Fueron tantas las enseñanzas que recibí de ella en aquella casa cargada de símbolos que saber que ahora era mía me hizo volver a emocionarme.

Conociendo que a mi madre aquella casa nunca terminó de gustarle, era evidente que algún día sería de mi propiedad. Pero no esperaba que fuera tan pronto.

Me sequé las lágrimas con la mano y continué caminando. Necesitaba volver a llenarme de ella, de nosotras. Es lo que tiene la añoranza que te hace volver a cada situación a cada momento, a cada latido.

La primera estancia era el comedor. La abuela no había cambiado nada de él desde mi última visita. Las alacenas de madera blanca con cristales seguían repletas de tazas y platos de diferentes motivos.

Siempre me había fascinado la cantidad de combinaciones que podían hacerse con ellos y lo bien que quedaba la mesa ornamentada para comer.

Tenía al menos 5 juegos de té. Mi favorito era uno con unas pequeñas florecitas en tonos verdes y rosas. No pude evitar acercarme y coger una de las tazas entre mis manos. Los recuerdos se agolparon en mi mente.

—Mallén, deja las tazas, las estoy escuchando tintinear.

—Solo las estaba mirando, Mamiemur.

—Luego si quieres eliges tú las que vamos a utilizar para tomar el té en el jardín.

—¡Síiiii! Gracias, gracias.

Ella sabía lo que tenía que decir en cada momento para hacer sentir bien a cualquier persona que se le acercara. Así era Muriel, mi abuela.

En mi familia, como en muchas otras, teníamos la costumbre de llamar a nuestras abuelas utilizando el «mamie» al principio y la primera sílaba de su nombre. Así, desde que tuve uso de razón, la abuela Muriel siempre fue para mí Mamiemur.

5

Aun así, y dada la insistencia de su jefe, decidió aceptar. Era cierto que las condiciones eran inmejorables y que Montpellier era también una ciudad muy dinámica. Además, sabía que necesitaba un cambio para olvidar de una vez por todas a Lorraine. En Toulouse no había conocido a nadie que mereciera olvidarla. Quizá fuese la oportunidad perfecta.

Cuando se lo comunicó a sus padres, su madre estaba encantada. Había pasado su infancia en Narbonne y acudía a Montpellier con relativa frecuencia de adolescente.

Le recomendó lugares para visitar y le recordó la ilusión que le hacía que fuese a Narbonne a conocer sus raíces.

Estaba a poco más de una hora de camino de Montpellier y sabía que su hijo no se negaría a conocer su procedencia.

Los primeros meses en la ciudad se centró sobre todo en el trabajo. Estaba encantado con las funciones encomendadas y no tenía apenas tiempo para nada más.

Seguía posponiendo esa visita a Narbonne hasta que una noche llamó su padre y le dijo que habían estado visitando al neurólogo y que había diagnosticado un deterioro cognitivo. El abuelo Thibaut había padecido demencia, y también la mayor parte de sus tíos maternos, por lo que era algo que intuían que podía ocurrir.

Para su hijo fue una noticia devastadora, tan lejos de ellos y sin poder hacer nada por acompañar a su padre en esos momentos tan difíciles.

Fue entonces cuando, entre lágrimas, decidió visitar Narbonne para ayudarla a no olvidar. Quizá viviendo cada lugar, respirando cada aroma, saboreando cada alimento, sintiendo cada rincón; quizá así podría hacer sentir a su madre que aún estaba allí.

—¿Quiere también un plano del departamento de Aude o de la región?

—Pues no estoy seguro. En principio solo pensaba visitar

Narbonne. Así que con el plano de la ciudad creo que será suficiente.

—Como quiera, pero no sé si sabe que Aude es el denominado País Cátaro y tiene muchos lugares interesantes para visitar. Y con una gran historia detrás. Supongo que conocerá Carcasonne, ¿no?

Henri no tenía muchas ganas de visitar nada más allá de la ciudad en la que su madre pasó su infancia. Sin embargo, para no contradecir más a aquella amable mujer, aceptó con una sonrisa amarga todos los planos y mapas que ella le ofreció.

Salió cargado de papeles y cabizbajo de la oficina de turismo y se dirigió al Puente de los Comerciantes; aquella mujer le había contado que unía el barrio de Bourg con el centro de la ciudad y que en sus orígenes contaba con 7 arcos que acogían el paso de la Vía Domitia, la primera calzada romana construida en lo que sus antiguos habitantes llamaron la Galia.

Pasear por la orilla del canal de la Robine disfrutando del viaje, recreándose en cada uno de sus puentes repletos de flores de mil colores, le pareció delicioso y comprendió enseguida por qué a su madre le fascinaba aquella ciudad. Los numerosos barcos de recreo se agolpaban en las orillas. De vez en cuando, alguna pequeña embarcación dejaba su rastro en el canal mientras se perdía bajo los puentes.

Se acercó a ver la plaza del ayuntamiento, con el imponente palacio de los arzobispos presidiéndola y en el centro de esta los restos de la vía Domitia recién descubiertos tras unas obras de remodelación en la plaza.

Deambuló por el interior de la catedral, el claustro y los jardines del arzobispado asombrado por tanta belleza. Quería introducirse de pleno en la ciudad; llenarse de aromas, sonidos; paladear cada rincón para hablarle a su madre de todo aquello.

Se sentía tan culpable por no estar cerca de ellos en ese momento que necesitaba hacer algo que ayudase a su madre, pero también a él. Se dio cuenta de que a través de los lugares en los que alguien pasa su infancia puede conocerse mejor su personalidad.

Su madre tenía ese ángel que impregnaba la ciudad, esa magia que se podía sentir en cada rincón. Siempre sonriendo, desenfadada, pero elegante y alegre. Atenta, generosa y afectuosa con todo el mundo. Así sintió a Narbonne.

Continuó paseando y decidió detenerse a comer. Se animó a entrar en un coqueto restaurante en Les Halles. En el plano que la afable mujer de la oficina de turismo le ofreció presumía de ser uno de los mercados más bellos de Francia. Además de los puestos de pescado, carne y fruta, había unos pequeños bares y restaurantes que desprendían una alegría que él necesitaba con urgencia en ese instante.

Le llamó la atención que, pese a que existían mesas, mucha gente prefería degustar el menú en la barra del bar, subidos en unos altísimos taburetes de acero y escay.

Degustó unas ostras típicas de la zona, y la textura y el aroma le llevaron a su país natal, donde las comía habitualmente. Como segundo plato se decantó por una tabla de embutidos y quesos.

Era lo que más le gustaba de Francia, esos quesos cremosos con un toque amargo. La suavidad de la textura al meterlos en la boca mezclada con el ligero picor que provocaban al saborearlos le entusiasmaban. Preguntó al camarero el nombre de aquel queso que nunca antes había probado y este le explico que era Comte, un queso curado elaborado con leche cruda de vaca originario del departamento del Jura o también del alto Saona.

—Es uno de los quesos preferidos de los franceses, me extraña que no lo conozca.

Desconocía por qué no había comido ese tipo de queso en Toulouse, pero sabía que repetiría, porque le pareció exquisito.

Lo acompañó con un par de copas de vino de Carcasonne, una de blanco para las ostras, con un aroma afrutado y un sabor ácido que impregnaba las papilas gustativas, y una copa de vino tinto para el queso y los embutidos con un olor a flores que le supo a ciruelas.

Saboreó cada manjar con delicadeza, centrándose en las texturas, los aromas y la calma que le proporcionaban una ciudad tan bella como aquella.

Al salir del mercado, ya no pudo contener las lágrimas, y así, envuelto en la melancolía, tomó una decisión que sabía que cambiaría su vida.

6

—Mamiemur, ¿sales conmigo al jardín? Porfa, porfa.

—Ve saliendo, mon trésor, mientras voy preparando una jarra de agua con limón bien fría.

—He visto un pajarito de colores…

—Voy, voy, no seas impaciente.

Los veranos en casa de la abuela Muriel eran tan divertidos. A mamá le costaba mucho dejarme allí, pero sabía cuánto disfrutaba.

Nunca le gustó aquella casa; no le traía buenos recuerdos, era lo que me decía.

Y era por eso por lo que pasar allí los veranos las tres juntas no era algo que le apeteciese, por mucho que yo siempre se lo pidiera.

No quería contarme por qué; siempre cambiaba de tema, y yo, con mis 6 años de entonces, tampoco acerté a seguir insistiendo.

Hasta que cumplí 16 años, mis recuerdos del verano siempre eran en aquella casa, pero solas la abuela y yo. Mamá me dejaba en la puerta, ni siquiera entraba. Le entregaba a Mamiemur la bolsa de viaje con mis cosas y me daba un inmenso abrazo con los ojos llenos de lágrimas. Unas lágrimas que entonces nunca entendía, pero que ella procuraba limpiarse rápidamente con uno de esos fulares que siempre llevaba al cuello.

—Cuida mucho de ella, por favor. Voy a echarla tanto de menos que no sé cómo voy a poder soportarlo. Pero es tan feliz aquí, contigo, en esta casa que no puedo negarme a dejarla.

—Algún verano podrías quedarte con nosotras. La niña siempre me pregunta. Creo que no tiene ya mucho sentido seguir…

—Lo siento mucho, no insistas. A finales de julio volveré a por ella. Recuérdale que la llamaré todos los días. Te quiero muchísimo.

Tras abrazarla con fuerza, con un nudo en la garganta y sin mirar atrás bajó los tres escalones que la llevaban a la calle. Aún podía

escuchar los gritos de alegría de su pequeña correteando por los pasillos.

Los dos primeros veranos no se despegó del teléfono, no pudo salir de la región. Esperaba que la echara tanto de menos que creía que la pediría volver a buscarme, pero nunca ocurrió. Así que el tercer verano decidió aprovechar para irse de vacaciones.

Cada verano buscaba un nuevo destino: España, Italia, Alemania, Grecia… A la vuelta me contaba cada uno de sus viajes con detalle, me enseñaba fotografías, todo con el objetivo de que al año siguiente despertase en mí el deseo de acompañarla. Pero nunca fue así hasta mi adolescencia.

La casa de la abuela, sus enseñanzas, su dulce compañía, de la que solo disfrutaba en verano, me hacían tener un único deseo: que el tiempo juntas transcurriera muy lento.

7

—Mamá, ¿cómo estás? He estado en Narbonne.

—Hola, cariño. ¿Te has puesto un jersey? Hoy hace un día muy desapacible.

—Aquí no hace frío, mamá. Estamos en junio y tenemos un clima magnífico en Francia.

—¿Estás en Francia? ¿Te he contado alguna vez que pasé allí mi infancia?

—Sí, mamá. Eso te estaba contando. He visitado Narbonne y me ha parecido una ciudad maravillosa. Sus calles, los canales…

—¿De verdad te he contado lo de mi infancia en Francia?

—Mamá, me encanta el lugar donde pasaste tu infancia. He estado comiendo en Les Halles. ¿Te acuerdas de que me dijiste que ibas a comprar allí con tus padres los sábados y luego os sentabais a comer en uno de sus restaurantes? Pues ayer comí en uno de ellos y tenías razón, es una experiencia única. Y pasear por el canal, y…

—¿Dónde dices que estás, cariño? —interrumpió su madre.

Su padre le quitó el teléfono de las manos con el fin de hablar con Henri. Pero él ya tenía los ojos empañados.

—Hijo, no te preocupes. Hoy ha tenido un día difícil. Hemos estado en el hospital haciéndole pruebas y se ha desorientado un poco. Pero no está así todos los días, créeme. Ayer me comentaba lo contenta que estaba de que fueras a visitar la ciudad. Me habló de cada rincón, cada callejuela y de una casa preciosa que había en la calle Jean Pierre Dominique. Una casa de fachada gris con los balcones forjados en blanco y unas flores de color lila cubriendo sus barandillas. Me dio toda clase de detalles.

—Iré a ver esa casa, papá, y cuando os llamé le hablaré de ella. ¿Estás seguro de que no necesitas que vuelva a casa? Puedo pedir unos días y viajar a ver cómo estáis.

—Mira, en el momento en que tenga los resultados de las pruebas

lo vemos. Cuando puedas ve a ver esa casa de la que habla tu madre, eso te dejará más tranquilo, estoy seguro. Te queremos mucho, hijo.

Henri colgó el teléfono afligido; aquella conversación le había dejado sin saber qué más decir.

Mientras, pensó en volver el viernes a Narbonne a ver si encontraba aquella misteriosa casa de la que hablaba su madre. Desconocía si aún seguía en pie o estaría tan cambiada que no podría reconocerla, pero estaba decidido a averiguarlo.

En menos de cinco minutos de conversación su madre había repetido las mismas preguntas varias veces y no era algo a lo que uno pudiera acostumbrarse. No estaba seguro de si su padre decía la verdad o solamente estaba evitando preocuparle.

Era tan honda la tristeza que le invadía por no poder estar allí cerca de ellos que sentía un dolor físico en el centro del pecho, un dolor que le desgarraba. Era cierto que su madre llevaba tiempo con algún pequeño lapsus de memoria, pero nunca la había percibido tan desorientada. Sin embargo, prometió a su padre esperar y eso haría.

8

La abuela nunca me dejó dormir sola los veranos que pasamos juntas. Decía que los sonidos nocturnos producían menos miedo cuando uno estaba acompañado. No recuerdo haber sido una niña miedosa, ni siquiera temía a la oscuridad. Me gustaba la sensación de aislamiento que producía, lo vinculaba a cerrar los ojos y soñar. Y siempre fui una niña muy soñadora.

Existía en la casa una habitación que yo siempre sentí como mía porque era allí donde más tiempo pasaba, donde solía jugar cuando no estaba en el jardín. En ella estaban mis cuadernos, mis muñecas y las cajas de lápices de colores. Tenía libros antiguos que leía con mucho cuidado de no ensuciarlos o estropearlos.

Había en la habitación un escritorio de teca con múltiples cajones que yo llenaba de secretos en forma de notas y al pasar los días recuperaba. Uno de los cajones tenía una llave que siempre escondía bajo la alfombra una vez que había metido allí alguno de mis mayores secretos. A veces era un dibujo; otras, un pequeño cuento; y otras, alguna piedra que había encontrado en el jardín.

Ella sabía perfectamente que la llave estaba allí, aunque nunca la cogió. Respetaba mis misterios.

La alfombra ocupaba la mitad del suelo de la habitación. Era de color negro con unas enormes flores rosas con hojas verdes y otras más pequeñas de color blanco. El tejido era mullido y me gustaba sentarme en ella a jugar o a garabatear aquellos dibujos que luego ocultaba en los cajoncitos.

A los pies de la cama había un baúl de mimbre en el que la abuela guardaba ropa de cama, y a mí me encantaba abrirlo y oler aquellas sábanas porque tenían ese aroma a limpio que me recordaba a ella.

Solía pasar horas en aquella estancia, disfrutando con cada objeto que encontraba. Me gustaba especialmente un cubo de madera de veinte caras que la abuela me explicó que se llamaba icosaedro. Cuando le pregunté para qué servía, ella me respondió:

—Cuando no sepas la finalidad de un objeto, tienes que encontrar qué utilidad te gustaría darle y esa será la correcta.

Haciendo caso de su respuesta, cada vez que jugaba con él le correspondía una función diferente.

A veces imaginaba que cada una de sus caras era un personaje y, según lo girara, el personaje creado iba hablando. Era tan inmensa mi imaginación que en ocasiones sentía que hablaban de verdad.

Otras veces, cada cara era un lugar del mundo al que me gustaría visitar, y lo tiraba y, en la cara que caía, era al país al que iría ese día.

No imaginaba el poder que encerraba aquel objeto hasta que la abuela me lo contó varios años después. Y pensar la cantidad de veces que lo tuve entre mis manos jugando ingenuamente…

Luego, al llegar la noche, guardaba el icosaedro en el cajón del que lo había cogido y me metía en la cama.

Los suelos de las habitaciones eran de madera y crujían aunque nadie los pisara. O eso era lo que mamá siempre me decía cuando yo le contaba que se escuchaba gente pasear cada noche por la planta de arriba.

Yo nunca la creí, sobre todo porque la abuela jamás negó que viviera alguien más allí.

Cuando los primeros días sentía temor a que alguien estuviera acompañándonos, ella me recordaba que estábamos juntas y así era más llevadero. Pero nunca me dijo que no hubiera nadie, ni que eran las tablas viejas del suelo dilatándose, como decía mamá.

Siempre pensé que la casa de la abuela era un lugar donde los espíritus venían cada noche a descansar porque era un lugar apacible y libre de personas que los ahuyentasen.

La abuela sonriendo me decía que tenía una maravillosa creatividad. Pero no lo negaba.

A ella le encantaba escuchar aquellos pasos, sentir como incluso con las ventanas cerradas se movían los ramilletes de flores secas que había en el comedor y como a veces caía algún libro de la estantería y se quedaba abierto.

La abuela lo recogía con una pequeña sonrisa y un movimiento de cabeza, y volvía a colocarlo en su lugar.

Una noche, antes de irnos a dormir, un libro cayó sobre uno de los

sofás orejeros que estaba junto a la estantería. Ella fue a cogerlo, pero se movió y entonces dijo entre susurros, pensando que yo no estaba cerca:

—Aún es pronto, espérame un poco más y en un rato estaré contigo.

Yo estaba escondida tras la puerta y, al ver como ella hablaba con ese nadie con tanta calma, confirmé no solo que no estábamos solas, sino que a la abuela le gustaba esa compañía.

No volví a temer las pisadas, las hojas de los libros pasando solas o la luz que de noche entraba en la habitación a pesar de estar todo apagado.

Si ella no tenía miedo, yo tampoco lo tendría.

9

La calle Jean Pierre Dominique se encontraba a cinco minutos caminando del Puente de los Comerciantes.

Henri dejó el coche en el aparcamiento cercano a la oficina de turismo y se adentró en las calles de Narbonne buscando aquella casa de la que le habló su padre. Llevaba el plano que le ofrecieron la semana anterior.

Al principio le costó un poco orientarse, no entendía por qué razón la mayoría de los planos de las ciudades estaban colocados al revés y costaba unos minutos darse cuenta del lugar al que se deseaba ir. Ya le había ocurrido algo similar la primera vez que tuvo entre sus manos el plano de Toulouse. ¡Qué lejos le parecía ahora mismo ese momento!

Estaba deseando ver el edificio del que le habló su padre, saber si era cierto que los recuerdos de su madre aún permanecían con ella.

Descubrir como sus olvidos eran cada vez más frecuentes e intuir que cada minuto a su lado se iba a desvanecer le provocaba un sentimiento de amargura que desconocía.

Los últimos días, desde que había hablado con ella, le había costado ir a trabajar. Pensaba que no hay mayor aflicción que vivir sin recuerdos. Ignorar quién eres, dónde estás o quiénes son las personas que están cerca de ti. Perder esa identidad que nos creamos al evocar cada uno de los momentos vividos.

A pesar de que conocía que en su familia había varias personas que habían padecido demencia y podía ser genético, era algo que nunca se habían planteado hasta ahora. Tanto su madre como él preferían vivir pensando en el presente sin plantearse la posibilidad de sufrirla en un futuro. Jamás pensaron en realizarse análisis genéticos al respecto. Ni siquiera ahora. Quizá ahora menos aún.

Su padre había tratado de tranquilizarle por teléfono, pero, aun así, no podía evitar sufrir esa larga distancia que les separaba.

Y entonces, sumido en sus pensamientos, se topó con aquel edificio burgués del siglo XIX. Estaba situado en el número 7 de la calle y se mostraba imponente con sus tres plantas y sus pequeños balcones de

forja blanca, un enrejado en el que predominaban las flores de lis y unas cabezas de león enmarcadas en un óvalo.

La puerta, de dos hojas en color blanco, presentaba dos aldabas, una en cada hoja, también en forma de flor de lis. Los tiradores forjados negros, uno en forma de asa y el otro como un pomo labrado, dominaban la puerta.

La parte superior de la puerta contaba con un acristalado translúcido en cada hoja. Estaba ornamentada con madera tallada en forma de hojas de acanto. A su lado, un rosal enredadera de pequeñas flores blancas hacía más bella la entrada.

Las contraventanas superiores de madera laminada también en color blanco precisaban una mano de pintura, ya que estaban bastante deterioradas por el sol y la humedad.

Coronando el edificio se encontraba la mansarda de tejas negras y una gran chimenea.

Henri estaba boquiabierto mirando cada detalle de aquel edificio. Como bien describió su madre, en la balconada de la segunda planta aquellas florecillas lila, trepando a su antojo, cubrían la mitad del mirador.

Lágrimas de esperanza inundaron su rostro y, mientras las retiraba con un dedo, lo vio.

En la ventana que había junto a la puerta un pequeño cartel con letras rojas que decía:

«EN VENTA»

10

Cuando empecé a tener tareas en verano, mamá me dejaba en aquella casa no solo con la maleta; también con una mochila con varios cuadernos, un estuche con lápices y libros para repasar en esos días con la abuela.

Ella hacía que el tiempo entre libros también fuese divertido.

Alguna de aquellas actividades eran leer un libro y luego resumirlo. Para que la tarea resultara más sencilla, cada una de nosotras leía un capítulo sentadas en el jardín con un vaso de limonada delante. Hasta que no cumplí los doce años la abuela no me dejó probar el té especiado que ella bebía algunas tardes.

Me encantaba mirar a la abuela mientras preparaba la jarra de limonada. Cogía unos cuantos cubitos de hielo del congelador y los colocaba en una de aquellas jarras que coleccionaba. Mi favorita era de cristal azul tallada a mano. El pie y el asa eran de plata y la abuela solo me dejaba cogerla cuando ya quedaba muy poca limonada.

Temía que si la cogía estando llena podría caerse, y todas sus piezas de cocina eran muy valiosas. Sonreía cuando me observaba cogerla con cuidado; sabía de la importancia que ella daba a sus vajillas.

En ese momento yo desconocía que buena parte de las piezas de cristal y porcelana pertenecían a la casa mucho antes de que la abuela llegara a ella, y quizá por eso las trataba con tanta delicadeza.

Después cortaba un par de limones y una lima con ese cuchillo enorme de mango azul que yo tenía prohibido coger, y, con un exprimidor de acero que siempre descansaba sobre la encimera de granito blanco, extraía el zumo, que vertía cuidadosamente en la jarra.

Un poco de agua fresca y parte de la cáscara, sin la parte blanca que ella me recordaba que era la porción amarga, servían para completar la limonada.

Unos minutos de reposo y, finalmente, dos generosas cucharadas de miel que compraba al señor de la casa de enfrente.

Nuestro vecino, el señor Moilou, tenía una huerta enorme en la que cultivaba verduras y hortalizas que vendía en el garaje de su casa a turistas y vecinos del barrio. Además, tenía unas cuantas colmenas que producían, según decía siempre la abuela, la miel de brezo más deliciosa del mundo.

Algunas tardes, cuando la abuela y yo salíamos a pasear, Philip Moilou me regalaba un tomate enorme que cortaba con una pequeña navaja y rociaba con sal. Estaba exquisito y lo comía con tantas ganas que siempre me decía lo orgulloso que se sentía de saber que sus productos eran de mi agrado. La abuela le guiñaba un ojo y me daba una servilleta para limpiarme.

Yo siempre consideraba a aquella gente mis vecinos, aunque solo vivía allí un mes en verano; me conocían tan bien y me trataban con tanto afecto que para ellos formaba parte de su familia.

Mientras preparaba la limonada en la cocina, la abuela siempre me explicaba lo importante que era saber leer bien.

Con eso se refería no solo a descifrar el significado de las palabras, sino a entender las diferentes funciones que tenía la lectura. Escuchaba atentamente sus explicaciones mientras la veía mover las manos con soltura.

Luego salíamos al jardín y allí, sentadas en aquel banco antiguo de madera que se percibía restaurado, nos dedicábamos a leer.

Cada vez que una de nosotras terminaba un capítulo, la otra tenía que hacer preguntas sobre el texto. Así resultaba más fácil enterarse de lo que leíamos.

Yo ponía más atención en cada palabra, cada frase, para no perder detalle y poder responder correctamente sus preguntas.

A veces, mientras leíamos en el jardín, escuchábamos como en el salón caía algún libro de la estantería y la abuela con una sonrisa movía la cabeza.

Yo, en susurros para no ser escuchada por ella, decía:

—Ahora la abuela está conmigo.

11

En aquel cartel de letras rojas también había un número de teléfono particular; la ausencia de marcas publicitarias hacía entrever que no parecía pertenecer a ninguna agencia inmobiliaria.

Con los nervios a flor de piel y los ojos empañados, Henri decidió llamar y preguntar por aquella imponente casa.

Después de varios tonos, respondió una mujer, que por la voz le pareció mayor.

Henri se presentó y dedicó los primeros instantes de la comunicación a elogiar aquel edificio con tanta personalidad.

La mujer le escuchaba en silencio y, cuando terminó de hablar, le explicó que necesitaba el dinero cuanto antes porque no tenía familia cercana y quería venderla a alguien que cuidase de su casa.

La condición para elegir al comprador adecuado era que no la utilizara para especular; pretendía que el nuevo inquilino se quedase allí para siempre.

Ella había vivido los últimos años en la casa en soledad, pero junto con una buena amiga habían decidido ir a vivir a una residencia de personas mayores en la que estarían mejor cuidadas. No quería morir sin dejar la casa en manos de alguien que de verdad la cuidara.

Henri apenas tuvo dudas. El precio de la casa le pareció más que razonable, aunque quería ver el estado del interior del inmueble.

La dueña de la casa le comunicó que cuando quisiera podría volver a llamar para concertar una visita.

Estaba tan ilusionado por contárselo a sus padres que no se dio cuenta de que les estaba llamando pasadas las once de la noche.

El padre de Henri cogió el teléfono sorprendido, pero rápidamente le tranquilizó.

—Perdona las horas, papá, pero no podía esperar a contaros una maravillosa noticia.

Necesitaba hablar con su madre, escuchar su voz y explicarle cada detalle.

Su padre se emocionó cuando le adelantó lo que había pensado hacer e inmediatamente le pasó con ella.

A pesar de que al principio le costó que ella reaccionara porque estaba a punto de irse a dormir, cuando le habló de la casa y la señora que la había puesto a la venta fue como si volviera a ser la de antes.

Comenzó a hablar sin descanso, a explicarle como había visitado aquella casa de pequeña porque la dueña y ella habían sido amigas.

Le contó que cada verano, cuando volvía a Narbonne, pasaban todo el tiempo juntas. Habló de la casa, del jardín. Describió todo con tanto detalle que Henri decidió no perder más tiempo; compraría aquella casa. Sería un maravilloso homenaje a su madre.

Trataría de traer a sus padres el año siguiente, quizá unos meses o quizá para siempre, pero siempre confiando en que sus recuerdos la hiciesen volver a vivir, a ser la mujer alegre y optimista de siempre.

12

Cuando tenía 8 años y llevaba ya dos veranos pasando el mes de julio con la abuela, conocí a la nieta del señor Moilou. Ella visitaba a su abuelo algún que otro fin de semana porque vivía en Montpellier, pero no solía venir en verano. Sin embargo, aquel año sus padres tenían previsto un viaje de cinco días a España y la niña quiso quedarse en Narbonne con el abuelo.

Ella tenía dos años más que yo y solía jugar en el patio de Philip Moilou mientras él vendía sus deliciosos tomates y los frascos de miel en la puerta.

Aunque solamente fueron cinco días, la experiencia no me gustó demasiado. Sandrine era una niña muy autoritaria y trataba constantemente de obligarme a hacer cosas que no quería.

Una tarde, la última antes de que sus padres volvieran a buscarla, insistió en pasar a casa de la abuela, porque quería jugar en nuestro jardín.

A mí no me pareció buena idea; ya había visto lo descuidada que era con las cosas de sus abuelos y no quería que la abuela se disgustase si desordenábamos el jardín.

Antes de que pudiera darme cuenta, Sandrine ya estaba corriendo por el pasillo que llevaba al otro lado de la casa.

Lo primero que hizo fue dar un manotazo a la madreselva que colgaba a ambos lados de la puerta de madera blanca acristalada que abría paso al jardín. Se encontraba abierta y la luz del sol entraba por ella, iluminando el piano. Afortunadamente, el piano no captó la atención de la niña y lo ignoró al pasar.

El suelo de guijarros sí llamó su atención, y comenzó a coger algunos de ellos y a lanzarlos por la tapia que daba a la casa de la señora Moreau. Ante el temor de que rompiera algún cristal, de un empujón la lancé sobre la mesa de forja en la que la abuela tenía un par de farolillos de metal y cristal en los que solía introducir una vela algunas noches que nos apetecía salir allí a cenar.

El impacto de Sandrine sobre la mesa provocó que los farolillos se

cayeran y uno de los cristales saltó en mil pedazos.

Inmediatamente rompí a llorar y Sandrine aprovechó para salir corriendo a casa de su abuelo, no sin antes burlarse de mí y llamarme llorona.

Temerosa de la reacción de la abuela al ver uno de sus adornos destrozados en el suelo, me agaché con cuidado a recogerlo.

Antes de que comenzara a hacerlo, la abuela apareció por la puerta y me abrazó con fuerza calmando mi desconsuelo.

—No tiene importancia, Mon trésor, es solo un farolillo. Mañana iremos juntas a comprar otro.

—Ha sido culpa mía, no debí dejar que Sandrine entrara en casa sin pedirte permiso.

—Como has observado hoy, no todo el mundo es de fiar. Por mucho que alguien te avise de ello, es una experiencia que solo podemos aprender si la vivimos.

La abuela sabía de la personalidad de Sandrine, pero dejó que fuera yo misma quien la descubriera. El primer día que quise quedarme con ella en casa del señor Philip ya me preguntó si estaba segura de querer pasar la tarde con la niña. Yo respondí que sí algo airada, porque no entendía cómo la abuela podía dudar de que a mis ocho años no estuviera feliz de compartir tiempo con una niña de mi edad.

Y acababa de comprender el motivo de aquella pregunta por mí misma. Así era la abuela, no intentaba convencerme de nada. Dejaba que yo sola encontrara las respuestas. Según decía, la experiencia propia llevaba a la madurez.

13

No me hizo falta preguntar a la abuela por Henri. Desde la primera vez que pisé aquella casa supe que no vivía sola.

Los primeros veranos allí sentía el temor que surge cuando no puedes ver a alguien, pero percibes que te vigilan. Pero, a partir del tercer verano, la abuela dejó de esconder su compañía.

A pesar de que nunca lo hizo conmigo delante, a veces la escuchaba hablar con él.

Tenía unas conversaciones igual que se tendrían con alguien a quien tienes frente a ti. Nunca pude escuchar lo que Henri le respondía, pero sé que lo hacía, porque sí escuchaba una especie de susurro después de las palabras de ella.

Por la noche, antes de irme a dormir, la abuela me acompañaba a la habitación y charlaba un rato conmigo.

Aunque siempre pasábamos la noche juntas, ella insistía en que yo me fuera antes a dormir porque, según me contaba, los niños necesitábamos más horas de sueño para instaurar en el cerebro todo lo que habíamos aprendido durante el día.

Unos momentos de risas, recordando lo que habíamos hecho durante aquella jornada y en los que planificábamos el día siguiente.

Después, nos despedíamos con un abrazo y ella me decía que tenía que dormir.

Una noche pregunté:

—Mamiemur, ¿por qué no te quedas un rato más?

—Mon trésor, ahora es mi momento romántico del día y necesito vivirlo. Sé que lo entiendes.

Lo cierto es que no estaba muy segura de lo que quería decir, pero cada noche, entre sueños, podía escuchar la música del piano del salón. Un piano que, por cierto, la abuela no sabía tocar.

Era un piano de pared de caoba con unas asas metálicas labradas

en los laterales, supongo que para poder transportarlo mejor. Me gustaba cambiar la dirección de las asas cada día, hacía arriba o hacia abajo.

Ella lo sabía, pero no me decía nada; solía respetar aquellas pequeñas travesuras que no hacían daño a nada ni a nadie. Lo veía como una característica más de mi creatividad.

Un taburete circular de cuatro patas de madera unidas por un cilindro labrado se encontraba delante del teclado; sobre las teclas, un atril con un libro de partituras algo usado y amarillento.

Encima del piano había una especie de pecera alta con unas mariposas de papel multicolores que pasaba horas observando; al lado, un retrato circular con la fotografía de una mujer.

Era una mujer rubia con el pelo por los hombros y una inmensa sonrisa. La señora de la fotografía podría tener unos setenta años y se la veía muy feliz.

Una vez pregunté sobre ella y la abuela solo dijo que no era alguien a quien yo conociera, pero sí era importante para la casa. No quise insistir porque sabía que si la abuela quería contármelo lo haría en algún momento.

La melodía que escuchaba aquellas noches era tan bella y proporcionaba tanta paz que hacía que me durmiese inmediatamente.

Al día siguiente no le comentaba nada a ella acerca del piano; prefería dejar que aquella historia romántica siguiera siendo secreta.

14

Henri llamó a la propietaria de la casa después de haber tenido aquella enriquecedora conversación con su madre. Estaba tan feliz que aceptaría cualquier condición que aquella mujer le pusiera.

Saber que aquella casa iba a contribuir en mantener vivos sus recuerdos era la mejor noticia que podría recibir.

Antes de colgar, su padre le había dicho que no se hiciera muchas ilusiones; el neurólogo les comunicó en la última visita que el deterioro que padecía su madre era irreversible y que lo único que podían hacer era conseguir que la evolución fuera más lenta a través de algunos ejercicios de estimulación cognitiva y fármacos.

Henri sabía que no podía revertir la enfermedad, era consciente de ello, pero la ilusión que había surgido en él tras escucharla hablar de la casa seguía allí, intacta. Tenía tantos planes para ella, para su padre, para todos.

La señora Dubois hizo memoria mientras escuchaba a aquel joven hablar de su madre con tanta dulzura. ¿Cómo no recordar a aquella amiga con la que compartía confidencias en verano? La echó de menos durante mucho tiempo, pero un día supo que jamás volverían a verse.

Margaret se quedó para siempre en Canadá, allí se casó y tuvo a su hijo. Y así, aquellos veranos en Narbonne quedaron en el olvido para ambas.

Fueron unos años llenos de risas y complicidad, de carreras por las escaleras de la casa, de esconderse para no ser vistas y de paseos interminables cerca del canal mientras creaban una vida imaginaria para los habitantes de los barcos que allí se encontraban anclados.

Henri dijo a la propietaria de la casa que, si la compraba, traería a su madre de vuelta. Quizá no para quedarse, pero sí para que los recuerdos de su infancia hicieran más bellos sus momentos actuales.

La señora Dubois se emocionó al sentir el cariño con el que ese hombre hablaba de su madre y solo entonces lamentó no haber tenido unos hijos que pudieran mostrar tanto amor por ella.

Sería bonito reencontrarse con Margaret después de tantos años. En silencio pidió que su enfermedad no le impidiera llegar a tiempo de verse.

¿Cómo era posible que una casa antigua encerrara tantas emociones, tantos recuerdos?

Laura Dubois no le contó a Henri que estaba muy enferma y que le quedaba poco tiempo de vida. La ilusión por ver a su amiga de la infancia no debería verse empañada por aquel maldito diagnóstico.

Concretaron el precio y la forma de pago. Henri se encargaría de todo y ella solamente tendría que firmar.

Desde que llegó a Francia, Henri siempre había vivido de alquiler. No descartaba volver algún día a Quebec, así que prefería no tener bienes inmobiliarios en propiedad. Sin embargo, iban pasando los años y su vuelta estaba cada vez más lejos, y más ahora que había pensado en traer a sus padres a vivir allí.

En breve visitaría la casa y comenzarían sus planes para hacerla habitable. Ambos habían hecho un gran negocio.

15

Muriel, además de trabajar en el hospital, se dedicaba a cuidar en su domicilio a pacientes con daño cerebral o demencia un par de tardes a la semana. No porque necesitase especialmente el dinero, aunque nunca venía mal un extra, y más teniendo una hija adolescente con tantas inquietudes como Elise, pero lo suyo era vocación.

Saber que era útil, que podía ayudar a aquellos que la necesitaban, la llevaba a sentir que la vida de cada persona siempre tenía un objetivo. Y ella siempre supo que había nacido para ayudar a otros.

Cuando Muriel decidió estudiar enfermería, ya pensaba en dedicar su vida a las personas con alteraciones cerebrales. Desde que compró el primer libro de anatomía y se enfrentó a las funciones neurológicas se sintió fascinada.

Posteriormente, descubrió las diferentes patologías que afectaban el funcionamiento cerebral y en ese mismo instante decidió que ese sería su mayor reto.

Por eso, al terminar los estudios, cuando le ofrecieron el puesto en la unidad de daño cerebral en aquel prestigioso hospital de Montpellier, fue uno de los días más felices de su vida.

Además de estudiar enfermería, realizó todos los cursos de especialización que pudo sobre daño cerebral adquirido o sobrevenido.

Los pacientes con los que pasaba más tiempo eran aquellos que habían sufrido un accidente cerebro vascular, los ACV, como los llamaban los sanitarios.

La mayor parte de estos pacientes habían estado ingresados en el hospital y, aunque ya tenían el alta médica, las secuelas de su patología no les permitían llevar una vida de total independencia y precisaban recurrir a personal sanitario que les ayudase a ser más autónomos en las actividades de la vida diaria.

Un par de tardes a la semana eran para Elise y el resto del tiempo para su trabajo. El poco tiempo que tenía libre lo seguía dedicando a

formarse. No quería pasar por alto las innovaciones médicas que pudieran surgir al respecto.

Últimamente se estaba también interesando en las demencias y en como influían en la vida cotidiana de los pacientes. En aquellos años también había tenido algún paciente con tumor cerebral, demencia vascular, Parkinson o Alzheimer, y le parecía también un mundo fascinante. Recordaba con especial cariño al señor Delmas. Había cuidado de él con la ayuda de su dulce esposa tras el diagnóstico del tumor cerebral que acabó llevándoselo.

Era durísimo ver como poco a poco iba deteriorándose su salud, tanto física como cognitiva y emocional, y el modo en que este deterioro afectaba a sus seres queridos.

Saber que la persona a la que tanto amas se va a ir y no se puede hacer nada más que confiar en los fármacos para evitar que sufra en su agonía era lo que más escuchaba de los familiares de los pacientes. El trato con ellos era tan importante como el cuidado del enfermo. Algo tan importante y a veces tan olvidado como cuidar a los cuidadores.

La vida de Muriel se centraba tanto en el trabajo y en su hija que apenas tenía tiempo para quedar con amigas o conocer algún hombre con el que tener algo más que amistad.

Y de repente, un día Henri llegó a su vida, como llegan las cosas buenas, sin esperarlas, aunque sin saberlo vivamos deseándolas y, por ende, buscándolas.

16

Henri llamó a su padre y le contó que la compra de la casa era algo inminente. Muy emocionado, le animó a venir a verla cuanto antes. Primero quería hacer algunos arreglos, aunque no demasiados para que su madre pudiera volver a esos recuerdos que aún no habían desaparecido.

El padre de Henri no solía contarle apenas nada de la enfermedad de su mujer para no preocuparle. Sin embargo, ese día, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—No quería preocuparte, pero no sabes lo duros que están siendo estos meses, hijo. A veces ella se queda mirando fija la pared y no sabe dónde se encuentra. Otras veces llora porque es consciente de su problema y me pregunta por qué le está pasando esto. Sé que la enfermedad es así y que no hay otra forma de sobrellevarla, pero está siendo muy difícil. Estaremos encantados de ir a visitarte en cuanto nos digas que lo hagamos. Ojalá sea para bien.

Cuando Henri colgó el teléfono supo que tendría que agilizar los trámites y la pequeña restauración de la casa, porque no sabía cuánto tiempo pasaría hasta que los recuerdos de su madre se disolvieran por completo.

Por otro lado, estaba dispuesto a averiguar si había algún avance relacionado con la demencia con el fin de ayudar a su madre y, sobre todo, a su padre a resistir.

Leyendo sobre congresos y charlas, encontró unas ponencias sobre últimos avances en técnicas cognitivas en el hospital de Montpellier y se animó a investigar si era posible acudir como familiar o era únicamente para profesionales del sector.

Llamó al hospital y, aunque tenía preferencia el personal sanitario, de momento había plazas. Sin pensarlo dos veces se inscribió, preparado para aprender lo que fuera necesario.

Trataría de convencer a su padre, una vez en Francia, a quedarse allí y no regresar a Canadá. Le necesitaban y él también a ellos. No quería volver a separarse de su lado; ahora más que nunca precisaba estar cerca de su madre el mayor tiempo posible para no desaparecer

de sus recuerdos por completo.

Últimamente se había estado planteando si cuando se reencontrase con ella le recordaría o no, y ese pensamiento le destrozaba el corazón.

Henri era hijo único y salir de Canadá para vivir a miles de kilómetros había supuesto un reto profesional importante, pero a nivel emocional era muy duro salir de aquella zona de confort, de los abrazos de sus padres, de aquellas charlas interminables con su padre y de la compañía y el afecto que recibía cada día.

A pesar de las visitas regulares a Quebec, lo cierto es que llevaba fuera de casa más de 6 años y cada vez tenía más claro que nunca regresaría a su país de origen, al menos para volver a vivir allí. Y ahora, con la adquisición de aquella casa, la idea se volvió realidad.

Era por ello que necesitaba a sus padres cerca. No podía imaginar no pasar sus últimos años a su lado. Estaba decidido a convencerlos para quedarse.

17

El director de la unidad llamó a Muriel a su despacho. Había unas jornadas en un par de semanas sobre demencias y quería que ella fuera una de las ponentes.

Se hablaría de últimas tendencias a nivel cognitivo y farmacológico, pero también de la importancia de los cuidados de enfermería y del apoyo a las familias, algo en lo que ella era experta.

Muriel no solía participar mucho en ponencias, aunque aquella no era la primera vez. Prefería el trato directo con los pacientes y familiares antes que hacerlo con otros profesionales, pero no podía negarse. Además, era una estupenda oportunidad para codearse con investigadores y médicos expertos en el tema.

Avisó a Elise de que las dos semanas siguientes no iba a poder dedicarle tanto tiempo porque tenía la ponencia y la instó a ayudarla a prepararse.

A Elise no le gustó la idea porque ya tenía planificada la semana; además, quería contarle a su madre algo muy importante.

—Si es tan importante, podemos vernos esta noche cuando salga del trabajo, a eso de las ocho, y cenamos juntas, si te parece bien.

—A papá no le parece mal mi idea, ya te adelanto. Así que espero que a ti tampoco.

—Como siempre, tu padre sabe las cosas antes que yo. En fin, está bien. Nos vemos esta noche.

No sabía qué tenía que contarle Elise, pero decidió llamar a Fabrice a ver si conseguía sacarle información.

—Lo siento, Muriel. Es ella la que tiene que contártelo, pero no temas; no es nada que se aleje de los objetivos de Elise. Ya sabes que es una jovencita muy emprendedora y que necesita abrir las alas.

—Tiene 17 años, Fabrice, creo que aún es joven para eso. Pero tienes razón, es ella la que tiene que contármelo. Sin embargo, ya hace varios meses que me viene recordando que en breve cumplirá dieciocho años y es la edad perfecta para independizarse. Ya veo que

tú no lo ves mal. Confío en ella, pero no en el mundo que nos rodea.

Se despidió de Fabrice y se dispuso a terminar su jornada laboral sin dejar de pensar en cuál sería la decisión de su hija.

Llegó a casa a las siete y media e inmediatamente se metió en la ducha. Elise no tardaría en llegar. Era tan puntual como su padre, algo que siempre la había hecho sonreír. Sobre todo cuando era pequeña y pidió un reloj para no llegar nunca tarde a los sitios importantes, como ella decía.

Abrió una botella de vino blanco y se dispuso a preparar la cena. Aunque a Elise aún le quedaban tres semanas para cumplir los dieciocho, no podía negarle beber unos sorbos de aquel vino de Nimes que tanto gustaba a ambas. Preferían cenar ligero, así que se decantó por unas pechugas al horno con salsa de mostaza y unos canónigos con tomates como guarnición.

Elise llegó enseguida y, dando un beso a su madre, recogió todos los aromas de la cena para acto seguido felicitar a Muriel por la elección del menú.

Se sentaron a cenar comentando nimiedades del día y algún cotilleo acerca de sus compañeras de clase. Muriel le contó el tema de la ponencia y como tenía que preparársela a conciencia por lo importante que era.

Tras aquella conversación, Elise comenzó a hablar:

—Mamá, el próximo curso me voy a estudiar a España. Ya sabes que mi sueño es salir de aquí y he pensado que voy a estudiar en la Universidad de Zaragoza. Ya sé que pensabas que en caso de viajar a España iba a quedarme en Barcelona, pero no quiero aprender otra lengua, así que me gusta más la otra opción. Son unas cuatro horas en coche, así que no temas; vendré de vez en cuando a veros y vosotros también podéis ir.

Soltó aquel discurso a borbotones para evitar que su madre la interrumpiera.

—Pero habíamos quedado en que empezarías a estudiar aquí y en un par de años viajarías a España. ¿Por qué esas prisas?

—He cambiado de opinión. Ahora quiero estudiar Nutrición y he estado mirando diferentes opciones, y me quedo con la de la Universidad de Zaragoza. Papá y yo ya hemos estado buscando

opciones de alojamiento y ya me he matriculado.

—¿Habéis estado buscando alojamiento sin contar conmigo? No lo entiendo, pero no voy a enfadarme. Si habéis decidido hacerlo sin mi colaboración, vuestras razones tendréis.

—No es eso, mamá. Tú siempre estás muy ocupada y papá tiene más tiempo libre. Solo eso. Pero te voy a mantener informada de cada opción para que me ayudes a encontrar la mejor, ¿quieres?

—Claro, no hay problema. Por cierto, ¿vas a irte sola o conoces a alguien más que quiera vivir esa aventura contigo?

—Aún no estoy segura, pero no me parece importante. Es más, si voy sola, mejor. Así el aprendizaje será mayor, ¿no te parece?

Cuando Elise anunció su partida, Muriel tenía sentimientos encontrados. Por un lado, le invadía la tristeza y el temor de saber que su hija se iba a ir a vivir a otro país. Y por otro, le encantaba ese arrojo y esa valentía que habían instaurado en ella. Estaba muy orgullosa de su fuerza y su valor.

Los primeros meses serían difíciles, pero sabía que era una gran decisión y por ello se sentía muy feliz.

En ese momento, le vinieron a la mente aquellos veranos en la Bretaña cuando Elise decía que de mayor se iría a vivir allí, que estudiaría en Rennes y se quedaría en aquella región para siempre.

Unos años después cambió de opinión y pensó en permanecer un par de años en Montpellier y luego viajar a España. A Fabrice y a Muriel la idea de España les pareció mejor; eran menos kilómetros los que los separarían. Eso contando con Barcelona, claro. No acababa de entender ese cambio de opinión y la opción de decantarse por la Universidad de Zaragoza. Intuía que había algo que su hija no quiso decirle; tendría que hablarlo con Fabrice a ver si le contaba algo más.

18

Henri firmó la escritura de la casa el mismo día que empezaban las obras. No había tiempo que perder.

Se acercó hasta allí y les indicó a los operarios qué es lo que necesitaba que hicieran. No era mucho, ya que la propietaria la había cuidado muy bien. Simplemente era un lavado de cara.

Olía a casa antigua, esa mezcla al aroma de madera vieja y humedad, pero era fácil de solucionar con la restauración.

La reforma consistiría en pintar paredes y techos, lijar y pintar la balaustrada de forja de las escaleras interiores, revisar la madera de las ventanas y de la terraza.

En el jardín quería conservar ese bello estilo francés, por lo que mandó acondicionar el suelo con más guijarros, arreglar los paneles de madera envejecida en los muros y los bancos de madera. Además, incluiría una mesa y un par de sillas de forja blanca adornadas con unos cojines floreados.

Cuando todo eso estuviera listo, enviaría a unos jardineros para que podasen y repusieran las enredaderas, las lilas, los rosales y las madreselvas.

El resto de la casa la mantuvo intacta. Solo quedaba encerar los suelos para que destacase más el mosaico de las losetas, limpiar los paneles que cubrían las paredes del pasillo y reparar los que estuvieran estropeados, encalar la fachada y recuperar las contraventanas blancas que estuvieran dañadas.

Posteriormente, enviaría a una empresa para que limpiase con cuidado las lámparas antiguas que conservaba la casa y decidiría qué hacer con todos los muebles que la propietaria había dejado.

Muchos de ellos necesitaban un proceso de restauración; harían de la casa una especie de museo por la belleza que encerraban.

No quería cambiar mucho la casa, no solo porque le encantaba como estaba, sino porque así le haría más fácil a su madre recordar.

Decidió acudir a una tienda cercana en la que vendían

antigüedades y enseñarle fotos de aquellos muebles para que le ayudase a elegir con cuales quedarse, cuales vender, donde restaurarlos y comprar algunos más para que formaran un conjunto acorde a lo que buscaba.

El anticuario conocía bien la casa y el estilo que más se adecuaba al edificio, por lo que tanto el asesoramiento como el precio convencieron a Henri. Los escasos muebles de los que iba a desprenderse los intercambiaría con el dueño de la tienda por otros que allí exponía.

En las alacenas había muchas piezas de porcelana y cristal que tampoco habían sido retiradas y que decidió conservar por si su madre recordaba alguna de ellas. Muchas de aquellas piezas no pertenecían a ningún juego completo: tazas, copas, teteras… Pero, aun así, percibió que eran muy antiguas y prefirió quedarse con ellas.

La empresa de limpieza se haría cargo de dejarlas estupendas para su madre.

Henri estaba muy ilusionado con su compra y con la restauración de la casa, que no iba a durar más allá de esas dos semanas en las que esperaba tener cerca a sus padres.

Ya había estado mirando vuelos y el momento del reencuentro estaba cada vez más próximo.

19

El verano de mi octavo cumpleaños, cuando la abuela nos abrió la puerta, apenas tuve tiempo de abrazarla porque estaba deseando ver la sorpresa que me tenía preparada.

Unos días antes, por teléfono, me había comentado que tenía una sorpresa para mí. Había cambiado la decoración de nuestro saloncito de la primera planta.

Siempre que la abuela hacía cambios en la casa, me contaba una historia para explicarme el motivo de las transformaciones, y estaba deseando escucharla.

Los dos días anteriores no dejaba de preguntarle a mamá qué sería lo que la abuela habría colocado nuevo en el salón. Ella me sonreía y decía:

—Ya conoces a tu abuela, seguro que es algo especial. Yo tampoco tengo ni idea, así que no sigas preguntando.

—¿Estás completamente segura de que no te ha dicho nada? ¿Ni una pista?

—Dos días más y lo sabrás. Anda, ve haciendo la maleta y así estás distraída. No olvides meter algún libro y un cuaderno.

—Sí, mamá. Estoy deseando enseñarle a la abuela el cuaderno nuevo de flores naranjas que me compraste ayer.

Mamá sabía cuánto me gustaban los cuadernos y si en sus viajes o al salir del trabajo veía alguno con una portada llamativa, lo compraba para mí. No hacía falta que fuera una fecha señalada.

Ella siempre decía que los regalos no tienen por qué servir para ofrecerlos en cumpleaños o Navidad.

Me contaba que obsequiar con algo que habías comprado pensando en otra persona, en sus gustos y su forma de ser, era algo que solo se podía hacer cuando querías mucho a alguien.

También decía que solo las personas que te conocen bien son capaces de hacerte un regalo especial.

Y mamá me conocía muy bien, casi tanto como la abuela.

Mientras mamá estaba en la puerta hablando de cómo iban a ser los próximos días, yo no dejaba de tirar del brazo de la abuela para que me enseñase cuanto antes las novedades.

De repente, un libro cayó de la estantería.

Mamá retrocedió inmediatamente hasta tropezar con la puerta y yo solté enseguida el brazo de la abuela.

—Creo que estoy haciendo demasiado ruido. Perdona, mamiemur, parece que lo hemos despertado.

Mamá miró a la abuela sorprendida y ella me dijo al oído:

—Mon trésor, ve a la cocina y sírvete un poco de limonada. Ahora iré yo. Dale un fuerte abrazo a tu mamá primero.

Me acerqué a mamá y, al abrazarla, noté que estaba temblando.

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Tienes frío?

Ella me abrazó con fuerza, diciéndome cuanto me quería, y al despegarse de mí noté que tenía los ojos empañados.

La abuela acarició su cara con el dorso de la mano, pero ella, sin responder, dio media vuelta y se fue sin cerrar la puerta.

Yo ya caminaba en dirección a la cocina, pero tuve tiempo de escuchar a la abuela susurrar:

—¡Oh, Elise, siento tanto que no hayas podido acostumbrarte a nosotros!

20

Mientras estaba preparando la ponencia, el jefe del departamento de neurología le habló a Muriel de la creación dentro del hospital un centro de investigación neuropsicológica denominado «Neurología del comportamiento y la memoria» del que le gustaría que formase parte. Podía compaginarlo con la unidad de daño cerebral.

El centro de investigación tenía dos objetivos. Por un lado, se pretendía abordar las enfermedades neurológicas mediante un diagnóstico previo y preciso a través de nuevos avances tecnológicos. Luego se contaría con el tratamiento farmacológico y de estimulación cognitiva más eficaz para cada paciente. Por otro lado, el centro de investigación contaría con ensayos clínicos dirigidos a pacientes con deterior cognitivo y demencias.

A Muriel la idea le pareció maravillosa y, sin pensarlo ni un momento, decidió aceptar.

De hecho, ya había empezado a formarse sobre ello, y en una semana sería el congreso y se anunciaría la creación del centro de investigación.

Elise, por su parte, estaba impaciente por su próximo viaje y, a pesar de que había organizado todo con su padre, Muriel pudo participar en algunas decisiones como elegir entre los tres el mejor alojamiento posible.

Muriel y Fabrice pensaron viajar con ella para poder visitar la zona antes de que se mudara definitivamente. Sabían que Elise quería volar libre, pero necesitaban sentirse seguros de que era la decisión correcta.

Pasar los próximos años en España, lejos de ellos, iba a ser un cambio radical. Podrían verse durante el curso un par de veces en vacaciones o algún fin de semana, pero sería demasiado tiempo separados y la iban a echar mucho de menos. Seguramente, bastante más que ella a ellos.

Fabrice no había respondido a las dudas de Muriel sobre el cambio de planes de Elise.

Según él, seguramente se había informado de los pros y los contras de estudiar en Barcelona y por eso había cambiado de decisión.

Le explicó que probablemente le asustaba menos una ciudad como Zaragoza, con menos habitantes, que Barcelona o Madrid, a las que veía como urbes gigantes. Muriel, sonriendo, imaginó que, por mucho que Zaragoza fuese más pequeña que Barcelona o Madrid, no sería una ciudad de apenas 300.000 habitantes como Montpellier.

Y luego estaba el tema del idioma. Aprender castellano y catalán asustaba un poco a su hija.

Entonces Fabrice dijo:

—Está más cerca que Madrid, al menos.

Aquella observación optimista por parte de Fabrice hizo sonreír a Muriel, que le respondió divertida:

—Y más cerca que Rennes, no lo olvides.

Aunque la idea infantil de Elise de estudiar y vivir en la Bretaña no la horrorizaba, tampoco era de su agrado, así que finalmente el cambio había sido para mejor, o, al menos, eso le pareció en aquel momento.

Debido a que la ponencia se acercaba y a que Muriel quería dar lo mejor de sí misma en aquel congreso, su tiempo estaba siendo limitado respecto a la preparación del viaje de su hija.

Habló de ello con Fabrice y concretaron que, unos días después del congreso, pediría unos días en el hospital y viajarían los tres a España.

Pensándolo bien, quizá su hija tenía razón y era mejor empezar por Zaragoza, aunque sospechaba que enseguida sentiría la necesidad de ampliar horizontes y viajar a otras ciudades.

No sabía entonces lo equivocada que iba a estar.

21

Henri había conseguido plaza en el congreso que llevaba como título «Demencias: últimos avances en tratamientos y cuidados».

Esperaba encontrar algún tipo de información esperanzadora que le hiciera creer que podría permanecer durante más tiempo en el recuerdo de su madre. No imaginaba vivir cerca de ella y que no le reconociera. Necesitaba encontrar respuestas.

Entró unos minutos antes del inicio en aquel inmenso salón de actos del hospital, en el que ya había unas cuantas personas sentadas, muchos de ellos con batas blancas.

En su mano, el tríptico con el nombre de los ponentes, los objetivos y contenidos del congreso, y en su cabeza, un montón de ilusiones puestas en aquel aprendizaje.

En un cartel enorme situado en la parte trasera de la ubicación destinada a los ponentes aparecía la publicidad del próximo centro de investigación, algo que ilusionó especialmente a Henri. Quién sabe si conseguiría incluir a su madre en alguno de aquellos ensayos clínicos tan esperanzadores.

Cuando aparecieron los primeros oradores y, tras tomar asiento, comenzaron a hablar de los distintos tipos de demencia, de avances en los diagnósticos y la confianza que se estaba depositando en algunos fármacos experimentales, no entendía mucho de lo que estaban hablando, pero siguió atento a cada uno de los profesionales.

Al parecer, la mayoría de los avances a los que se referían estaban aún en los primeros estadios de la investigación y, aunque habían resultado esperanzadores, no eran ni mucho menos una cura para las demencias. Hablaron de ensayos clínicos, de los posibles candidatos a ellos y de la importancia de la prevención. Sin embargo, y pese a la gran cantidad de información que estaba recibiendo, aquellas jornadas no estaban siendo tan enriquecedoras como le hubiera gustado.

Entonces apareció ella. La presentaron como Muriel Briard, enfermera del servicio de daño cerebral, experta en cuidados de personas con demencia y una de las profesionales integrantes del nuevo centro de investigación.

Aquella mujer habló de la importancia que tenía el modo de comunicarse con los enfermos, de la adaptación de la casa, de cómo había que evitar compadecerse de ellos, de lo importante que resultaba tratar de comprender sus necesidades y, sobre todo, de aceptar la nueva situación. Y con esto se refería tanto a los familiares como al propio enfermo.

Henri aprendió muchísimo de las palabras de aquella mujer, mucho más que de los médicos que habían hablado antes. No en vano, ella hablaba de la relación directa con los pacientes, no de ensayos o fármacos.

Y, en ese momento, se propuso conocerla. Necesitaba obtener más información, quería saber cómo ayudar a su madre.

Le hubiera gustado hacer alguna pregunta durante la exposición, pero, al parecer, esas jornadas no estaban abiertas a preguntas del público y se quedó con ganas de obtener más información.

Al terminar su ponencia, Muriel se sintió satisfecha con la atención que había recibido del público. Se había fijado en que no solamente había personal sanitario del hospital, sino también varias personas que probablemente serían familiares de enfermos interesados en los últimos avances.

A pesar de que no había opción a responder demandas del público, sabía que muchos de los asistentes necesitarían conocer más sobre aquellas jornadas y, por ello, se había incluido en la inscripción un CD con las ponencias y bibliografía de ampliación que había facilitado cada ponente.

Sin embargo, al levantarse y bajar del estrado, se fijó en que había un hombre que se estaba dirigiendo hacia ella con determinación.

Era un hombre bastante alto con algunas canas en las sienes. Caminaba con paso firme y decidido. Llevaba puesto un polo verde botella y unos pantalones beige, un atuendo informal que hubiera pasado totalmente desapercibido si no fuera por lo impecablemente planchado que estaba a pesar de llevar más de tres horas sentado. Se fijó también que llevaba en la mano el tríptico que se había entregado a los asistentes al entrar y su nombre rodeado con bolígrafo.

Hizo una seña con la cabeza en su dirección como preguntando si podía hablar con ella.

Muriel asintió y le indicó también con señas el lugar donde

podrían hablar.

Salieron del salón de actos y, en uno de los pasillos principales, Henri se presentó con un fuerte apretón de mano.

—Disculpe que la aborde de una manera tan brusca. Mi nombre es Henri Coursan.

—Como habrá podido ver en el tríptico, yo soy Muriel Briard. ¿En qué puedo ayudarle? —sonrió recordando como estaba rodeado su nombre en el folleto.

—En primer lugar, quería agradecerle todo lo que ha dicho en la ponencia. No sabe lo mucho que me ha ayudado escuchar los consejos que ha ofrecido para tratar a personas con demencia.

—Es mi trabajo diario. Además de trabajar en el hospital, estoy con los pacientes también en sus casas y veo con frecuencia el trato que reciben de sus familiares, que, aunque con la mejor intención, no siempre es correcto.

—Pues verá, voy a ir al grano para no quitarle más tiempo. Mi madre sufre demencia desde hace un tiempo. Últimamente está peor y, aunque los fármacos y la terapia cognitiva parece que son eficaces para que la enfermedad no avance tan rápido, temo que en breve dejará de recordarnos.

Muriel notó que esto último lo dijo con un pequeño quiebro en la voz y no pudo evitar apretarle el brazo con un intento de consolar a aquel hombretón que hablaba con tanto cariño de su madre.

Henri continúo explicando que sus padres vivían en Quebec y que próximamente iba a traerlos a vivir a Narbonne, a una casa que había comprado para ellos.

Le habló brevemente de la historia de la casa y de la importancia que él creía que podría tener para su madre, y le pidió su opinión sobre ello.

Muriel le explicó que la memoria remota es la última que desaparece y que le parecía una excelente idea tratar de conservarla a través de aquella casa, los paseos por una ciudad tan importante durante su infancia y las historias vividas en ella.

Henri le pidió un último favor: visitar a su madre cuando volviera a Narbonne.

Ella le dijo que trabajaba en Montpellier, no en Narbonne, y que recorrer esos casi cien kilómetros eran demasiado para un trabajo habitual.

—Por favor, solo le pido que la vea, no le pido un trabajo continuado. Solo verla y que me ayude, en caso de que no pueda dedicarle su tiempo, a buscar a alguna persona que pueda atender sus necesidades. Le pagaré lo que me pida por esa visita y, si lo necesita, yo vendré a recogerla y la llevaré a Narbonne. Solo le pido eso.

A Muriel aquella insistencia cargada de emociones la conmovió y no tuvo valor a negarse. Finalmente, con una leve sonrisa, accedió a las peticiones de aquel hombre.

—¿Puedo llamarla aquí al hospital cuando mis padres lleguen a Narbonne para poderla avisar con tiempo de que pueda buscar un momento para poder verla?

—Mejor le voy a dar mi número personal. No es algo que haga habitualmente, pero así le será más fácil localizarme.

Henri se despidió de ella con un fuerte apretón de manos sin dejar de agradecerle su tiempo y que hubiera accedido a su petición.

Cuando se alejaba, Muriel se preguntó qué había ocurrido en ese momento para que ella dejase de lado su papel profesional y se interesase personalmente por el problema familiar de aquel hombre.

Aún no sabía que aquel momento sería decisivo en su vida profesional y también personal.

22

Cuando mamá se fue, la abuela me sonrió y me llevó al salón de la segunda planta.

Al acercarme a las escaleras, como era mi costumbre, miré a la abuela a través de la bola de cristal que coronaba la baranda situada en el segundo escalón.

Yo siempre decía que era una lupa para ver la vida más grande. Recuerdo que la primera vez que quise comprobar cómo se veía a través de aquella esfera transparente apenas llegaba y tuvo que auparme ella. Desde entonces no dejé de hacerlo en cada una de mis visitas a la casa.

Ni siquiera en ese momento de fascinación por la sorpresa pasé por alto aquella pequeña rutina.

La abuela acarició mi pelo y juntas subimos la escalera, en mi caso agarrada a la barandilla de forja negra, como me enseñó.

Cuando me asomé vi cuál era la maravillosa sorpresa. Había empapelado una de las paredes del saloncito, la que estaba tras el sofá verde hoja, un sofá en el que nos recostábamos a leer las tardes en las que el tiempo no acompañaba y teníamos que renunciar al jardín.

Era un papel con un fondo crudo y lleno de flores de diferentes colores y formas. Flores redondeadas, rosas, me dijo que eran; otras en forma de racimo similares a las glicinias de la balconada de la habitación de arriba y otra enorme de color amarillo con cinco pétalos que me encantó. La abuela me dijo que era un lirio amarillo.

Esperaba ansiosa la explicación de la abuela sobre aquella elección. Me explicó que las flores tenían un impacto positivo sobre nuestro estado de ánimo y que mejoraban las relaciones interpersonales. Empapelar aquella estancia era un complemento a las plantas floreadas del jardín y las balconadas.

—Y a la alfombra de mi habitación, no lo olvides —expuse muy seria.

Me puse de rodillas en el sofá mirando el papel y comencé a

recorrer con el dedo índice el borde de algunas de las flores, absolutamente fascinada.

Acababa de instaurar una nueva práctica para mis visitas a la casa.

De repente me acordé de mi nuevo cuaderno y enseguida le dije a la abuela que tenía una sorpresa parecida a la suya.

Comencé a correr hacia la escalera, pero me detuve en seco al recordar que ella me tenía prohibido bajar con prisas y sin agarrarme a la barandilla; aminoré el paso y subí la mochila con mis libros y cuadernos mientras ella me esperaba sentada en nuestro sofá.

Es curioso como cualquier recomendación o norma que la abuela establecía en casa no era necesario que la repitiera más de una vez. Ya le hubiera gustado a mi madre que fuera tan obediente con ella.

Abrí mi mochila y saqué el cuaderno de flores naranjas que me regaló mamá.

Era un cuaderno tamaño folio con una espiral en color verde y un estampado con un sinfín de flores naranjas que la abuela cogió entre sus manos con delicadeza como si estuviera sosteniendo las propias flores.

Me explicó que eran gerberas naranjas y que eran unas flores muy especiales que tenían un significado que iba mucho con nosotras.

—Mallén, las gerberas naranjas simbolizan la energía, la alegría y la euforia, así como el éxito en todas las facetas de la vida. Este cuaderno será el inicio de tus logros, ya lo verás.

Yo miraba a la abuela con la boca abierta. A mis ocho años, que me dijera que iba a tener mucho éxito en la vida me parecía tan lejano que no podía creerlo, pero de lo que sí estaba segura es de que intentaría que así fuese, aunque aún no tuviera ni idea de lo que significaba en realidad tener éxito.

23

Henri no podía estarle más agradecido a aquella mujer de cabellos anaranjados. Es verdad que le había asegurado que no iba a poder ir a cuidar de su madre, pero al menos se había ofrecido a visitarla y le había facilitado su número personal. Algo que, según le había comentado, no hacía habitualmente.

Estaba completamente seguro de que la enfermera sería importante en su vida y en la de sus padres. Lo percibió desde el momento en que la escuchó hablar con tanta seguridad, con esa profesionalidad que emanaba de cada palabra que emitía.

En menos de dos semanas, sus padres estarían con él y haría lo posible para que no volvieran a irse a Quebec. No estaba del todo confiado en conseguirlo, pero trataría de pasar el mayor tiempo posible cerca de su madre.

Su madre tenía aquellas raíces francesas y contaba con la posibilidad de convencerla, y aún más con aquella casa. Pero su padre era más difícil. Era canadiense y no había salido de allí más que una vez. Le iba a costar adaptarse a Francia, estaba convencido. Sin embargo, sabía del amor que sentía por Margaret y que haría lo que fuese necesario para hacerla feliz.

Decidió acercarse de nuevo a Narbonne para comprobar cómo iban las reformas y la restauración de aquellos muebles que dejó en el anticuario.

Cada vez le gustaba más aquella casa; estaba convencido de que era una gran compra, y no solo para sus padres; empezó a pensar que sería también la morada de sus últimos días.

Desde que entró por la puerta, sintió aquella magia de la que le habló su madre. Tenía tanta luz, tanta vida, que no entendía cómo no se había vendido antes.

Lo importante era que había caído en sus manos y que iba a convertirla en el hogar perfecto para ellos. No se desharía de momento del apartamento de Montpellier, pero estaba decidido a trasladarse a vivir a la casa con sus padres.

Los alojaría en la planta intermedia y él se acomodaría en la tercera planta. Había una gran habitación con vistas a la fachada y otra en forma de estudio con vistas al jardín. Ambas tenían un pequeño balcón de forja blanca en el que pondría un par de macetas con lavanda.

La habitación tenía un baño con una gran ducha que no hacía falta reformar, con limpiarlo adecuadamente sería suficiente. Le encantaba ese toque antiguo que tenía el edificio.

En la planta intermedia había una habitación, un baño y un saloncito que sería perfecto para que sus padres estuvieran cómodos.

En la planta baja estaba la cocina, un aseo, otro pequeño y acogedor salón, el comedor y un gran pasillo que llevaba al jardín.

Como tampoco pensó reformar nada más allá de lo estrictamente necesario, las obras estaban a punto de concluir.

Cuando entró en la casa, el suelo ya estaba pulido y brillaba como si fuera nuevo, pero no dejaba de percibirse su antigüedad. Habían arreglado también, sin que apenas se notase, alguna que otra baldosa que tenía desperfectos.

Por la escalera, que estaba situada en el centro de la estancia, entraba muchísima luz gracias a la enorme claraboya del tejado.

Henri había pedido que la limpiaran bien para facilitar que la luz envolviera la casa y la convirtiera en más especial aún, y el efecto al entrar fue exactamente lo que buscaba. La balaustrada de la escalera recién pintada relucía más con aquella iluminación natural.

La bola de cristal estaba limpia y parecía nueva. Le pareció una forma curiosa de coronar el inicio del pasamanos.

24

—Es solo una visita para ver la zona, Elise, no entiendo tantos nervios. Aún queda tiempo para que te mudes.

—Mamá, ¿cómo puedes estar tan tranquila sabiendo que en breve vas a dejar de ver a tu hija con tanta frecuencia?

—Pero si es tu elección, Elise. Ya me gustaría que te quedases en Montpellier a estudiar.

Muriel ayudaba a su hija a hacer una pequeña maleta para un par de días. En el hospital no habían podido concederle más tiempo, así que tendrían que organizar bien las dos jornadas en España.

No entendía tantos nervios de última hora. Fabrice ya tenía un pequeño listado con los posibles alojamientos durante el curso y estaban deseando ir a verlos.

Ninguno de ellos había buscado información sobre la Universidad de Zaragoza y se fiaban del criterio de Elise.

En un momento dado, Elise le dijo a su madre que la facultad de nutrición no estaba en Zaragoza, sino en Huesca, una pequeña ciudad de la misma región o comunidad autónoma, como la llamaban los españoles, pero a unos 70 km de la anterior.

—¿Y desde cuándo sabes eso? ¿Desde el principio?

—No, mamá, me lo han dicho hace un par de días. Yo estaba convencida de que la Universidad de Zaragoza estaba en Zaragoza. No sabía que algunas facultades estaban en esta otra ciudad.

—¿Y tu padre sabe algo de esto?

—No, tienes que ayudarme a decírselo, por favor. Estaba tan ilusionado porque iba a conocer Zaragoza. Si hasta tiene un plano de la ciudad y todo.

—Está bien, Elise. Cuéntamelo todo ya.

Elise tragó saliva y se dispuso a confesar algo que iba a impactar a su madre, pero no podía demorarlo más.

—Pues… Verás, mamá, hay un chico que estudia en Zaragoza. Es francés, pero ha visitado muchas veces la ciudad porque su padre tiene negocios allí. Sus padres se han separado y el próximo curso se va a ir a vivir a Zaragoza con su padre y a estudiar allí. Va a estudiar Veterinaria.

—No entiendo nada, Elise. Has conocido aquí a ese chico y se va a ir a Zaragoza, y tú has decidido de repente que le sigues al fin del mundo.

—Claro que no, mamá. Ya sabes que mis planes siempre han sido irme a estudiar a España.

—Sí, querías estudiar enfermería, como yo, en Montpellier, y luego irte a España. De repente ya no quieres estudiar enfermería y tampoco en Montpellier, sino en una ciudad desconocida que no sabemos ni cómo se pronuncia.

—Por favor, mamá. Erwan me había dicho que nutrición iba más con mi carácter y, además, ambos pensábamos que se estudiaba en Zaragoza.

—¿Erwan? ¿No estarás hablando del Erwan Molac, de Dinan?

—Eh…sí, mamá. ¿Cuántos Erwan crees que hay en Montpellier? Aunque solo fuéramos a la Bretaña en verano, él y yo mantenemos contacto durante todo el año. Y… bueno… estamos juntos desde hace tiempo.

—¿Y por qué me estoy enterando de todo esto ahora?

—Ya sé que a ti no te gusta Bretaña ni los bretones. Bueno, papá sí te gustó un tiempo, ¿no es así?

—Entonces tu padre sabe algo de todo esto, ¿no?

—Que Erwan y yo somos más que amigos, sí, y que mantenemos contacto, también; pero no sabe que me voy con él a Zaragoza, bueno, a Huesca.

—En un par de días vas a cumplir 18 años, Elise, y ya sabes que siempre he estado muy orgullosa de ti y de lo madura que has sido para tu edad. Por eso no entiendo ese afán de ocultarme una información como esta.

—Papá dice que no te gustaría que saliese con un bretón.

—¡¿Qué estupidez es esa?! El hecho de que mi relación con tus abuelos no haya sido nunca buena no tiene nada que ver con su procedencia. Fue siempre una relación difícil, pero no por eso. De hecho, todos los años vuelvo a Dinan.

—Pero porque te encanta el pueblo, mamá, y porque no nos quedamos en casa de los abuelos, sino de la tía.

—Por lo que sea, Elise. Bueno, ahora ya no se puede hacer nada al respecto. Lo único que me preocupa es que seas feliz. ¿Sigues dispuesta a irte aunque no estés en la misma ciudad que Erwan?

—Sí, mamá, claro que sí. Erwan me ha animado a ir a España un poco antes de lo previsto, pero ya sabes que iba a ir de todas formas. Además, podré verle los fines de semana y así me centraré más en los estudios.

—Jajaja, veo que has heredado mi positividad. Aunque sea lo único que tengas mío, porque eres igualita a tu padre.

Ambas se fundieron en un abrazo y Muriel pensó que era el momento de hablar detenidamente con Fabrice y esas ideas absurdas sobre su rechazo a los bretones.

Quién sabe si algún día tendría un nieto con dos apellidos bretones.

25

Por fin, las obras de la casa habían terminado y Henri estaba deseando recibir en un par de días a sus padres.

Era un viaje interminable, lo recordaba bien. Primero tendrían que viajar a Toronto. Era un vuelo corto hasta allí y, por suerte, tenía unos primos que vivían no muy lejos del aeropuerto y se quedarían en su casa el tiempo necesario hasta que saliese el vuelo hacia París.

Desgraciadamente, no había vuelo directo hacia Montpellier, ni siquiera hasta Toulouse, así que tendrían que hacer escala en París.

Quizá aquel inconveniente les haría replantearse quedarse a vivir en Francia. Aunque su padre tenía en Canadá varios sobrinos, el hecho de que su único hijo viviera en Francia podría hacerle recapacitar.

Henri supuso que probablemente aquel sería el último viaje en avión que harían sus padres.

Pensó en llamar a Muriel para preguntarle cuándo podría pasarse a ver a su madre. Le gustaba tener las cosas organizadas y estaba convencido de que la enfermera tendría también ocupada su agenda.

Decidió llamarla al día siguiente; aún era domingo y prefería no interrumpir su vida familiar con cuestiones laborales. Esperaría al lunes, aunque corriera el riesgo de que estuviera trabajando cuando sonara el teléfono.

Entonces, sin apenas darse cuenta, comenzó a pensar en la familia de aquella mujer, en si la tendría, en si habría en su vida unos padres, pareja o hijos.

No sabía por qué había pensado en ello. Quizá porque se acercaba a los cincuenta y él no tenía pareja ni hijos. Y empezó a ser consciente de que probablemente nunca los tendría.

Lorraine nunca tuvo intención de ser madre y, aunque para él en ningún momento de la relación fue prioritario, no descartaba ser padre algún día. Sin embargo, cuando lo proponía, Lorraine bromeaba diciéndole que entonces no sería con ella.

Ahora, echando la vista atrás, se dio cuenta de que la relación que

habían mantenido era cuanto menos inusual. Nada que ver con la relación de sus padres o de sus amigos.

Había estado en alguna boda en la Basílica de Quebec y, aunque no estaba seguro de querer una celebración tan majestuosa, no le hubiera importado dar el «sí, quiero» en alguna de las pequeñas iglesias de su ciudad.

Muy cerca del funicular se encontraba la Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, una iglesia con mucha tradición que le encantaba visitar cuando se acercaba al bullicioso centro histórico de la ciudad.

A Henri le encantaba la historia y sabía casi de memoria los orígenes de muchos de los monumentos más emblemáticos de Quebec.

Era aquella una iglesia del siglo XVII dedicada originalmente al niño Jesús que, en 1690, tras la batalla de Quebec, fue denominada Nuestra Señora de la Victoria. Sin embargo, veinte años después, debido al hundimiento de una flota británica por el mal tiempo, fue denominada Nuestra Señora de las Victorias.

Se consideraron ambos hechos milagrosos, tanto la derrota del almirante inglés Phips como el naufragio en el río de San Lorenzo. Por ello en su interior se encuentra, colgada del techo, una reproducción a escala del navío Le Bréze.

Alguna vez se le ocurrió mencionárselo a Lorraine paseando frente a ella.

—Si algún día nos casamos, me encantaría hacerlo en esta iglesia.

—Es una iglesia preciosa, sabes que a mí también me encanta y, si en mis planes estuviera casarme, sería una buena elección. Lástima que no sea algo que me apetezca hacer.

Después le rodeaba el cuello con sus brazos y le regalaba un beso apasionado que pensaba que haría a Henri olvidar sus sueños.

Y ahí estaba, seis años después, recorriendo las calles de Montpellier, recordando momentos como aquel, añorando una mujer con la que pasear y pensando que no llevaría a ninguna al altar. Ni en aquella iglesia ni en ninguna otra.

26

En el baño de la habitación donde yo solía jugar había una mesa gris con un par de cestas en la parte superior y otras debajo en las que la abuela había colocado unas toallas naranjas y blancas.

En la pared había colgado un póster en el que se explicaban las partes que componían las plantas. A la izquierda, un dibujo detallado de las partes de la flor; y a la derecha, las partes de la hoja.

Cuando comencé a ir a aquella casa y me fijaba en el póster no lo entendía, pero ahora que había empezado en el colegio a ver algunas de las cosas que allí leía comenzó a interesarme especialmente.

Con mi cuaderno de gerberas naranjas apartaba sutilmente la cesta de las toallas, traía el banquito blanco de madera y enea que había en la habitación, y me sentaba apoyada en la mesa con la intención de dibujar alguna de las flores que aparecían en el póster.

Aunque no me decía nada, el aroma a jazmín me anunciaba que la abuela estaba cerca observando mi trabajo.

Me gustaba intentar que la copia de aquellos dibujos fuera lo más fiel al original posible para luego mostrárselo y que se sintiera orgullosa de mi talento.

La mayoría de las veces omitía escribir las partes de aquellos dibujos. Aunque me consideraba talentosa respecto a mi forma de dibujar, no lo era tanto en la caligrafía.

La abuela me decía que era cuestión de práctica y que llevaba aún pocos años escribiendo. Me animaba recordándome lo importante que eran la limpieza y el orden, mucho más que la belleza de la grafía.

Era la única persona que hacía que no me sintiera culpable por tener aquella letra grande y fea. En el colegio, tanto la maestra como mi compañera de pupitre siempre me recordaban que tenía que mejorar.

Cuando mamá se sentaba a mi lado mientras hacía las tareas fruncía el ceño o me acercaba la goma para recordarme que la letra volvía a no cumplir las expectativas.

Sin embargo, la abuela, aunque no mentía con el aspecto actual de aquellas palabras copiadas, confiaba en que mejoraría la letra algún día. Solo era cuestión de tiempo y de constancia, me decía.

Aprendí a base de paciencia y de mucha concentración a mantener limpios los cuadernos, a no apelotonar las letras y a utilizar los límites de los cuadros de las libretas para no salirme.

Y así, verano tras verano, la abuela siempre me hacía comparar los cuadernos o mis papelitos escondidos de los años anteriores para forjar mi autoestima.

Me ayudó tanto a ser fuerte y segura de mí misma. Y hacía tan fácil seguir sus consejos.

La abuela no imponía ninguna norma; dejaba que yo misma me diera cuenta de que lo que me decía servía para algo, que comprobara en todo momento la eficacia de sus recomendaciones.

Y vaya si surtía efecto. Aún recuerdo como sonreía mamá cuando me escuchaba explicar alguna de las normas que me parecían tan evidentes si eran de la abuela y no tanto si eran de ella.

27

El trayecto hacia España estaba resultando un poco insólito. Se habían acostumbrado a hacer kilómetros en la compañía de aquel monovolumen verde botella que Fabrice había comprado hacía ya cuatro años para recorrer los más de 900 km que les separaban de la Bretaña. Los viajes a la tierra de Fabrice siempre resultaban divertidos; charlaban, cantaban, reían…

Sin embargo, llevaban casi tres horas de camino sin decir ni una palabra más allá de lo básico.

Y no es que estuvieran enfadados o molestos, es que Elise iba preocupada por lo que iban a encontrarse y Fabrice estaba escuchando muy atento las indicaciones de Muriel, que mapa en mano se limitaba a explicar a qué altura estaban ubicados en cada momento.

No habían hablado mucho respecto a la supuesta equivocación de Elise a la hora de elegir universidad, ni tampoco de la relación con Erwan. Tan solo algún pequeño reproche de Muriel hacia Fabrice y a esa falsa idea que había metido en la cabeza de su hija acerca de que no le gustaban los bretones. Fabrice respondió con un gesto de incredulidad ante la ocurrencia de ambas, la de su hija por contarle a Muriel lo que habían hablado y la de Muriel por negar lo que él pensaba evidente.

Hacía pocos kilómetros que habían pasado Gerona y ya estaban comenzando a entrar en la provincia de Lérida. Según el mapa, se encontraban cerca del macizo del Montseny y acercándose al pueblo de Vic.

Muriel pensó que en alguno de los viajes que hicieran para reencontrarse con Elise le gustaría parar a visitar algunos de esos pueblos del interior de Cataluña que no conocía.

Las veces que habían ido de vacaciones más allá de Francia se habían decantado por España, en concreto por la Costa Brava, pero nunca habían hecho ningún viaje cultural o de montaña en el país vecino.

Ahora tendrían oportunidad. Si todo iba bien, Elise estaría varios años en Huesca, y tenía el presentimiento de que irían más veces ellos

a verla de las que ella acudiría a Montpellier.

Casi de modo apresurado, Fabrice y Elise habían estado mirando algunos posibles alojamientos en la ciudad. Muriel confió en su criterio, al fin y al cabo, tenían personalidades muy parecidas y seguramente estarían de acuerdo en la elección, mucho más que si ella tomara parte en el asunto.

Seis horas después de salir de Montpellier y tras una breve parada técnica a repostar y a solventar necesidades fisiológicas, llegaron a Huesca.

Pese a lo raro que les pareció, la facultad se encontraba a escasos metros del centro de la ciudad, a unos 150 metros de la catedral y el ayuntamiento.

A Elise le encantó la idea de estar en el centro de una ciudad tan pequeña. Según había leído con su padre, tenía menos de sesenta mil habitantes, algo que le pareció maravilloso.

Era algo así como vivir en Narbonne, una ciudad que en esa época le encantaba visitar a Elise. Al fin y al cabo, cambiar Zaragoza por Huesca no era tan mal plan.

Dejaron el coche en un aparcamiento subterráneo junto a la catedral y siguieron el paseo a pie.

Enseguida llegaron a la plaza de la Universidad, allí pudieron ver la antigua Universidad Sertoriana, fundada en el siglo XIV, hoy convertida en el museo provincial.

Enfrente se encontraba ubicado el que iba a ser el lugar de estudios de Elise, la Facultad de Ciencias de la Salud y el Deporte, un edificio rojizo con rejas en las ventanas y algunas balconadas.

En el mismo edificio se encontraba una de las residencias que habían visto ella y su padre. El Colegio Mayor Ramón Acín.

Más cerca de la plaza de la Catedral se encontraba la segunda opción, la residencia universitaria Misioneras. La diferencia principal es que esta residencia era exclusivamente femenina, aunque era más pequeña y familiar que el Colegio Mayor.

La última opción era una pequeña residencia de estudiantes de nueva apertura que se encontraba algo más alejada del centro, dentro de lo que se podía considerar lejos en una ciudad tan pequeña.

A Muriel le gustó más la idea de permanecer en el mismo edificio en el que iba a recibir las clases.

Fabrice optaba por la residencia femenina; había mayor control en el horario de llegada y, aunque se fiaba totalmente de Elise, el hecho de no conocer la ciudad ni a sus habitantes le hacía creer que un lugar más pequeño y familiar sería el más indicado.

Descartaron de inmediato la última opción de la nueva residencia y se concentraron en sopesar los pros y los contras de las dos restantes.

En ello estaban cuando sonó el teléfono. Era una llamada desde Francia y Muriel decidió no responder. Se encontraba en sus tres días libres y no quería atender llamadas de trabajo. Pensó en el familiar de algún paciente, pero estos ya conocían que tenía esos dos días libres. Esperaría al lunes para responder aquella llamada.

28

Henri no quiso insistir; si la enfermera no le cogía el teléfono sus razones tendría. Quizá era su día libre o quizá estaba con algún paciente. No sabía nada de aquella mujer, así que decidió esperar a que le devolviera la llamada.

De repente se dio cuenta de que lo más probable es que ella no supiera quién la estaba llamando. Aunque le dio su teléfono, no intercambiaron número, así que seguramente no le devolvería la llamada.

Algo que le costaba soportar a Henri era la incertidumbre. Lorraine siempre le decía en broma que eso era porque era ingeniero y eso le hacía ser muy organizado.

A Henri aquella aseveración le sonaba a tópico, pero en su caso era totalmente cierto.

Si no tenía todo planificado se estresaba y, ahora mismo, sabiendo que sus padres estaban a punto de llegar y que no podía contactar con aquella enfermera, se estaba poniendo bastante nervioso.

Había pedido parte de sus vacaciones para estar con sus padres aquellos primeros días mientras los ayudaba a instalarse.

Ya no las utilizaría para viajar a Quebec ni a ningún otro lugar, así que era una gran idea disponer de aquellos quince días para organizar la estancia de sus padres en Narbonne.

Al día siguiente iría a recogerlos al aeropuerto, pero había decidido utilizar ese día para salir de Montpellier y pasar la jornada en Sète. Hacía un maravilloso día de finales de julio y le apetecía sentir la brisa del mar en su piel.

En ese momento desconocía que aquel pequeño pueblo pesquero iba a ser tan importante en su vida.

A pesar de que estaba a menos de media hora en coche, no solía ir tanto como le hubiera gustado. Al principio porque tenía que adaptarse al nuevo ambiente laboral y después la razón era la misma de siempre: la soledad.

Ya estaba acostumbrado a esa soledad que le había acompañado desde que se trasladó a vivir a Francia; sin embargo, eso no quería decir que no añorase sentirse acompañado.

Había congeniado con algunos compañeros de trabajo en Toulouse y habían compartido alguna que otra cena o reunión. Pero cada uno tenía su familia y la mayor parte de ellos tenían hijos o venían en camino.

No se sentía cómodo saliendo con parejas o con familias, así que la mayor parte del tiempo se limitaba a tomarse con ellos una cerveza al salir del trabajo.

Más de una vez había rechazado una invitación a una fiesta de cumpleaños por no tener que responder a las preguntas de siempre.

—¿Y cómo es que no estás casado?

—¿Entonces no tienes hijos aún?

Los que le conocían no solían hacérselas ya, pero en cada fiesta había alguna persona que dejaba que las preguntas se le escapasen de los labios sin ser consciente del fastidio que le suponía a Henri tener que buscar alguna excusa para explicar aquello a personas que ni le conocían ni tenían interés real en la respuesta.

Respecto a las mujeres, teniendo en cuenta que Lorraine seguía en su mente constantemente, había tenido alguna que otra pequeña aventura, pero no pasó de un par de citas o tres.

Estaba convencido de que las mujeres francesas pensaban de él que era un aburrido, siempre tan impecablemente vestido, tan organizado y necesitando tener su vida planificada.

Una de aquellas mujeres le dijo una vez que así era imposible disfrutar de la vida, sin improvisaciones, sin revolverse el cabello y sin arrugar la ropa.

Aquella observación le pareció absurda en ese momento, pero ahora, pensándolo detenidamente, se daba cuenta de que era bastante posible que esa mujer tuviera parte de razón. Sin embargo, no sabía cómo se hacía para no estresarse con las improvisaciones y el pelo y la ropa arrugada.

Pensó, con una amarga sonrisa, que estaba claro que prefería tener el alma arrugada antes que la ropa.

29

El año que cumplí los diez años la abuela me habló de Henri. No sé por qué no lo había hecho antes, quizá temía que le contase a mi madre una versión infantil de su historia o que no la entendiera.

Esa tarde, en lugar de la limonada, me preparó una infusión con jengibre y cardamomo, similar al té negro con especias que se preparaba ella, pero con productos más acordes a mi edad.

La sirvió en una taza blanca de loza con un relieve en forma de garbanzos y el asa dorada. Nunca me había fijado en aquella taza cuando me asomaba a la alacena del comedor.

Aquello me pareció premonitorio; había llegado el momento en el que me estaba considerando mayor y que iba a empezar a compartir historias de adultos.

Nos dirigimos al jardín, en mi caso algo agitada y expectante. La abuela llevaba una bandeja azul con las asas plateadas; en ella, nuestras infusiones y una cesta con agarraderos de porcelana con cuatro pequeñas galletas de almendra que sabía que me encantaban. También llevaba una pequeña jarrita rosa llena de cubitos de azúcar moreno y dos servilletas rosas y azules de tela.

A la abuela le horrorizaban las servilletas de papel y nunca las utilizaba. Decía que le restaban delicadeza a una mesa bien puesta.

Era curioso como su forma de vestir era siempre tan hippy, como decía mamá, y, en cambio, tan impecable su manera de poner la mesa sin que faltase ni un detalle. Le encantaban los vestidos largos y sueltos llenos de colores y flores. Su pelo anaranjado, siempre suelto descansando en sus hombros, le hacía parecer mucho más joven. A veces, viéndolas juntas, tenía la sensación de que mamá era mayor que ella.

Me preguntó si prefería sentarme en el banco de madera de siempre o en las sillas de forja gris y la mesa blanca.

Yo intuí que elegir las sillas y la mesa sería más adulto, y me decanté por aquella opción. La abuela sonrió y colocó la bandeja en la mesa.

Me senté con cuidado para no arrugarme el vestido; aquella tarde, sin saber aún lo que me esperaba, había decidido ponerme mi vestido preferido. Un vestido largo, hasta casi los tobillos, en color blanco estampado con unas rosas en miniatura que me hacía parecer una adolescente. Completé mi atuendo con unas sandalias blancas muy juveniles que la abuela me compró en la zapatería de la Rue Droite.

Quizá fue aquello lo que animó a la abuela a contarme aquella historia, o es posible que lo tuviera pensado desde antes de que mamá me llevará a su casa.

Cogí la taza humeante y me la llevé a la boca. Aspiré el aroma de las especias mientras sonreía levemente.

Aunque me parecía imposible, la noté algo nerviosa antes de comenzar a hablar e intuí que era muy importante lo que necesitaba explicarme.

—Hoy me gustaría contarte una historia que seguramente te parecerá extraña, mon trésor, pero creo que ha llegado el momento de conocerla.

30

La decisión estaba tomada; se alojaría durante al menos el primer año lectivo en el Colegio Mayor ubicado en la facultad.

Aunque Fabrice había optado primeramente por la residencia religiosa, después se dio cuenta de que Elise no iba a encajar en aquel lugar y que era muy importante el proceso de adaptación a la ciudad y sus habitantes para que el rendimiento académico fuera óptimo.

Entraron a informarse al Colegio Mayor y Elise estaba muy nerviosa. Ese sería su hogar en breve. Tenía esa mezcla de ilusión e incertidumbre que acompaña siempre a las novedades.

Esas mariposas en el estómago que, aunque dicen que anuncian que tenemos delante el amor, lo que de verdad anuncian es la ilusión y las ganas. Y Elise tenía muchas ganas de empezar esa nueva vida.

Una señora muy amable que salió de una especie de pecera que había en la recepción se ofreció a mostrarles las instalaciones. El español de Elise aún no era muy bueno y se perdió alguna de las indicaciones. Afortunadamente, su padre hablaba a la perfección el idioma vecino y su madre se defendía bastante bien.

Fabrice vivió en España un par de años después de obtener la titulación universitaria. Estuvo realizando un curso de posgrado en Barcelona.

Muriel le había acompañado en varias ocasiones y, aunque su español no era tan fluido, no tenía ningún problema en hablarlo y entenderlo.

Aquella señora les explicó que las habitaciones podían ser individuales o dobles y que, aunque tenían WC y lavabo en ellas, los baños y las duchas eran comunes. A Elise no le importó; habían estado alguna vez en campings por la Provenza y estaba acostumbrada.

Había salas de estudio distribuidas en cada una de las plantas por si no quería estudiar sola en la habitación, también una sala de juegos con un futbolín y una mesa de ping-pong que parecía nueva.

Además, tenían un gimnasio y una lavandería para poder lavar la

ropa. No entendió muy bien el funcionamiento de esta, pero no era algo que le importase en ese momento.

Aunque a medida que iban viendo todo lo que aquel Colegio Mayor le ofrecía se iba relajando, no dejaba de pensar en lo largos que se le iban a hacer aquellos días hasta que empezase el curso.

Estaba deseando hablar con Erwan y contarle como sería el lugar donde iba a vivir, hacer planes juntos y organizar su día a día.

Muriel se quedó algo más tranquila al saber que ya estaba todo planificado y que había podido participar, aunque fuera un poco, en la decisión de Elise.

En ese momento recordó que el número de teléfono que había estado sonando podría ser de Henri Coursan y sopesó devolver la llamada, pero, al no estar del todo segura, pensó en esperar al día siguiente que ya estaría de vuelta en Montpellier. Habían sido dos días cargados de emociones.

31

Henri se acercó al aeropuerto de Montpellier a recoger a sus padres con un nudo en el estómago y otro en la garganta.

La noche anterior apenas había podido descansar a causa de la incertidumbre. Esa forma tan organizada de ver la vida, que tan buenos resultados daba a nivel laboral, le provocaba una inmensa frustración cuando no era capaz de controlar la situación.

Sabía por experiencia que imaginarse las situaciones venideras no hacían más que incrementar su nivel de ansiedad, pero no podía evitarlo por mucho que hubiera leído sobre el tema.

Recordó las palabras de aquella psicóloga con la que sintió la necesidad de contar durante los primeros meses en Toulouse: «El futuro aún no existe, deja que llegue para decidir».

Al llegar a Francia, percibió que había sido protagonista de un doble abandono; por un lado, el de Lorraine hacia él, y por el otro, el de él hacia sus padres. Sintió que estaba viviendo una especie de duelo y que no sería capaz de salir adelante sin ayuda profesional.

No le costó demasiado tomar la decisión de acudir a un psicólogo. Para él era tan importante conservar una buena salud emocional como la salud física.

Aquellos meses fueron muy productivos emocionalmente y la terapia le sirvió para afrontar muchos de los momentos complicados que le irían sorprendiendo a lo largo de su vida.

Sin embargo, seguía siendo igual de organizado e incluso «cuadriculado», como alguna vez le decía Lorraine entre risas. Así que le hubiera gustado hablar con Muriel antes de recibir a sus padres, de saber cuándo podría ver a su madre, de organizar aquella visita con tiempo.

Y luego estaba la inseguridad que le provocaba el encuentro con sus padres: cómo sería ese momento, qué diría su madre, cómo reaccionaría él si no le reconocía.

Estaba exhausto, con ese agotamiento mental que dejan las

preocupaciones. Por mucho que recordara aquellas palabras y tratara de neutralizar los pensamientos, ese día le estaba resultando más difícil de lo habitual.

Se sentó en la sala de llegadas del aeropuerto y observó que el vuelo aterrizaría en aproximadamente media hora.

Media hora de temores que impedirían que pudiese concentrarse en nada más.

Aprovechó para volver a llamar a la enfermera aun sabiendo que podría no cogerle el teléfono e incrementaría su nerviosismo.

En el cuarto tono alguien descolgó el teléfono:

—¿Sí, dígame?

—Perdone, Muriel, soy Henri Coursan. Hablamos en el hospital, no sé si me recuerda.

—Hola, Henri, veo que es el mismo número que me llamó ayer. Perdóneme, pero estaba fuera de Francia y no pude coger el teléfono.

—No tiene importancia, disculpe usted mi insistencia. Pensará que soy muy molesto, pero hoy llegan mis padres y me gustaría concretar con usted esa visita.

—¿Había pensado algún día en concreto? Yo puedo ofrecerle varias opciones, que son las tardes que tengo libre. En esta semana podría ser mañana miércoles y el viernes. Los martes y jueves tengo todo el día ocupado.

—El viernes me parece una opción excelente. Así dará tiempo a que se acomoden y descansen de tan largo viaje, y también a prepararlos para su visita, de la que aún no les he hablado.

—Perfecto, entonces. Voy a grabar su teléfono para que la próxima vez identifique su llamada. Si le parece bien, el jueves volvemos a hablar para que me facilite la dirección y la hora exacta de la cita.

—Muchísimas gracias de nuevo, Muriel. Y, por favor, piense la tarifa de la visita, que estaré encantado de abonarle el viernes.

—Hasta el viernes, Henri. Un saludo.

Después de colgar el teléfono se sintió más tranquilo y aliviado. Aquella mujer tenía la facilidad de hacerle mantener la calma. Ya lo

había conseguido durante la ponencia y también en la charla posterior. No sabía muy bien cómo lo hacía, pero transmitía paz con su voz. Esa paz que tanto necesitaba en momentos tan difíciles para él.

Y mientras estaba ensimismado, una pantalla anunció la llegada del vuelo procedente de París y se levantó como un resorte con más ganas que nunca de abrazar a su madre, pero más tranquilo de lo que imaginaba estar. Había sido un acierto aprovechar aquel momento para hablar con la enfermera.

32

Tenía tantas ganas de escuchar la historia que la abuela quería contarme que, antes de salir al jardín y sin que ella me viera, cogí el cuaderno de las flores naranjas y un bolígrafo verde que me regaló mamá y lo coloqué abierto en mi regazo por si necesitaba anotar algo.

Sabía que sería una historia impactante, algo relacionado con aquellas visitas que recibíamos por las noches, con las melodías del piano, con los libros cayendo de las estanterías.

Era consciente de que el temor de mi madre a entrar en la casa, la mirada de resignación de la abuela cuando se negaba a entrar, formaban parte de aquel relato.

Sin embargo, necesitaba escucharlo desde el primer momento que sentí las maderas crujir en el piso de arriba.

Por más que pregunté a mi madre en aquellos años y comenté a la abuela mis dudas, sabía que hasta que ellas no lo considerasen oportuno no me lo contarían.

Y allí estábamos, en el jardín de aquella maravillosa casa, con el sonido de los pajarillos y la brisa moviendo las enredaderas, dispuestas a tener la conversación más adulta que habíamos tenido nunca.

La abuela miró mi cuaderno y, señalándose con un dedo la frente, me dijo que las historias emocionantes se apuntan en la cabeza y solo si se teme olvidarlas es mejor utilizar las notas. Dejé el bolígrafo y el cuaderno en la mesita de forja junto a los restos de la infusión y las galletas de almendra, y me dispuse a escuchar a la abuela con los ojos y los oídos bien abiertos.

Ella cogió mi mano y me dijo:

—Sé que la historia que te voy a contar te parecerá un poco difícil de entender, aunque espero que no tanto como a tu madre.

—¿Por eso mamá tiene miedo de la casa? ¿Por la historia que me vas a contar? —pregunté con los ojos bien abiertos.

—En un momento comprenderás todo, después puedes hacerme las

preguntas que necesites. ¿De acuerdo, mon trésor?

Inmediatamente, me callé y asentí con la cabeza agarrando fuerte su mano. Estaba tan impaciente por saber todo sobre Henri.

Pero lo que me contó no tenía nada que ver con lo que había imaginado.

Henri no era un niño fantasma que corría por la casa y tocaba el piano, como yo había supuesto. Tampoco era un duende o un espíritu que venía con sus amigos a pasar las noches en casa de la abuela. No era un viejecito que leía horas y horas los libros que sacaba de la estantería blanca del salón. No era nada de eso.

Henri era el hombre al que ella más había amado en su vida y al que seguía amando a pesar de que ninguna de las dos podíamos verlo. Un hombre que había permanecido a su lado menos tiempo del que ambos merecían, según me confesó. Y, por primera vez en mi vida, mientras me decía aquellas palabras, vi llorar a la abuela.

33

Muriel tenía que organizar la agenda si quería visitar a aquella mujer en Narbonne. Precisamente los viernes era uno de los días que dedicaba a su hija, por lo que tenía que hablar con ella para comunicarle el cambio de planes y no sabía si se lo tomaría bien.

Desde que habían vuelto de España, Elise estaba algo distante y preocupada, pero su madre imaginó que serían esos nervios, resultado de las novedades que le esperaban en breve en el nuevo destino.

Fabrice veía con buenos ojos la decisión de Elise, aunque también estaba inquieto como Muriel, porque era una etapa con la que contaban, aunque no tan pronto. Además, suponía que iba a estar acompañada por Erwan en su nueva andadura y no esperaba que finalmente estudiaran en ciudades diferentes.

Erwan era un buen chico, hijo de uno de sus amigos de la infancia, y, al igual que su padre, era bastante hermético, por lo que las escasas veces que había coincidido con él y con Elise apenas habían intercambiado dos o tres frases.

Loïc, el padre de Erwan, llevaba varios años acudiendo con frecuencia a Zaragoza y a Barcelona por motivos laborales, y en una de esas visitas había conocido a una joven española que había provocado la ruptura del matrimonio.

Aunque Fabrice sabía que aquella aventura española no continuó, los rumores que se desencadenaron en el pueblo sobre la traición no solo a su esposa, sino al pueblo bretón, provocó que su amigo decidiera salir de allí e instalarse en España.

Fabrice le invitó a irse a vivir a Montpellier y así los chicos estarían cerca, pero Loïc era muy orgulloso y decidió romper definitivamente con Francia.

Erwan dejó de sentirse cómodo en Dinan; los vecinos protegían en exceso a su madre y no dejaban de hablar mal de su padre, y aquello le empezó a resultar molesto, y aún más cuando surgió el rumor de que él era igual que su padre sin que su madre saliera en su defensa.

Al chico siempre le habían atraído los animales y pensó en estudiar

veterinaria. Su madre no lo veía con agrado y pensaba que seguiría ayudándole con las habitaciones de huéspedes que habían preparado en la antigua casa de los abuelos de Erwan.

El turismo en la Bretaña era algo que crecía cada año y Rozenn había imaginado una vida dedicada a ello. Su marido no estaba tan seguro y se negaba a dejar su empleo por una vida tan sacrificada como la de hostelero. Eso y que salir de vez en cuando de Dinan era algo que necesitaba cada día más. Sobre todo, desde que había conocido a Pilar, que a sus 25 años era un soplo de aire fresco en su vida.

Sabía que aquello no iba a llegar a ninguna parte, ya que para él solamente se trataba de un aliciente para sus aburridos viajes de trabajo y para ella una aventura con un atractivo hombre de negocios francés que, además de momentos de pasión, le contaba unas interesantísimas historias acerca del origen de la Bretaña.

Pilar estudiaba historia en Zaragoza y los relatos de aquel francés le resultaban más ilustrativos que lo que estaba aprendiendo en la universidad. Ambos aprovechaban aquellas charlas para practicar el idioma del otro, aunque sabían que su relación era más curiosidad que amor.

Cuando decidió irse a vivir a Zaragoza, la aventura con Pilar ya había terminado. Ella había conocido a un joven de su edad y explicó a Loïc que era mejor dejarlo antes de que alguno de los dos se enamorase.

A Loïc no le pilló por sorpresa y tampoco le supuso ningún problema; no estaba enamorado de ella, aunque echaría de menos aquella relación.

Propuso a Erwan irse a vivir con él y el chico aceptó con efusividad con la condición de poder llevarse con él a Elise.

Y fue así como comenzaron los planes de futuro de los dos jóvenes.

Muriel llamó a su hija para explicarle que el viernes tenía un trabajo especial y que no podrían verse. De modo algo distraído, Elise le dijo que no se preocupase, que llamaría a alguna de sus amigas y saldrían a tomar algo o al cine.

Aunque Muriel agradeció que no se enfadara por el cambio de planes, le preocupó el distanciamiento de Elise. Tendría que volver a hablar con Fabrice a ver si él sabía algo más.

34

Cuando se abrieron las puertas y comenzaron a salir por ellas los viajeros procedentes de París, Henri estaba preparado para recibirlos.

Tras una espera que le pareció eterna, apareció su padre empujando una silla de ruedas en la que viajaba su madre con un aspecto fantástico.

Les hizo un gesto con la mano para que pudieran verlo y le preguntó con los hombros a su padre qué significaba aquello.

Se acercaron e, inmediatamente, Margaret se levantó de la silla y abrazó entre lágrimas a su hijo.

—Por fin, hijo, ¡qué ganas teníamos de llegar! Ha sido un viaje agotador.

Henri sonrió de oreja a oreja, ella lo había reconocido inmediatamente.

Abrazó también a su padre y, al oído, le preguntó:

—¿Y la silla de ruedas?

Ella los escuchó y se giró con el ceño fruncido:

—Tu padre se empeñó en que era más cómodo así. Entregó un papel que no sé muy bien qué contenía y enseguida trajeron esta silla tan aparatosa.

—Amor, es para tu comodidad. Ya sabes los largos pasillos que hay que recorrer en el aeropuerto parisino y también en este para llegar a la salida.

—Lo que tengo mal es la cabeza, cariño, no las piernas.

Ambos se miraron sorprendidos y no pudieron evitar emitir una carcajada. Parecía que el viaje había sentado maravillosamente a Margaret.

Sus temores habían sido barridos de un plumazo al escuchar a su madre, disfrutar de su sonrisa y volver a respirar su inconfundible

aroma a coco.

Depositaron la silla de ruedas en el mostrador destinado a ello y, cogiendo del brazo a su madre, salieron del aeropuerto felices.

Llegaron al coche y, tras ayudar a Margaret a introducirse en el habitáculo, Henri se dirigió con su padre al maletero a depositar las maletas.

—El motivo de solicitar una silla de ruedas era para evitar la desorientación. El neurólogo nos avisó de que en lugares desconocidos podía perderse con facilidad y teníamos que buscar alternativas, porque ella es consciente de su patología y le hace sufrir.

Henri recordó las palabras de Muriel en la conferencia y como explicó que en estos estadios de la enfermedad los pacientes eran conscientes de su deterioro y el sufrimiento que aquello les provocaba. Miró con ternura a su padre y las nuevas arrugas que surcaban su rostro. Había envejecido muchísimo en los últimos seis meses, que era el tiempo que hacía que no los veía. Imaginó el sufrimiento que tendría al ver a la mujer a la que tanto admiraba encontrarse en aquel estado.

Nunca dejó de volver a Quebec cada Navidad desde que había salido de allí. Al menos una vez al año podía disfrutar de la compañía de la familia. Guardaba los días de vacaciones para diciembre y aprovechaba esas tres semanas de las que disponía para estar con ellos.

No esperaba encontrar a su padre tan delgado, con aquellas sombras bajo los ojos y la mirada triste. Ella, en cambio, estaba espléndida. Con más luz que nunca y una sonrisa deslumbrante. Nada en su aspecto podría hacer pensar que la demencia estaba ahí, acechando para agarrarla sin tregua.

Su padre le explicó que la acompañaba cada mañana a elegir la ropa, supervisaba su aseo, aunque no necesitase ayuda, e iban juntos a todas partes para evitar los momentos de desorientación.

Se ocupaba de que tomase la medicación a diario y juntos cocinaban aquellos platos que ella aún era capaz de elaborar.

Henri se dio cuenta del arduo trabajo que le había correspondido a su padre todo ese tiempo y comprendió que no podría dejarlos volver.

Ahora él se encargaría de ayudar a ambos a tener una vida más

sencilla; era el momento de liberar a su padre de aquel trabajo en solitario.

La nueva casa sería para ellos como introducirse en una nueva vida, una vida similar a la que habían compartido en Quebec.

35

Muriel llegó caminando a la Rue Jean Pierre Dominique. En la conversación telefónica que mantuvo con Henri el día anterior le recomendó dejar el coche en alguna de las calles más alejadas del canal de la Robine. Por allí era más fácil encontrar aparcamiento, aunque hubiera que caminar un poco más. Narbonne no dejaba de ser una ciudad bastante turística y la zona centro estaba muy concurrida.

Ella había visitado varias veces la ciudad y siempre lo había hecho con Fabrice y Elise, por lo que no se había fijado mucho en el tema del aparcamiento. Además, desconocía en qué zona estaba situada la casa a la que tenía que acudir aquella tarde.

Cuando se aproximaba al número de la calle que tenía anotado en la pequeña agenda que siempre llevaba en el bolso, no podía creer lo que veía. Lo que más le llamó la atención de aquel edificio de tres plantas, además de la blancura de las contraventanas, que se percibían recién pintadas, eran las bellas glicinias de sus balcones. Era una apasionada de las flores y aquella casa tenía flores por todas partes.

Un rosal trepador en la puerta apenas dejaba espacio para ver unos peculiares azulejos que parecían piel de reptil.

Le llamó la atención la aldaba de la puerta. Subió los tres escalones que la separaban de la entrada y, cuando alzó la mano con intención de llamar, la puerta se abrió ante sus ojos.

Henri estaba allí con una leve sonrisa, impecablemente vestido, como ya sucedió en la ponencia en Montpellier. Un polo azul turquesa que hacía que destacasen más sus ojos aguamarina y unos pantalones beige similares a los que llevaba en su primer encuentro.

—Bienvenida, Muriel. Espero que haya encontrado la casa con facilidad. —Le estrechó la mano con fuerza.

—Muchas gracias. Sí, lo cierto es que no ha sido complicado. Había visitado otras ocasiones Narbonne, pero no conocía esta zona de la ciudad. Lo cierto es que me ha impresionado la casa.

—Es maravillosa, ¿verdad? Vaya, espero no haber sonado demasiado pretencioso.

—En absoluto, la casa es espectacular y estoy deseando conocerla. Y a su madre, por supuesto.

-Claro, pase por favor, mamá está en el jardín. Hoy hace un día fantástico y ha decidido merendar allí.

Cuando Muriel traspasó la pequeña entrada y siguió a Henri por aquel pasillo que conducía al jardín, no pudo más que quedarse impresionada por todo lo que iba descubriendo a su paso.

La increíble luz que entraba por el ventanal de la escalera, el brillo de la balaustrada recién pintada de negro, aquella bola transparente que invitaba a subir las escaleras y el bellísimo suelo de mosaico recién encerado; todo en aquella casa irradiaba luminosidad.

Henri percibió que Muriel no dejaba de mirar fascinada a un lado y a otro y se dio cuenta enseguida que no sería difícil conseguir que volviera a visitarlos.

Margaret estaba sentada en una silla de forja en aquel jardín pletórico de madreselva. Al fondo, en una gran jardinera de madera, había agapantos azules y blancos formando un curioso ramillete.

Sobre la mesa había una tetera blanca con pequeñas flores violetas y una taza haciendo juego con el té aún humeante. En una bandejita rectangular de porcelana reposaban tres galletas de almendra; junto a ella, una servilleta de hilo blanca y violeta que parecía haber sido diseñada especialmente para aquella tetera.

Le llamó la atención como estaba cuidado todo en aquella casa, aunque, viendo el atuendo impoluto de Henri, no debería estar sorprendida.

Margaret se levantó presta a saludarla ofreciéndole una mano con unas uñas muy cuidadas y pintadas de un rosa pálido. Era una mujer rubia de alrededor de 70 años, pero con un aspecto mucho más joven. Iba muy bien vestida, como si fuera a salir a dar un paseo. Nada que ver con aquellas batas o ropa deportiva que llevaban las personas a las que acostumbraba a visitar a domicilio. La envolvió un delicioso aroma a coco cuando ella se acercó.

Henri ya le comentó por teléfono la tarde anterior que su madre estaba al corriente de aquella visita y el motivo de la misma, por lo que le iba a resultar más sencillo hacerle las preguntas que necesitaba para conocer su estado.

—Hijo, tráele una taza a la señora Muriel. Estoy segura de que le gustará el té que he traído de Quebec. Es un té que hace una querida amiga con diversas especias y me encanta tomarlo cada tarde —sonrió a su invitada.

Muriel miró a Henri y le hizo un gesto que indicaba que quizá a solas sería más fácil hacerse una idea del grado de deterioro que presentaba.

Se sentó en la silla que quedaba libre mientras esperaba la taza de té que el dueño de la casa se dispuso a traer. No tenía claro por dónde empezar a evaluar a aquella amable mujer, así que decidió que le hablaría de la casa.

36

Aunque la mayor parte del tiempo permanecíamos en casa, también nos gustaba salir a pasear por los alrededores del canal. Me encantaba corretear por la orilla del agua y asomarme a los puentes para ver pasar los barcos por debajo.

—Mira, Mamiemur, ese es muy elegante, ¿verdad?

La abuela me sonreía y decía que los barcos, al igual que las casas, son reflejo de la personalidad de sus ocupantes.

Y en eso tenía toda la razón. La casa de la abuela era tan luminosa y misteriosa como ella.

Toda la ciudad estaba atravesada por el canal de la Robine, que era el antiguo recorrido del río Aude.

Muchas personas recorrían en bicicleta el canal desde el centro hasta la esclusa de Mandirac, pero era un camino de más de 8 km y, aunque me hubiera gustado hacerlo, la abuela me decía que era demasiado largo para ir caminando.

Nosotras solíamos pasear desde el Puente de los Comerciantes hasta el Puente de la Libertad, y, en algunas ocasiones y tras pedírselo con insistencia a la abuela, llegábamos hasta el Pont de l'Avenir.

A veces me compraba un helado y nos sentábamos en alguno de los bancos de piedra para ver pasar los barcos por el canal, a las familias por el bulevar o a los numerosos turistas que, plano en mano, recorrían la ciudad cada verano.

Mi puente favorito era el Puente de la Libertad, el más cercano al mercado. Siempre ornamentado con flores de mil colores que la abuela se encargaba de nombrarme, pero que olvidaba con facilidad. Me parecía muy complicado aprender cómo se llamaba cada flor. Aquel día me explicó que esas flores amarillas en forma de racimo que me llamaban tanto la atención eran conocidas con el nombre de bocas de dragón.

¿Cómo iba a llamarse una flor boca de dragón? Ella me explicó que, al presionarla ligeramente por los lados con los dedos, la flor se

abría como si fuera una boca. Lo hicimos juntas con delicadeza y mi boca se abrió tanto como la del supuesto dragón que simbolizaba aquella flor.

—Jajajaja. Ya te dije que las flores esconden muchas sorpresas, mon trésor.

En el jardín de la casa había una maceta grande con unas florecitas moradas que yo siempre llamaba lilas o moradillas, pero la abuela me recordaba que en realidad se llamaban wisteria o glicinia. Cuando le expliqué lo difícil que era para mí aprender aquellos nombres tan extraños, ella me animó a anotarlos en mi cuaderno preferido.

—Cada flor simboliza algo, mon trésor. Por eso es importante elegir bien qué tipo de flores quieres plantar cerca de ti.

Me explicó que las glicinias simbolizaban la buena suerte al inicio de un negocio o una relación sentimental o de amistad, y que también eran una señal de bienvenida a aquellos que se acercaban a la casa de la persona que las cultiva.

Para la abuela las flores eran muy importantes; por eso, además de tenerlas en el jardín o en los balcones, aparecían representadas en las alfombras y el papel del salón. Eso sin olvidar todas las flores de lis que había en la casa.

Y yo quise que para mí también lo fueran, así que hice caso de sus consejos, utilizando mi cuaderno naranja para ir anotando cada nombre con el significado que ella les daba.

Además, cuando descubría una nueva flor, acudía al póster del baño de mi habitación preferida a comprobar si el dibujo de las partes de la flor que representaba se correspondía con la flor que había anotado.

—Es una casa preciosa, Margaret. No he dejado de mirar cada uno de los rincones desde que he entrado por la puerta.

—Mi pequeño Henri no ha cambiado apenas nada de la casa. Está prácticamente igual que cuando venía aquí a ver a mi amiga hace ya tantos años. ¿Conoce usted a mi amiga?

—No, lo lamento. ¿Quiere hablarme de ella?

—Por supuesto. Laura Dubois era mi mejor amiga, nos conocimos un día junto al canal. Yo había salido a pasear con mis padres y allí estaba ella, con un vestido azul que tenía un enorme lazo en la espalda. Llevaba un aro dorado que hacía rodar constantemente. Yo me quedé mirándola fijamente mientras mis padres iban charlando. Mi padre me llevaba cogida de la mano y me solté para acercarme a aquella niña. Ella me dejó probar el aro y, para mi sorpresa, lo hacía muy bien. Mis padres sonrieron a los suyos y bajo su vigilancia nos dejaron jugar un rato.

»Se sentaron en bancos separados, pero sin quitarnos ojo mientras nosotras corríamos tras aquel aro a orillas del canal. Y así fue como comenzó mi amistad con Laura. Yo tenía siete años y ella nueve. Mis padres entablaban conversación de vez en cuando con los de mi amiga, aunque a mi madre no le gustaban demasiado.

»—Pertenecen a otra clase social, y no estoy segura de querer que me miren por encima del hombro cada vez que nos vemos.

»Mi padre no estaba de acuerdo en que aquella pareja tan amable nos mirase mal, pero no trató de convencer a mi madre; ya estaba habituado a renunciar a una idea si mamá no se sentía cómoda con ella.

»Aunque yo vivía con mis padres en Quebec, veníamos todos los veranos a Narbonne, a la casa de mis difuntos abuelos. Laura y yo nos veíamos los domingos en la misma zona. Jugábamos con el aro o con cualquier otro juego que ella o yo llevábamos. A veces intercambiaban algunas palabras y en otras ocasiones cada pareja estaba lejos de la otra.

»A mi padre le gustaba mucho sentarse en una cafetería llamada Maison Maury que había junto al canal. Allí se tomaban un café viéndonos jugar. Algunos domingos nos invitaba a un helado de fresa que nos comíamos entre risas sentadas en uno de los bancos de piedra blanca.

»Una tarde, a mi amiga se le ocurrió preguntar a mis padres si podrían dejarme ir a dormir algún día a su casa. Antes de que mi madre dijese que no, mi padre me sonrió y nos dijo que tendríamos que preguntar primero a los padres de Laura.

»Aún no sabíamos donde vivían y su relación no era tan fluida como para dejarme ir a dormir con ella. Sin embargo, mi padre me vio tan ilusionada que no dudó en acercarse a los Dubois y comentarles la idea de las niñas.

»La señora Dubois les dijo que estaría encantada de recibirme; Laura no tenía hermanos y se sentía muy sola. Mi madre accedió a regañadientes, pero concretaron que el siguiente sábado me dejarían en su casa a media tarde para recogerme el domingo después de comer.

»Estábamos tan nerviosas que no sabíamos si podríamos esperar tanto tiempo para pasar aquel fin de semana en su casa. Laura me explicaba lo divertido que sería estar juntas y que tenía mil secretos que contarme del edificio. No podía imaginar cuáles serían aquellos secretos, pero estaba deseando conocerlos.

38

Elise no podía concentrarse en nada; llevaba ya un retraso de ocho días y no era normal en ella, pero no quería decírselo a nadie, ni siquiera a Erwan. Aquel imprevisto iba a estropear todos sus planes y los de su novio. Eso sin contar con que destrozaría la ilusión de sus padres. No estaba dispuesta a consentirlo.

Estaba convencida de que su madre había notado algo cuando habló con ella para anular la cita de aquella tarde. Normalmente, cuando cambiaba una cena por trabajo tenía una buena excusa y a ella le encantaba escucharlas, pero en ese momento ni siquiera se molestó en preguntar. Tenía otras cosas más importantes en las que pensar.

No se había atrevido a acudir a la farmacia a comprar una prueba; no quería que nadie la encontrara y le hiciera preguntas, pero la incertidumbre la estaba matando.

Llevaba toda la mañana sin coger el teléfono a Erwan; él ya estaba en Zaragoza y, desde la vuelta de España, no habían hablado más que una vez, en la que ella le contó lo ilusionados que habían quedado sus padres al ver la ciudad en la que estudiaría y el lugar donde se iba a alojar.

Resultaba curioso que siendo su madre enfermera, y además una mujer tan comprensiva, estuviera ocultando algo tan decisivo en las vidas de todos. Y era precisamente eso, lo crucial que iba a ser la noticia, lo que le creaba ese temor que le impedía hablar.

Sabía que no podía dejar pasar demasiado tiempo y que más temprano que tarde tendría que decírselo a alguien, o al menos tener la certeza de que sus sospechas eran reales.

Ya se estaba imaginando anulando el viaje a Huesca, su vida futura con Erwan en España, cuidando de un bebé llorón y pasando las noches sin dormir y los días somnolientos.

Había vomitado ya un par de veces, pero no sabía si era por los nervios o porque se trataba de un síntoma evidente de su estado.

En ese momento, Fabrice entró en casa con la compra. Había salido a por los ingredientes para la cena. Las pocas veces que Muriel

anulaba la cena con ella aprovechaba para ir al cine con alguna amiga.

Esa noche le explicó a su padre que le apetecía más quedarse en casa, pero que quería cocinar juntos algo rico, algo bretón. Le encantaba cuando preparaban juntos «galettes», esas crepes saladas con trigo sarraceno y mantequilla tan típicas de la Bretaña.

Las rellenaban habitualmente de jamón, queso y huevo, menos cuando venía Muriel. Entonces sustituían el jamón por rodajas de tomate fresco; ella no era vegetariana, pero procuraba prescindir del cerdo en su alimentación.

Fabrice preguntó a su hija qué quería cenar y ella se decantó por los mejillones en salsa con vino y nata que tan deliciosos le parecían. Ella prepararía las patatas; esta vez, en vez de fritas serían unas sencillas patatas a la parisien, con mantequilla bretona y perejil picado.

Mientras preparaban los platos, Fabrice preguntó sin mirarla qué le estaba pasando. La conocía muy bien y sabía que algo rondaba esa cabecita.

Elise dejó las patatas que estaba pelando y abrazó a su padre con fuerza. Fabrice, con las manos mojadas, se dejó hacer con una de sus risotadas habituales.

—Te voy a echar tanto de menos, papá. ¿Quién me va a cocinar unos mejillones como estos en Huesca?

—Pues yo, claro. Vendrás a comerlos cada cierto tiempo y, si es necesario, los llevo yo envasados al vacío para que estén como recién hechos.

Aunque adoraba a su madre, el amor inmenso que sentía por su padre no podía igualarse a ninguno. Ni siquiera al amor romántico y apasionado que le ofrecía Erwan.

Y volvió a pensar cómo sería querer a un hijo, aunque no fuera deseado como el que ella creía llevar en su vientre. ¿Le querría menos por no haber sido concebido a conciencia?

Cenaron en silencio, intercambiando algún que otro sonido equivalente a «está delicioso» con miradas cómplices. Elise declinó la copa de vino que su padre le ofreció, porque no quería irse a la cama con dolor de cabeza, le dijo. Aunque no era muy habitual que Elise

tomara vino, Fabrice decía que unos mejillones con agua echaban a perder el tiempo de preparación y una copa de vino no iba a hacerle daño; ya tenía dieciocho años.

Esa noche soñó con bebés. Imaginó una casa con jardín y un montón de niños correteando mientras Erwan los perseguía. Un perro labrador con un collar amarillo y azul ladraba tras ellos y ella estaba inmensamente feliz.

En ese momento pensó que quizá no era tan mala idea esa de ser madre.

39

El año de mi undécimo cumpleaños la abuela decidió hacerme una fiesta sorpresa en el jardín. Cambiar de década supone un paso muy importante en nuestras vidas, solía decirme. El once estaba ya más cerca de la adolescencia y era un momento muy especial para una joven.

Lo cierto es que mi cumpleaños era en septiembre, pero, como en esa época no podríamos estar juntas porque el curso escolar ya estaría avanzado, la abuela solía hacerme un pequeño regalo y un pastel de cumpleaños durante mis vacaciones en su casa.

Ese año, en lugar de un cumpleaños austero las dos solas, decidió, sin adelantarme nada, que iba a ser algo especial.

La noche anterior me fui a dormir algo nerviosa; los habituales ruidos del salón eran más intensos y el piano tocaba piezas que nunca había escuchado. La abuela no paraba de reír y, aunque sabía de qué se trataba, me estaba resultando más extraño que otras veces.

Finalmente caí rendida y soñé con Henri. La abuela no me había explicado cómo era, pero me imaginé a un señor con el pelo canoso, alto, elegante y muy educado.

Yo no recordaba al abuelo Fabrice, pero sí había visto miles de fotografías suyas. Mamá no paraba de hablar de él a todas horas. Me llevó en varias ocasiones a la Bretaña a conocer mis orígenes bretones, de los que tan orgullosa se sentía. Me explicó lo maravilloso que era con ella y cuanto me hubiese querido si hubiera tenido la posibilidad de verme crecer. Siempre que hablaba de él terminaba llorando con un sufrimiento que me conmovía. Yo no sabía qué hacer, así que, como me había explicado la abuela, cogía su mano y la miraba con ternura.

De mi padre apenas me hablaba y, aunque me molestaba un poco, nunca le decía nada.

—Tienes que entender a tu madre, mon trésor. Para ella fue un golpe terrible perder casi a la vez a su padre y al tuyo.

La abuela quería contarme cómo sucedió todo, pero mamá

pretendía hacerlo cuando se sintiese preparada. Lo malo es que iban pasando los años y nunca se sentía lista para contarle a su hija qué había sucedido con su abuelo y su padre.

Me desperté con el sonido de los gorriones en el jardín y la luz de la mañana. Aunque no la temía, no me gustaba la oscuridad absoluta, y por eso siempre dejaba abiertas las contraventanas de madera. Prefería que el sol me despertara por las mañanas, aunque fuera muy temprano. La abuela respetaba mi decisión y la comprendía perfectamente, porque, según ella, los despertares son más naturales cuando es el sol quien los anuncia y no los aparatos electrónicos. Ella decía que las personas estaríamos mucho más sanas si nos fuéramos a dormir cuando el sol desaparece y nos despertáramos con la luz solar.

Por eso yo le decía a mamá que cuando más sana me encontraba era cuando estaba en Narbonne. Ella me sonreía y, moviendo la cabeza, se agachaba a darme un abrazo de los suyos.

Siempre que mamá me estrechaba entre sus brazos tenía la sensación de que temía que me fuera. Eran unos abrazos larguísimos que apenas me dejaban espacio para respirar. Yo la dejaba hacer porque una vez traté de separarme y ella comenzó a llorar pidiéndome por favor que no hiciera eso.

Me dio tanta lástima verla así que, aunque tenía solo 5 años cuando ocurrió, no volví a separarme durante aquellos interminables abrazos.

Fui al baño y me senté en la taza del wáter mientras pensaba en qué habría pensado la abuela para aquel día. Por la noche me comentó que teníamos algo que hacer y ya me enteraría por la mañana.

Me lavé la cara y me peiné. Estuve a punto de bajar de aquella guisa, con el pijama de mariposas azules, cuando me llegó el aroma de su perfume de jazmín y la madera crujiendo bajo sus pies.

Entró en la habitación ataviada con un floreado vestido verde y, canturreando, me dio un beso en la frente. Me preguntó qué ropa me apetecía ponerme y, al mirar la suya, abrí el inmenso armario de la habitación y elegí un vestido floreado en tonos amarillos que aún no había estrenado.

Ella me dijo que había sido una magnífica elección. Me miré en el espejo del armario y cuando se puso a mi lado estuve de acuerdo con ella.

Me ayudó a terminar de asearme y me hizo una gruesa trenza con mi largo cabello de color caoba. ¡Cómo me hubiera gustado ser pelirroja como ella!

Pero mamá era morena como el abuelo y, según las fotografías, mi padre era castaño, con unas pecas similares a las que aparecían en mi cara en verano.

Bajamos las escaleras cogidas de la mano y, al llegar abajo, pensé en tocar con suavidad la bola transparente como hacía siempre. Un sonido me lo impidió. Las teclas del piano se movían solas mientras sonaba «cumpleaños feliz». El cojín del banco que había frente al piano estaba bajo, como si alguien estuviera sentado en él. Pero yo no veía a nadie, por supuesto. Desconozco si la abuela lo veía, porque no me dijo nada al respecto.

—Feliz día de celebración de tu cumpleaños, mon trésor.

Mi regalo era pasar la mañana con Henri. Bueno, con Henri y con alguien más, porque desde el pasillo pude ver que en el jardín la abuela había colocado las dos mesas redondas de forja juntas y había dispuestas cinco sillas.

Lejos de amedrentarme, aunque había caminado con la boca abierta durante unos segundos, ella me pidió acompañarla a la cocina para llevar el desayuno. En la bandeja solo había dos tazas de té con especias, dos croissants y unos pedacitos de queso cremoso con dos rebanadas de pan.

Sus amigos espirituales estaba claro que no iban a desayunar. Eran tantas las preguntas que me surgían en ese momento que no estaba segura de que la abuela me fuese a responder todas.

40

La primera vez que entré en la casa de Laura me sorprendió la luz que entraba por la ventana que había en el techo de la escalera. No pude evitar mirar hacia arriba impresionada. A ella no le pareció nada especial, claro, llevaba allí toda la vida.

Laura corría de una habitación a otra tratando de enseñarme todo a gran velocidad, pero yo me iba parando en cada rincón porque había muchas cosas que observar. Era tan distinta a nuestro pequeño piso de tres dormitorios.

Ni siquiera la casa de Quebec era tan grande como aquella.

Una joven nos preguntó si queríamos tomar algo. Laura me dijo que era Berenice, la chica que ayudaba en casa; al oído me explicó que, aunque su madre solía decirlo, su padre aborrecía la palabra criada.

Le pidió unos zumos de naranja para las dos y que por favor los llevase luego al jardín.

Los padres de Laura estaban en el saloncito junto al jardín, me dijo.

Llamamos a la puerta y pasamos a saludarlos; su madre estaba leyendo un libro y su padre, sentado en una mesa que me pareció de cuero marrón con un montón de papeles.

Laura les explicó que iba a enseñarme las dos habitaciones de arriba y la mujer, sin apenas levantar la cabeza del libro, asintió distraída.

No me extrañaba que Laura estuviese aburrida, aquel matrimonio no se ocupaba apenas de su hija. Mis padres estaban todo el tiempo libre del que disponían hablando o jugando conmigo.

Las dos habitaciones de la planta superior estaban enfrentadas, una a cada lado del pasillo que había al final de la escalera. Volví a mirar hipnotizada el enorme tragaluz del techo y Laura me cogió de la mano para llevarme a la habitación situada a la derecha.

Era su habitación de juegos; aunque ella dormía en la segunda planta, en un cuarto contiguo al de sus padres, subía hasta allí para jugar.

Vi el aro dorado apoyado en la pared, junto a una mesa de madera oscura

en la que había cuadernos y lápices de colores.

En el suelo había unas cuantas muñecas, un armario de madera en miniatura en el que colgaban perchitas con varios trajes que supuse vestirían a aquellas muñecas.

Sobre una alfombra azul oscuro tenía unas piezas de madera para hacer construcciones.

Yo no dejaba de mirar hacia todos lados, no sabía por dónde empezar a jugar pero ella ignoró la mayoría de los juguetes, abrió un cajón y me mostró una pieza de madera que su padre le había traído de un viaje a China.

—Es un icosaedro —me explicó.

Ante mi cara de perplejidad, sonriendo, me dijo:

—Un icosaedro es un poliedro de 20 caras y este además es mágico. Es capaz de atraer espíritus que haya rondando la casa y dejarlos aquí descansando. Lo ponía en una nota que traía la caja en la que venía embalado.

Aunque me pareció intrigante, evidentemente no la creí.

Ella me explicó que, desde que había abierto aquella caja y extraído el poliedro, se escuchaban sonidos por la noche. Y fue por eso por lo que le pidió a su padre que le ayudase a traducir lo que ponía en el papel.

Estaba escrito en chino, pero, con ayuda de un compañero de trabajo de su padre procedente de Pekín, habían podido interpretar lo que decía aquel papel. Aunque el texto era muy extenso, ella me dijo que ponía:

«Aquel que esté en posesión del poliedro podrá atraer a los espíritus cercanos».

Laura imaginó que cada una de las caras de aquel poliedro podría pertenecer a un espíritu diferente y me instó a inventar un nombre para cada uno.

A mí no me gustaba mucho aquel juego; en mi familia no creíamos en fantasmas y no estaba segura de que si mis padres se enteraban de aquellos juegos me volvieran a dejar quedarme en su casa.

Como pude, traté de cambiar de tema y nos pusimos a jugar a las muñecas de porcelana que había en la habitación.

Pensé que Laura había olvidado la historia, porque no volvió a hablar de ello durante el tiempo que permanecí en su casa.

Ya llevaban más de dos horas hablando y Muriel se dio cuenta de que, para Margaret, hablar de su pasado con alguien ajeno a la familia estaba siendo una terapia muy efectiva.

Se despidió de ella con el objetivo de volver en otro momento.

Henri había permanecido todo el tiempo fuera de su campo de visión, pero lo suficientemente cerca para escuchar algunas historias de la infancia de su madre que desconocía.

Ya en el pasillo, Muriel le explicó que lo que estaba haciendo con su madre era lo que se denominaba terapia de reminiscencia. Este tipo de tratamiento consistía en hablar de actividades, eventos y experiencias del pasado con la ayuda de recuerdos tangibles como era la casa, pero que también podían utilizarse objetos, fotografía, música.

Esta terapia, le explicó, mejoraba el estado de ánimo, y también la autoestima y la esperanza de los pacientes al sentirse bien recordando.

Le preguntó si había objetos o fotografías que tuvieran un significado especial para su madre y ella le habló del poliedro al que se había referido Margaret en su relato.

41

Se despertó súbitamente con una sensación extraña, le dolía enormemente la cabeza y tenía la boca seca.

Se levantó al baño y descubrió que finalmente no iba a ser madre tan pronto.

Increíblemente, aquel descubrimiento en su ropa interior no la tranquilizó. Había estado tanto tiempo imaginando cómo sería tener un bebé con la cara de Erwan entre sus brazos que la invadió una mezcla de decepción y amargura que no pudo evitar.

Las lágrimas corrían por su rostro mientras abría el grifo de la ducha.

—¿Ya te has levantado, Elise? Son más de las diez. Hoy se te han pegado las sábanas. Tendrías que ir acostumbrándote a madrugar. Queda poco tiempo para que comiencen las clases.

Tras pasar más de quince minutos bajo el agua caliente pensando en su futuro, sus estudios y cómo sería formar una familia lejos de casa, salió algo triste del baño.

—Es cierto, papá, pero tengo uno de esos días raros que a veces nos acompaña a las mujeres. No me hagas mucho caso si me ves un poco ausente.

-Claro, cariño. ¿Quieres que hagamos algo especial hoy o vas a llamar a tu madre para que te cuente qué tal le fue en la entrevista de ayer en Narbonne?

—Es verdad, ayer no hice mucho caso a mamá cuando me dijo que no podía quedar. Parecía ilusionada con esta nueva familia a la que iba a visitar y yo apenas presté atención. Tengo que disculparme con ella. A ver si podemos comer juntas y que me cuente.

—A mí me contó que iba a la casa de una señora con demencia. Que sería una primera visita de valoración, pero que probablemente buscaría a alguien porque no iba a ir hasta allí de manera regular.

—Estoy deseando que me cuente. ¿Crees que si vuelve me llevará con ella a Narbonne? Me encantaría.

Elise llamó a su madre tras desayunar. Era sábado y le apetecía comer con ella y que le explicase con detalle. Sabía que había cosas que por protección a sus pacientes no podía contar, pero en este caso le interesaba más su lugar de trabajo que la persona a la que iba a visitar.

—¿Quieres que comamos en casa o te apetece algún lugar en concreto?

—Si no te importa, prefiero comer en casa, así me cuentas. Bueno, y te cuento yo también. Si te parece llevo yo, sushi que hace mucho que no lo comemos.

—Me parece fantástico. ¡Qué ganas de verte!

Elise llegó con una bolsa de su restaurante favorito de sushi. Muriel ya tenía preparada la mesa y juntas se dispusieron a abrir las cajas y colocar su contenido en unas bandejas de loza que siempre utilizaban para ello.

—La señora a la que he ido a visitar, Margaret, es de Quebec. Su hijo ha traído a Francia a sus padres porque ella lleva tiempo con deterioro cognitivo y teme que llegue el día que no le recuerde. Está muy preocupado. Le conocí el día de la ponencia. Se acercó a mi pidiéndome el favor de visitar a su madre para saber qué ayuda podría necesitar.

—¡Qué triste es acabar sin tener recuerdos!

—De momento tiene muchos, sobre todo de su niñez. Esa es la característica principal del deterioro cognitivo y la demencia. Van esfumándose los recuerdos cercanos para hacerse más vívidos los antiguos. Por eso Margaret no deja de contar anécdotas muy concretas de los años que pasaba veraneando en Narbonne.

—¿Vas a volver a verla? Si es así, podría acompañarte alguna vez. Mientras tú estás en la casa, yo podría pasear por la orilla del canal o comerme un helado en la plaza del ayuntamiento.

—Aún no he decidido nada. En principio, Henri solamente me pidió que fuera ayer a visitar a su madre. Le expliqué algunas dudas que tenía sobre el estado en el que se encontraba y las posibilidades terapéuticas y de cuidados que serían convenientes.

—Hacía mucho tiempo que no te veía tan entusiasmada hablando de un paciente. ¿Qué tiene de especial esa mujer?

—Elise, eres igual que tu padre. Dando rodeos para evitar preguntar directamente lo que te interesa saber.

—No todos somos tan directos como tú, mamá. Está bien. ¿Qué tiene de especial Henri?

Muriel siguió comiendo entre risas sin responder a la pregunta de su hija, porque ella también se había hecho esa misma pregunta desde el día de la ponencia.

42

Fue un cumpleaños muy especial, pero sabía que no debería contarle a nadie lo ocurrido, y mucho menos a mi madre.

Tras el desayuno en el jardín, mamá llamó como hacía cada mañana y aprovechó para felicitarme. Aunque ese no era el día de mi nacimiento, me gustaba que mamá me felicitara el día que lo celebraba con la abuela.

Me hubiese gustado pasar ese día con ella y con la abuela, pero no podía ser en aquella casa. Ya me lo habían explicado en varias ocasiones. Mamá no quería estar allí. Y seguía sin saber por qué. No estaba preparada para conocer el motivo, según mi madre. Era algo que tenía que saber de boca de mamá, según la abuela.

Ese año había viajado a España, a la costa andaluza. Como cada verano, me contaba con pelos y señales las maravillas del lugar, la comida que sabía que me encantaría y las posibilidades en cuestión de diversión para una niña de mi edad.

Sin embargo, a pesar de que me entusiasmaba escucharla, prefería seguir pasando los veranos en casa de la abuela, y más aún ahora que estaba descubriendo los múltiples secretos que encerraba aquella casa.

A mamá le encantaba viajar a España. Había vivido varios años allí mientras estudiaba y me había contado recientemente que yo fui concebida en tierras españolas, por lo que decía entre risas que era mitad española y mitad francesa, aunque la mayor parte de mi sangre era bretona.

Estaba decidida a preguntar a mamá por Henri, por papá y por aquellos secretos en cuanto que viniera a recogerme y volviéramos a casa. Sabía que sería una tarea difícil que respondiera a todas mis dudas, pero había llegado el momento de conocer el motivo de sus temores y el rechazo que le producía entrar.

La abuela estaba feliz con aquellos invisibles compañeros. Ella siempre me decía que el miedo es contagioso, así que yo suponía que como ella jamás temió la presencia incorpórea de los habitantes de la casa, yo no debería hacerlo tampoco.

La sorpresa inicial que me supuso escuchar aquellos ruidos, el sonido del piano y los movimientos de libros de la estantería, dio paso a la costumbre. Como si fuera lo más natural del mundo que los objetos de la casa se movieran.

La única pregunta que la abuela me respondió en aquella ocasión es que el piano no lo tocaba Henri, sino Laura.

Evidentemente, le pregunté a la abuela quién era Laura y si era la señora de la fotografía que había sobre el piano. Pero ella me respondió que no, que la mujer de aquel retrato era Margaret, y que ya me explicaría quiénes eran ellas y por qué vivían en la casa.

Cada vez me resultaba más intrigante todo aquello. Y pensar que yo había concluido en un principio que Henri era la única alma que vivía con la abuela, y resulta que eran al menos tres huéspedes los que permanecían allí.

Estaba deseando explicarle a mamá lo acompañada que se encontraba la abuela los meses en los que yo volvía con ella; sin embargo, no estaba segura de que estuviera al tanto de aquellos espíritus. ¿Tendrían algo que ver con la negativa de mamá de entrar en la casa?

43

Una vez finalizadas las vacaciones que Henri había solicitado para ayudar a sus padres a adaptarse a su nuevo hogar, llegó el momento de incorporarse al trabajo. A pesar de que le encantaban sus tareas laborales diarias en el aeropuerto, necesitaba permanecer más tiempo con sus padres, así que estaba dispuesto a solicitar un cambio en sus condiciones laborales.

La mayor parte de su trabajo no requería su presencia, ya que podía desempeñarlo desde su ordenador, así que su idea era acudir a Montpellier dos días en semana y el resto quedarse en Narbonne.

Pese a alguna reticencia inicial, al final accedieron a su petición. Acudiría al aeropuerto los martes y miércoles, y el resto de la semana trabajaría desde casa.

Para Henri fue una noticia excelente y estaba entusiasmado en el momento de explicárselo a sus padres. Desde que habían llegado veía a su madre mucho más comunicativa y aquella visita de Muriel había resultado fundamental para ella.

En cambio, su padre no estaba del todo adaptado a la vida fuera de Quebec y echaba de menos a sus amigos y la escasa pero intensa vida social que llevaba en Canadá.

A pesar de su jubilación, había mantenido el contacto con muchos de sus compañeros de trabajo y solía ir a jugar al hockey un par de veces por semana con su antiguo equipo.

Desde que Margaret empeoró redujo las salidas de ocio, pero no dejó en ningún momento el deporte. Ahora no tenía cerca a sus compañeros y tanto tiempo sin hacer nada estaba haciendo mella en él.

Henri no se había dado cuenta hasta ese momento y estaba decidido a ayudar también a su padre. Lo había pasado muy mal con el diagnóstico de Margaret y, ahora que ella estaba más acompañada, necesitaba por fin tener tiempo para él.

Decidió llamar a Muriel y contarle sus nuevos planes laborales. Aún no perdía la esperanza de que la enfermera volviese a visitar a su

madre. Tras aquel día en su casa no habían vuelto a hablar y hacía más de diez días de aquello. Al despedirse, hicieron alusión a una nueva visita, pero no concretaron cuándo y fueron pasando los días.

—¿Muriel? Buenos días, soy Henri Coursan.

—Buenos días, Henri. ¿Qué tal sigue Margaret?

—Lo cierto es que la compra de la casa fue una idea fantástica; la veo muy comunicativa y no deja de pasear por la casa mirando cada uno de los objetos que pertenecían a los antiguos dueños y contándonos a mi padre y a mí historias relacionadas con ellos. Realmente la terapia de reminiscencia de la que me hablaste funciona muy bien con ella.

—Me alegro muchísimo. Había pensado ir a verla algún otro día, si te parece bien.

—Precisamente te llamaba por eso. He llegado a un acuerdo con mi empresa y voy a poder permanecer en casa algunos días de la semana; creo que será bueno tanto para mis padres como para mi estar más tiempo juntos.

—Me parece una gran idea, a tu madre le gustará contarte su infancia en aquella casa y estando allí será más fácil que lo haga.

—¿Podrías venir este viernes a vernos?

—Déjame mirar mi agenda y te llamo mañana para confirmarte.

—Sería fantástico volver a tenerte en casa.

Muriel sonrió ante aquella frase totalmente impulsiva que no le parecía propia de la sobriedad de Henri. Él pareció darse cuenta y, al despedirse, trató de aparentar profesionalidad en su relación.

—Quería decir que mi madre estará encantada de seguir contándote la historia de la casa y su relación con Laura y con la ciudad.

—Por supuesto, Henri. Mañana hablamos.

—Si te parece, y estás libre, en lugar de hablar por teléfono podríamos comer juntos. Mañana estaré en Montpellier.

—Cuando hace buen tiempo me gusta comer en el restaurante del club de tenis. Si quieres, podemos vernos allí a la una.

—Me parece perfecto. Allí nos vemos.

Al colgar, ambos tuvieron la sensación de que aquello parecía una cita más que una reunión profesional. Sin embargo, ninguno de los dos estaba dispuesto a admitirlo.

44

Quedaban muy pocos días para la partida de Elise a España y Muriel estaba especialmente nerviosa. Había quedado con Henri para comer y tenía que volver a Narbonne a ver a Margaret. Elise le había pedido ir con ella y no sabía si presentarle a Henri o no hacerlo y acudir sola a la casa.

Por un lado, le apetecía que su hija conociera aquella maravillosa casa; tenía algo especial y necesitaba compartirlo con ella. Sin embargo, presentarle a Henri podría hacer creer a Elise que había algo entre ellos.

Desde que Fabrice y ella se separaron, ninguno de los dos había hecho ver a Elise que había posibilidad de rehacer sentimentalmente sus vidas. Conocía los affaires que había tenido Fabrice tanto en Montpellier como en algunos de sus viajes a Bretaña, pero ninguno había cuajado. Su confianza era tal que solían hablar de ello sin problemas.

Entre ella y Henri no había nada, pero tenía el presentimiento de que lo habría en un futuro. Siempre había sido muy intuitiva y para ella la vida no necesitaba enredarse en complicaciones innecesarias, solo ser vivida.

No estaba segura de que Henri lo viese igual; se había dado cuenta de que era una persona con demasiada mesura y excesivamente prudente, y aquello contrastaba con su personalidad desenfadada.

Finalmente decidió ir poco a poco y, de momento, no presentarle a Henri.

El restaurante ya estaba bastante concurrido cuando Henri llegó. Pidió una mesa retirada de la entrada, pero en el interior del local. La mayor parte de los comensales habían optado por situarse en la terraza exterior que daba a las pistas de tenis. Avisó a los camareros de que su acompañante llegaría en breve y decidió esperarla con una copa de vino blanco de la zona.

Había descubierto hacía poco el vino sable de Camargue y últimamente era el que bebía con más frecuencia cuando salía a comer fuera.

Ese aroma a flores blancas y el ligero sabor amargo que le recordaba al albaricoque le parecían perfectos para maridar con alguno de los pescados que estaba preparado para degustar aquel día.

Mientras disfrutaba de aquel cúmulo de sabores llegó Muriel, que, retirándose el cabello anaranjado tras la oreja derecha, le dedicó una amplia sonrisa.

Henri no sabía muy bien cómo saludarla, pero no tuvo tiempo a decidirlo, porque ella le ofreció su mejilla espontáneamente.

Se sentó dejando su bolso bandolera de colores vibrantes en la silla contigua y preguntó a su acompañante si el vino que estaba bebiendo era de Aigues Mortes. Sorprendido por la pregunta, se quedó sin palabras. Muriel le explicó que el aroma de ese vino era inconfundible y que solía pedirlo con frecuencia cuando venía a comer.

Se acercó una camarera rubia de pelo corto a la que Muriel parecía conocer muy bien por la familiaridad del saludo que le confirió. Decidieron pedir el plato del día, que era un bacalao al vapor con verduras, y completar la copa de Henri con una botella del mismo vino para compartir.

—Me parece una gran noticia que hayan aceptado tu solicitud de trabajar desde casa algunos días. A Margaret le va a venir fenomenal. Bueno, y a tu padre. Desgraciadamente, es más frecuente de lo que debería que nos olvidemos de los cuidadores principales.

—Ahora que lo comentas, estoy preocupado por él. En Quebec tenía un grupo de amigos con los que solía salir y formaba parte de un equipo de hockey senior. Desde que han llegado ella está mejor, pero temo que mi padre entre en una depresión.

—Si quieres podemos buscar algo en Narbonne al respecto y hablarlo con él. En Montpellier sé que hay equipos deportivos e incluso de hockey; estoy segura de que algo similar habrá cerca de vuestra casa.

—Muchas gracias, de verdad. Estás suponiendo una ayuda imprescindible. Cuando decidí traer a mis padres no pensaba que sería todo tan difícil. Incluso a veces dudo de si he tomado la mejor decisión para ambos. Tenía la infantil idea de que, al estar todos juntos, mi madre mejoraría de manera espontánea. Como si solo verme fuera un fármaco milagroso.

—Aunque no lo creas, tu compañía y la magnífica idea que tuviste

con la casa harán que su deterioro sea menos raudo. Muchos pacientes tienen una gran reserva cognitiva que no siempre los familiares saben ayudarles a plasmar. Estoy convencida de que Margaret está mucho mejor aquí a tu lado que en Quebec.

—Laura, la dueña de la casa, me comentó que le hubiera gustado mucho ver a mi madre. Quizá también sirva para recordar más momentos de su infancia.

—Por supuesto que sí. Me habló del poliedro de Laura y de los espíritus que según ella podría atraer. ¿Lo encontraste en algún lugar de la casa?

—Sí, estaba en un cajón de la habitación de arriba. Se lo mostré y me regaló una sonrisa y un movimiento de cabeza, pero no quiso hablar de él. No te lo vas a creer, pero me dijo que prefería explicarte más sobre ese poliedro mágico a ti. Según ella, tú serías más receptiva que yo. Probablemente tenga razón.

—El padre de mi hija es bretón y la llaman tierra de hechiceros, no te digo más. Así que soy bastante receptiva a las historias relacionadas con la magia y los espíritus. Seguro que has oído alguna vez hablar del mago Merlín. Pues cuenta la leyenda que el hada Viviane vivía en la orilla del lago Comper, en el bosque encantado de Broceliande, muy cerca de la famosa ciudad bretona de Josselin. Viviane era la enamorada de Merlín, a la que denominaban la dama del lago, y se dice que fue ella quien entregó la famosa espada Excalibur al mago Merlín, a través de la cual el pequeño Lancelot se convirtió en caballero. Cada vez que Merlín la dejaba para acudir a la corte del rey Arturo, ella se sumía en una profunda tristeza, así que decidió formular un conjuro mágico. En su última visita le cantó una dulce melodía que le adormiló en sus brazos y, mientras dormía, se produjo el encantamiento, y Merlín nunca más se marchó de su lado. En el bosque hay una tumba con dos piedras que simbolizan su amor eterno.

Henri miraba a Muriel con la boca abierta mientras ella relataba la historia de Merlín y la dama del lago. Lo describía tan bien que le parecía estar viendo aquel bosque.

—Además de Merlín y Viviane, viven otros personajes de leyenda en la región. Estoy segura de que te gustaría la Bretaña. Es una zona sorprendente. A pesar de que Fabrice y yo llevamos mucho tiempo separados, todos los años vuelvo. A mi hija Elise le encanta ir. De hecho, su novio Erwan también es bretón.

—Creí entender que habíais estado en España hace poco porque tu hija va a estudiar allí.

—Sí, Erwan vive en España desde el año pasado con su padre y Elise siempre había pensado ir a hacer algún curso universitario en España, pero ahora que él vive allí ambos han decidido que ella curse todos los estudios en una región denominada Aragón.

—Nunca he estado en España. Cuando trabajaba en Toulouse hubo un proyecto de visitar Barcelona, pero finalmente se canceló y perdí la oportunidad.

—Bretaña, España… Hay muchos sitios a los que podría llevarte, parece.

La naturalidad con que Muriel decía las cosas impresionaba a Henri. Ella hablaba de viajar juntos. ¿Qué quería decir con eso?

45

«Querida amiga:

Me hubiera gustado muchísimo haber podido volver a verte.

Desde que regresaste definitivamente a Quebec y decidiste hacer tu vida allí fueron muchos los días que dediqué a recordar nuestros juegos y las visitas a dormir en mi casa. Las cartas que nos enviamos los primeros años fueron espaciándose hasta que desaparecieron. Éramos muy niñas entonces y la vida da muchos giros.

¡Cómo eché de menos aquellos fines de semana! Ya sabes lo sola que me sentía en la casa con la escasa atención que recibía por parte de mis siempre ocupados padres.

Cuando enfermé, decidí que no podría vender la casa a cualquiera. Temía que la derribasen o que fuera ocupada para apartamentos turísticos, perdiéndose su esencia.

Así que, cuando aquel joven y elegante hombre me preguntó por la venta y me explicó que era tu hijo, no pude creer lo afortunada que era de poder legar mi casa a alguien que de verdad la comprendiera.

¡Quién me hubiera dicho que aquella casa en la que tantos momentos compartimos iba a pasar de mis manos a las tuyas! ¡Qué vueltas da la vida!

Me hizo tan feliz que deseé con todas mis fuerzas llegar a verte instalada en ella. Sin embargo, mi momento está cada vez más cerca y, por si acaso no llego a tiempo, he decidido escribirte esta carta para que te la hagan llegar y puedas leerla cuando vivas ya allí.

Como habrás podido ver, la mayor parte de los objetos que había en la casa aún siguen en ella y tu hijo me explicó que pensaba que sería mejor para ti porque te ayudaría a convivir con los recuerdos.

No puedo imaginar lo difícil que debe ser sentir momentos vacíos en los que no saber cómo llenarlos. Ojalá mi casa, ya tu casa, pueda ayudarte a colmar los espacios de tu memoria.

¿Recuerdas aquel poliedro? No sé si llegaste a creerme cuando te hablé de sus poderes espirituales. Tras las caras del poliedro podrían

ocultarse las almas de quienes quisiéramos que nos acompañasen tanto en esta vida como en la otra.

Esta carta no es una despedida, Margaret; me gustaría volver a estar cerca de ti cuando ya haya cruzado al otro lado.

Ya sabes cómo hacerlo y, si no lo recuerdas, junto al poliedro hay un papel donde lo explica con detenimiento. Hay mucho más que aquellas pocas palabras que te comenté. Estoy segura de que sabréis cómo hacerlo. Si Henri no lo ha cambiado de sitio, se encuentra en el mueble oscuro de mi (nuestra) habitación de juegos.

Me gustaría tanto permanecer en la casa hasta que tú quieras, juntas, disfrutando del jardín, de la habitación, del comedor y del saloncito de la planta baja. Yo tocando el piano mientras tú, sentada a mi lado, tarareas una canción.

Sé que lo considerarás, Margaret, por el profundo afecto que nos unía de niñas.

Siempre juntas,

Laura Dubois»

Henri volvió a plegar la carta y la depositó de nuevo en el sobre color sepia en el que había llegado aquella mañana.

No sabía si dársela a su madre o no. Hablaba de temas que se le escapaban y, aunque Muriel ya le había explicado lo importante que eran los símbolos y los objetos en el tratamiento del deterioro cognitivo, aquello estaba por encima de su razonamiento realista.

Antes de tomar ninguna decisión al respecto, espero a la noche y llamó a Muriel para leerle la carta y resolver sus dudas.

—Siento molestarte a estas horas. Esta mañana han llegado dos cartas a casa. Una de ellas era una pequeña nota de una residencia de mayores ubicada en Le Grau du Roi. Al parecer, la anterior dueña de la casa, Laura Dubois, ya sabes, la amiga de mi madre, falleció hace unos días y recogiendo sus enseres encontraron una carta dirigida a mi madre. Aún no se la he mostrado porque su contenido es inquietante y quería consultar contigo si es o no recomendable que la lea.

—Como mañana es viernes, si te parece me acerco a Narbonne y me enseñas la carta. Podemos quedar en Les Halles a eso de las cuatro, me invitas a un café y veo la carta. Después decidimos juntos qué

hacer con la información que contiene.

—Muchísimas gracias, Muriel. No te molesto más, pero ya te adelanto que tiene que ver con aquel poliedro del que mamá te habló cuando viniste a verla.

—Es un tema interesante. Estoy deseando leer la carta de la señora Dubois. Buenas noches, Henri. Hasta mañana.

46

Después de clase, Elise solía acudir al parque Miguel Servet. No era el más próximo a la universidad, pero sí el que más le gustaba.

Le estaba costando acostumbrarse a la comida española y prefería comer algo ligero en el parque mientras leía o corregía los apuntes.

Su español era cada vez más fluido, aunque necesitaba seguir utilizando el diccionario bilingüe para algunos términos que desconocía.

No era la única alumna extranjera de la universidad. A pesar de que la mayor parte de los alumnos eran españoles, también había franceses, ingleses y portugueses.

La mayoría de sus compañeros iban a estudiar a la biblioteca o a sus habitaciones en el colegio mayor, pero ella prefería sentir ese soplo de vida del parque a su alrededor.

Las hojas de los árboles se movían con la suave brisa de principios de octubre. Algunas de ellas ya comenzaban a sentir el peso del otoño y caían desconcertadas a un césped bien cuidado por los múltiples jardineros que trabajaban con ahínco cada tarde.

Los vistosos pajarillos canturreaban en las ramas y a veces se acercaban curiosos por probar un poco de su comida. A ella le divertía verlos acudir con sus habituales saltitos a recoger pequeñas migas procedentes de su bocadillo.

A media tarde, los bulliciosos sonidos de los niños que llegaban con sus madres o algún padre portando unas pequeñas mochilas de las que extraían sándwiches envueltos en papel de aluminio y botellitas de plástico con zumo o batidos.

No sabía por qué necesitaba el ruido de la vida para leer, pero siempre había sido así. El silencio le daba miedo, la soledad no le gustaba, y allí se sentía más sola y triste de lo que les había contado a sus padres y a Erwan.

Más de una vez en aquellas dos semanas había tenido la tentación de volver a casa, pero no había sucumbido a ella. Sabía que tenía que

seguir y que no era la única que se encontraba allí sola. Otros compañeros con los que había entablado algo de conversación procedían de otras zonas de España y se sentían tan solos como ella.

El fin de semana anterior había recibido la visita de Erwan; llegó en tren el sábado por la mañana y estuvieron juntos hasta que le acompañó por la noche a la estación. Uno de los lugares por los que pasearon fue aquel parque. Ella le aseguró que estaba contenta y su sonrisa pareció resultarle convincente, porque en ningún momento intuyó que sus lágrimas estaban a punto de colapsar su rostro.

Quedaron en verse pronto, en menos de un mes. Erwan vivía con su padre y podría quedarse con ellos todo el fin de semana. Haría de anfitrión y le enseñaría Zaragoza, una ciudad que le estaba entusiasmando más de lo que pensaba.

Aunque todo el mundo hablaba de la famosa Basílica del Pilar, a Erwan le fascinaba el Palacio de la Aljafería y estaba deseando ir con ella.

Le contó que la Aljafería había sido construido en el siglo XI, durante los reinos de Taifa, cuando España fue Al Ándalus, y fue el palacio de verano de uno de los reyes taifa más cultos, por lo que recibía en el palacio a artistas y científicos.

Cogiendo su mano, le explicó que cuando los cristianos reconquistaron Zaragoza se hicieron pequeñas modificaciones para alojar a los nuevos gobernantes, por eso la decoración del palacio no era totalmente andalusí.

Los Reyes Católicos decidieron instalar dependencias de la Inquisición y también la cárcel real. A Erwan le entusiasmaba la época de los Reyes Católicos y no era la primera vez que Elise le había escuchado hablar de ellos y del Tribunal del Santo Oficio.

—Fíjate, Elise. Fue su bisnieto, Felipe II, quien transformó el edificio en una ciudadela amurallada con su foso intermedio, y así es como se conserva hoy. Estoy seguro de que te va a encantar igual que a mí.

Elise le miraba embobada; una de las cosas que más le gustaban de él era esa forma de contar las cosas con tanta pasión. Más de una vez le había sugerido estudiar historia porque su afán por aprender le hacía investigar con ahínco cada uno de los lugares que visitaba.

Aún recordaba sus visitas a Bretaña y las explicaciones que recibía

de su entonces mejor amigo sobre leyendas e historias ocurridas en la región.

—Además, el palacio también fue un edificio militar que alojó a las tropas en la Guerra de Sucesión. Desgraciadamente, fue semiabandonado hasta que a mediados del siglo XX fue restaurado, y actualmente se ubican en él las Cortes de Aragón.

Allí en el parque volvió a recordar sus palabras mientras se trataba de sumergir en los apuntes. Sin embargo, solo conseguía sentirse sola. Erwan al menos tenía a su padre en España, ella no tenía a nadie. Solo sus ganas de aprender y su ilusión por volver a estar con él. Tendría que conseguir que su motivación fuera suficiente para permanecer en España unos años más. Y las Navidades estaban cerca. Podría regresar a Montpellier y estar con sus padres de nuevo.

No paraban de venirme recuerdos a la mente mientras recorría la casa.

En la habitación de la tercera planta, la que estaba situada frente a la sala de juegos, había una chimenea que la abuela nunca encendía. Tenía un revestimiento de madera pintada de blanco sobre la que había un enorme reloj escultura de bronce de color negro con una joven apoyada en la esfera.

Me gustaba mirar la expresión extraña de su cara. A veces me daba la sensación de que sonreía y otras de que me miraba malhumorada.

La chimenea tenía una rejilla dorada cubriendo el hogar por la que solía asomarme para averiguar si conseguía ver algo.

La abuela siempre me recordaba que no quitase la rejilla porque podrían entrar en la habitación algunos pájaros que hacían sus nidos en la salida de humos del tejado.

Aunque yo siempre hacía caso de las indicaciones de la abuela, una mañana conseguí quitarla con mucho cuidado para no hacer ruido y me introduje gateando hasta ver una escasa luz que provenía de la parte de arriba del tiro de la chimenea. Me decepcionó bastante no ver nada más, aunque seguía esperando ver aquellos pájaros de los que me habló.

De repente escuché los pasos de la abuela subiendo por la escalera y rápidamente salí de allí y me tumbé en la alfombra de la habitación de enfrente simulando que jugaba. Entorné un poco la puerta antes de salir para que la abuela no se diera cuenta de que había estado en la habitación.

Ella no se dio cuenta y se sentó conmigo en la alfombra mientras me contaba los planes que tenía para nosotras aquella tarde.

De vez en cuando iba con la abuela a visitar museos o lugares históricos de la zona. Aquella tarde me iba a llevar a ver el Horreum Romain.

Al ver mi cara de perplejidad ante semejante nombre, la abuela me

explicó que Narbonne fue la ciudad romana más importante en la Galia, que era como los romanos llamaron a Francia, y el antiguo puerto de Narbonne estaba considerado el segundo puerto del Imperio romano en el Mediterráneo noroccidental después de Ostia, en Roma.

Actualmente no quedaban restos, me contó, pero sí unos almacenes subterráneos en los que se guardaban las mercancías hasta la venta o distribución, y estos almacenes eran el Horreum. Al parecer, era el almacén más grande y mejor conservado junto al de Ostia Antica. Lo más peculiar del almacén era que estaba a cinco metros por debajo del nivel del suelo.

Le dije a la abuela que quería comer ya para que me llevara enseguida a ver aquellos túneles o almacenes o como se llamaran. Ella siempre hacía que todo pareciera muy interesante.

Hacía un día fantástico, así que comimos en el jardín. Había preparado pechugas de pollo en salsa y judías verdes. Me encantaba la salsa secreta de la abuela. Aquella salsa, me contó, era receta de Margaret y tenía un sabor excelente.

Tras ayudar a recoger los platos, subimos a cambiarnos de ropa. Aunque hacía bastante calor, los túneles eran húmedos y necesitaríamos llevar una chaqueta.

Ella eligió un vestido largo floreado y una rebeca anaranjada que mimetizaba con su pelo. Y yo unos pantalones azules por encima del tobillo y una camiseta amarilla con una gerbera gigante en el centro. La abuela escogió por mí una sudadera violeta que me hizo llevar en la mano.

El Horreum estaba muy cerca de la catedral y el jardín del Arzobispado, en el que tanto me gustaba sentarme con la abuela.

Cuando llegué a la puerta estaba algo nerviosa, porque no sabía qué podría encontrarme. La abuela abonó la entrada y nos entregaron un folleto con las indicaciones y un pequeño mapa de cada sala.

Era un lugar oscuro con varias galerías con pequeñas aperturas que desembocaban en diferentes salas numeradas con unas jarras enormes de barro, que la abuela me explicó que se llamaban ánforas y servían para almacenar alimentos y que no se estropeasen.

Mientras paseábamos por las galerías se escuchaban palabras en un idioma que yo desconocía. Desde luego, no era ni inglés ni español, que, además del francés, eran los que a mi edad podía identificar con

facilidad.

Al parecer, era latín, la lengua que hablaban los romanos en aquella época, y servía para crear una atmósfera más apropiada para internarnos en la Narbonne de la era romana.

Fue una aventura fascinante, porque la abuela me iba explicando con sus palabras la descripción que había en el folleto, la utilidad de las galerías, la conservación de los alimentos y qué pasadizos eran originales y cuáles habían sido restaurados.

Cuando salimos del Horreum, la abuela me llevó a una librería situada en la Rue Droite a la que sabía que me encantaba ir. Me contó que aquella librería era una de las razones por las que a mamá le gustaba Narbonne. Eso y los helados de la plaza del ayuntamiento.

Estuvimos una media hora, yo hojeando cuentos y ella libros de medicina, hasta que ambas tomamos una decisión difícil entre tantas cosas interesantes.

Caminamos entusiasmadas hasta casa comentando que estábamos deseando comenzar a leer los libros. Sin embargo, cuando llegamos a la puerta escuchamos unos extraños sonidos. Me refugié detrás de la abuela mientras ella abría con cuidado, como de costumbre, levantando el pomo.

48

Para sorpresa de Henri, a Muriel no le pareció descabellada la idea de Laura.

Ya había escuchado a Margaret hablar del poliedro el día que estuvo en su casa, aunque aún no había podido verlo, y desconocía si Henri lo había conseguido hallar en los cajones del escritorio.

Se habían encontrado en Les Halles. Ella llegó puntual, como solía ser habitual, pero Henri ya estaba allí sentado en una mesa esperándola. Estaba nervioso tanto por el contenido de la conversación que iban a tener como por volver a verla.

Unos nervios que asombrosamente desaparecían por arte de magia en el momento en el que ella le sonreía. Transmitía una calma que Henri necesitaba cada vez más.

Se sentó a su lado y enseguida recibieron la atención de una simpática camarera, que atendió sus peticiones de inmediato.

Intercambiaron pocas palabras, porque enseguida Henri extrajo del bolsillo de su siempre impoluta chaqueta un sobre con la carta de Laura.

Tras leer con detenimiento el contenido del sobre, a ella le pareció evidente lo que debían hacer.

—¿Has buscado el poliedro? —le preguntó con su habitual naturalidad mientras bebía un sorbo del té humeante que acababan de traerle.

—Sí, está en el cajón del que habla Laura en su carta. Pero no lo he cogido ni tampoco le he comentado nada a mi madre. Parece que después de hablarlo contigo aquella tarde no ha vuelto a acordarse de él. ¿Te gustaría verlo?

—Por supuesto. Si te parece, ahora cuando lleguemos lo veo y buscamos también el papel de la invocación, aunque no estoy segura de que se llame así —dijo con una amplia sonrisa.

Henri no daba crédito a las palabras de Muriel. Si por él fuera, habría lanzado a la basura aquel poliedro y el papel al que se referían.

Incluso la carta de Laura le parecía innecesaria y absurda, por muy emotiva que pretendiera ser.

Sin embargo, no podía evitar empezar a contagiarse de la naturalidad que emanaba Muriel en cada gesto, en cada palabra, y lo que en otros tiempos le hubiera parecido descabellado e incluso inverosímil, ahora a su lado se lo estaba empezando a plantear como una posibilidad.

Tras dejar las monedas correspondientes al café y al té consumidos, se levantaron y comenzaron a caminar rumbo a casa de Henri. Durante el trayecto, ella comenzó a hablarle de su hija, de cuánto la echaba de menos y de sus próximos proyectos en España.

A pesar de que a Elise le hubiera gustado ir a Narbonne con ella en alguna visita, al final no se había materializado y tuvo que partir a España antes de conocer a Henri y a Margaret.

Sin embargo, Muriel hablaba con frecuencia a su nuevo amigo de ella, tanto por teléfono como las veces que habían quedado para comer en Montpellier.

Llegaron a la puerta y Henri se disponía a abrirla cuando Margaret les sorprendió saliendo a recibirle.

—He podido conocer tus pasos, sabía que eras tú. ¡Qué alegría volver a verte, Muriel!

—Vaya, Margaret, veo que estás aún más estupenda que la última vez que te vi. Está claro que el aire de Narbonne te sienta estupendamente.

Henri era consciente de que la visita de Muriel a su madre era en sí mismo una terapia y estaba deseando pedirle que lo hiciera más a menudo, pero no sabía si iba a acceder a ello.

—Margaret, he pensado, si te parece bien, que voy a venir todos los viernes a verte.

Henri no daba crédito a lo que acababa de escuchar; parecía que aquella mujer le había leído el pensamiento.

—Me parece una idea fantástica —le respondió la mujer acompañándola con la mano en su espalda hasta el saloncito que se encontraba junto al jardín.

Muriel se giró y guiñó un ojo a Henri mientras él asistía perplejo a la complicidad de aquellas dos mujeres.

Hacía menos de dos meses que la preocupación por su madre cada vez que hablaban por teléfono le consumía y ahora, sin embargo, ahí estaba, reconociendo a la perfección a Muriel, llamándola por su nombre y teniendo una conversación coherente.

Su padre también estaba feliz al verla así, aunque no podía evitar seguir añorando su país, sus amigos y sus costumbres.

Aquella tarde se acercó al saloncito a saludar a Muriel y despedirse de su esposa. Había decidido acercarse al polideportivo municipal a preguntar por las posibilidades deportivas que ofrecían.

A Muriel le pareció que Henri era un calco de su padre, tan educado, tan impoluto y responsable. Y, a la vez, tan serio y con esa mirada triste que compartían.

Nada que ver con la jovialidad de Margaret, su energía y sus ganas de hacer mil cosas pese a su deterioro.

49

El ruido era una especie de aleteo desesperado mezclado con crujidos y sonidos desconocidos. Se escuchaba algo lejano, por lo que no parecía provenir de la planta baja. Nos acercamos a la escalera y nos percatamos de que seguramente algo ocurría más arriba.

La abuela me dijo que esperase en el inicio de la escalera mientras ella iba subiendo sigilosamente. Obviamente, hice caso omiso y subí tras ella. No me dijo nada; probablemente se dio cuenta de que si me quedaba sentiría más miedo que si subía a comprobar el origen de los ruidos.

A medida que íbamos ascendiendo los sonidos, eran más intensos, por lo que dedujimos que venían de una de las habitaciones de la planta superior.

La puerta de la habitación de juegos estaba abierta, pero en el cuarto de la chimenea estaba casi cerrada, como yo la había dejado.

Entonces recordé que no volví a colocar la rejilla en la chimenea. Sostuve el brazo de la abuela y, con una seña, le sugerí que se agachara.

—Creo que es culpa mía. No te hice caso y me asomé a ver si había algún pájaro en el hueco de la chimenea. Y después olvidé volver a colocar la rejilla. Lo siento mucho.

Estaba a punto de llorar, sobre todo porque odiaba decepcionar a la abuela.

Ella me hizo un gesto pidiéndome silencio y, poco a poco, fue abriendo la puerta de la habitación.

Un mirlo negro trataba de salir por la ventana cerrada y se daba golpes contra el cristal. Al rato, volvía a ascender y trataba de entrar en la chimenea sin éxito. Se percibía su inquietud y su desesperación por salir de la sala, que se había convertido en su improvisada jaula.

Me produjo tal lástima que comencé a llorar. Las lágrimas me resbalaban por las mejillas sin tregua mientras veía a aquel pájaro tratar de escapar.

La abuela se acercó con cuidado y abrió los dos ventanales de par en par.

El pájaro estaba tan aturdido que no era capaz de encontrar la salida. En lugar de acercarse a las ventanas, seguía empeñado en salir por la chimenea. Revoloteaba en círculos cada vez más alterado. Las plumas negras desprendidas en su frenético vuelo iban tapizando la alfombra de colores. Yo me ponía cada vez más nerviosa y las lágrimas continuaban mojando mis mejillas.

Entonces ocurrió algo inexplicable. Una ráfaga de viento que surgió del centro de la misma habitación empujó al mirlo hacia la ventana.

El pobre animal, tan sorprendido como yo, aleteo sin éxito para salir despedido suavemente hacia los árboles del jardín. Inmediatamente me asomé para observar que, apoyado en una rama, se recuperaba del susto. Su pechuga subía y bajaba desesperadamente mientras trataba de recuperar su compostura colocándose mediante las patas y el pico las restantes plumas de sus alas.

Aunque al principio no conseguí entender lo que había ocurrido, todo cambió cuando la abuela me guiñó un ojo.

Enseguida supe que alguno de sus amigos espirituales había tenido algo que ver con la salvación del mirlo y las palabras de la abuela me lo confirmaron.

—Margaret es una gran amiga de los animales. Nunca soportó verlos sufrir. Durante el tiempo que tuvimos la fortuna de contar con su presencia, nos acompañaba una gata de angora gris que decidió dejar de existir unos días después de su partida.

—¿La gata también está aquí con los demás?

—No, mon trésor. Los animales no permanecen con nosotros. Ellos seguramente tienen otras tareas que cumplir lejos de aquí.

—Mamiemur, cuéntame más cosas de la gata de Margaret.

—Como ya te he contado alguna vez, me dedicaba a cuidar a personas que habían sufrido alguna enfermedad cerebral y necesitaban recuperarse. Los últimos años también trabajé con personas con una enfermedad que se llama demencia, que consiste en un deterioro de sus funciones mentales, como la memoria, la atención, la capacidad de tomar decisiones e incluso de expresarse correctamente.

—¿Ayudaste a Margaret y por eso está aquí contigo?

—No seas impaciente, mon trésor —me sonrió la abuela mientras cerraba las ventanas y se dirigía hacia la puerta—. Voy a preparar una limonada y te cuento la historia de la gata.

Mientras descendíamos las escaleras, yo no podía dejar de pensar en lo emocionante que sería conocer mejor a los amigos de la abuela. Ya me había acostumbrado a ellos, pero aún desconocía la historia de cada uno y el motivo por el que ella era tan feliz teniéndolos como compañeros de vida.

50

Estaba muy nerviosa, porque iba a ser el primer fin de semana que iba a pasar con Erwan en Zaragoza. Él estaba deseando presentarle a sus compañeros de clase. Había formado un grupo de estudio con el que también solía salir alguna tarde y los fines de semana.

Elise, por su parte, aún no había encontrado compañeros para salir. Tenía un compañero procedente de Marruecos con el que aprovechaba para hablar francés y sentirse así menos extranjera.

Le sorprendió ver la cantidad de alumnos ingleses y alemanes de la universidad. A pesar de la cercanía con el país vecino, los franceses eran minoría. Sin embargo, sí encontró algún compañero de Argelia y Marruecos con los que compartía lengua.

Erwan le contó que los chicos con los que estudiaba y salía eran todos españoles, procedentes sobre todo de zonas cercanas a Zaragoza. De hecho, su mejor amigo, Mateo, vivía en un pueblo a unos 60 kilómetros de la capital.

Su padre le traía todas las mañanas cuando acudía al trabajo y por la tarde regresaba a casa en tren. A veces se quedaban estudiando en la biblioteca y luego volvía con su padre al terminar su jornada laboral.

Los planes del fin de semana consistían en pasar la tarde del viernes y el sábado por la mañana paseando por las calles de la capital maña, y por la tarde coger el tren para acudir al pueblo de Mateo.

Erwan aún no había ido, pero ese sábado los padres de su amigo tenían una boda en Barcelona y la casa se quedaría sola. Así aprovecharían para hacer una pequeña reunión.

Se quedarían ellos y la nueva amiga de Mateo. Al parecer, era un joven con muchas y variadas amigas. Desde que comenzó el curso, Erwan ya había conocido a más de tres, y llevaban menos de dos meses en la universidad.

El viernes que Elise llegó a Zaragoza, Erwan fue a recogerla a la estación y llevaron la bolsa de viaje a la casa que compartía con su padre. Era un cuarto piso al otro lado del río, cerca del puente de

Santiago, desde cuyo balcón podía verse tanto la impresionante Basílica del Pilar como el puente de piedra.

Tenía tres habitaciones y un baño. Aunque a ambos les hubiera gustado dormir juntos, el padre de Erwan prefería que cada uno durmiese en una habitación. Su hijo no había podido convencerle de lo contrario.

Cuando llegaron, Loïc no se encontraba en casa; seguiría en el trabajo al menos un par de horas más. Por lo que dejaron las cosas, aprovecharon para demostrarse cuánto se habían echado de menos y, una hora después, salieron a recorrer la ciudad.

Aquella tarde, el cierzo, ese viento que tan famoso era en Zaragoza, soplaba racheado, por lo que se abrigaron más de lo que Elise solía acostumbrar en Huesca. Mientras la ayudaba a colocarse la bufanda, le contó que el escritor catalán Eugenio d'Ors llamaba por ello a Zaragoza la novia del viento y que ese cierzo podía alcanzar rachas de hasta 100 km por hora.

Pasaron la tarde callejeando por el casco histórico hasta la puerta del Carmen. A Elise le fascinó la plaza del Pilar y su basílica del mismo nombre.

Erwan le explicó que, según cuenta la leyenda, la Virgen se apareció sobre una columna (un pilar) y se construyó una capilla para alojar esta columna y dar fe de su aparición. A partir de ahí se fueron sucediendo durante siglos las diferentes construcciones y reformas hasta que, en el siglo XIX, se consideró terminado el templo. Por ello, continuó Erwan, cuenta con diferentes estilos arquitectónicos.

Aunque en Montpellier tenían el río Lez, a Elise le pareció insignificante al lado del caudaloso Ebro. Erwan le contó que en época de lluvias el caudal subía muchísimo e inundaba la ribera y algunas zonas rurales próximas.

La puerta del Carmen, final de la ruta que Erwan había programado para aquella tarde, formaba parte de las doce puertas, tanto romanas como medievales, con las que contaba la muralla defensiva de la ciudad. Actualmente no quedaba ninguna más y esta quedó como monumento conmemorativo.

Elise le decía, entre risas, que podría ser un magnífico guía turístico para los visitantes franceses de la ciudad. Lo cierto era que a Erwan le encantaba impresionar a su novia con sus conocimientos de historia e incluso se preparaba su discurso los días previos para

emocionarla con sus relatos.

La mañana siguiente tendría lugar la visita a la Aljafería, de la que le había hablado previamente, y ella estaba deseando conocerla de la mano de su guía particular.

51

—Mamá, Muriel y yo queríamos contarte que ha llegado una carta de tu amiga Laura. Desgraciadamente, ella falleció hace unos días, aunque la carta ha llegado ahora. Le hubiera gustado venir a verte, pero no ha podido ser. Lo siento mucho.

—¿Laura?

Margaret se quedó pensando unos segundos mientras Henri comenzaba a ponerse nervioso. Muriel le hizo un gesto para que mantuviera la paciencia. Aunque ya le había explicado en alguna ocasión que la velocidad de procesamiento de la información era lo más llamativo en los primeros estadios del deterioro cognitivo, a Henri le resultaba triste pensar que la agilidad mental de la que disponía su madre anteriormente había desaparecido para no volver.

—Ah, sí, Laura ¿Me has traído la carta para que la lea o vosotros ya la habéis leído?

—Sí, mamá, ya la hemos leído. No sabía muy bien de quien era y la abrí. En ella se despide de ti, habla de algunos recuerdos de vosotras en la casa y… quiere pedirte algo.

Para evitar que Henri utilizase palabras o frases como «¿ya no te acuerdas?» que pudieran resultarle violentos a Margaret, decidió intervenir.

—Cuando estuve aquí la otra vez, me hablaste de esos fines de semana de verano que pasabas en la casa, de vuestros juegos en la habitación de arriba y de un objeto que su padre le trajo de regalo en uno de sus viajes de trabajo.

—Claro, el poliedro. Recuerdo que hablamos de él. Nunca me atreví a leer aquellas instrucciones de las que hablaba mi amiga. Como no le hice mucho caso, ella no insistió. No volvió a hablarme de ello.

—En la carta te pide que leas las instrucciones, mamá.

—Ni siquiera sé si siguen ahí. ¿Para qué querría que leyera ahora unas instrucciones después de tantos años?

—Margaret, Laura quiere que, además de leer las instrucciones, las utilices para que permanezca contigo en la casa. Quiere acompañarte. ¿Qué te parece?

—Pensé que era algo de chiquillas, un juguete —balbuceó Margaret—. En ningún momento pensé que ella creyera de verdad en ello. ¿Vosotros lo creéis?

—No lo sé, Margaret. Está claro que Laura estaba convencida de los poderes del poliedro, pero desconozco si forma parte de su imaginación, es algo a lo que decidió aferrarse en momentos finales de su vida o tiene algo de real.

—Mamá, ya sabes que yo soy bastante escéptico en temas de magia, espíritus y demás, pero no sé si deberíamos al menos leer lo que pone en el papel.

—Podemos probar —interrumpió Muriel con una sonrisa—. Vamos a buscar el poliedro y el papel que lo acompaña, y así averiguar qué dice.

Con un ligero resquemor, Henri se levantó del sofá del saloncito y se dispuso a subir las escaleras. Pretendía dejar a las dos mujeres allí, pero Muriel se adelantó.

—¿Puedo subir contigo?

—Pues… bueno, sí, claro —respondió algo contrariado.

A Muriel le encantaba aquella casa y la luz que provenía de la claraboya de la escalera. Al acercarse, se fijó en la bola transparente que daba inicio a la barandilla, viendo reflejado su pelo anaranjado en ella.

Subieron en silencio, él delante y ella observando detrás. Le gustaba verle caminar con esa tranquilidad y elegancia que emanaba.

Henri abrió la puerta de la otrora habitación de juegos con delicadeza, como si temiera que alguien escapara de allí.

La habitación era amplia, con dos ventanales. Una gran cama cuyo cabecero se encontraba apoyado en la pared presidía la sala. Junto a la puerta de entrada había un enorme armario alfonsino español del siglo XIX con una sola puerta de espejo, al que se le notaba su reciente restauración. Henri le explicó en otra ocasión su decisión de quedarse con la mayor parte de los muebles de la casa y repararlos.

En la pared de enfrente, un antiguo escritorio de patas torneadas y con espejo de estilo similar al armario parecía ser el portador del objeto que buscaban. Contaba con dos cajones a los lados y un tirador de pomo oscuro.

Henri se acercó al escritorio y abrió los dos cajones. En el de la izquierda había un pequeño poliedro de madera, pero no encontró junto a él ningún papel. En el cajón de la derecha, un pequeño papel ya amarillento y doblado en cuatro partes parecía ser lo que buscaban.

Cogió el poliedro con cuidado y le indicó a Muriel que hiciera lo mismo con aquel papel. Ella miraba el poliedro, que parecía recién tallado, porque tenía un brillo inusual después de tantos años. Algunas caras eran más oscuras que otras y parecía realizado con un tipo de madera que a ella le parecía desconocida; además, procedía de él un aroma peculiar.

No sabía si abrir el papel o esperar a estar de nuevo junto a Margaret y leerlo juntos.

Como si estuviera leyendo sus pensamientos, Henri le pidió que lo leyera.

Lo desplegó con delicadeza y estaba dividido en dos partes. En la parte superior estaba escrito en chino y en la inferior, afortunadamente, en un idioma fácil de entender.

Al final de la hoja se veía un símbolo en tonos verdes.

POLIEDRO MÁGICO REALIZADO CON MADERA DE SÉSAMO

El icosaedro que tienes en tus manos ha sido elaborado para renunciar a la oscuridad y obtener la inmortalidad espiritual.

Cada una de sus caras puede representar a un espíritu con el que deseas permanecer de manera indefinida.

Para ello es necesario seguir al pie de la letra las instrucciones siguientes:

1. Envolverás el poliedro en una tela verde transparente, que simboliza la llegada sin obstáculos desde la penumbra.

2. Mediante una lámpara que tendrás encendida toda la noche, iluminarás el camino de aquellos a quienes quieres cerca. Esta lámpara disipará las

tinieblas con su luz.

3. En el momento del encendido de la luz y con el poliedro en la mano, repetirás diez veces el siguiente mantra, que enfrentará a ambas personas, la receptora y el espíritu, a su miedos e inseguridades. Así, su regreso será puro y ausente de temores para las dos:

«¡Om tare tuttare ture soha!»

4. A la mañana siguiente, si la luz se ha apagado querrá decir que el alma esperada se encuentra cerca y te acompañará mientras la necesites. En caso contrario, significará que alguna de las dos no cumple con los requisitos necesarios para permanecer unidas.

Esta unión siempre será positiva. Las almas recibidas están cargadas de luz y felicidad. En ningún caso vuelven para hacer sufrir a su acompañante.

52

Con la limonada en la mano, sentadas en las sillas del jardín, la abuela comenzó a hablarme de Margaret:

—A pesar de que no vivíamos en la misma ciudad, decidí visitarla todos los viernes por la tarde. Me aseguraba de que estuviera bien físicamente y, lo más importante para su familia en esos momentos, que estuviera estable emocionalmente. Las personas con deterioro cognitivo tienen muchos altibajos emocionales, porque en los primeros momentos son completamente conscientes de su declive y eso les entristece la mayor parte del tiempo. e incluso en ocasiones los enfurece.

»El deterioro de Margaret no fue brusco; tenía muchos momentos en los que recordaba nombres, lugares, acontecimientos y anécdotas. Pero, como ya te he explicado alguna vez, lo que más le preocupaba era que era incapaz de crear nuevos recuerdos. Vivía con los antiguos, los de su infancia, su juventud e incluso los inicios de su madurez. Pero no conseguía recordar donde había estado, qué había comido o lo que vio ese día. Además, le era prácticamente imposible aprender.

»A veces lloraba porque llegaban a su mente constantes pinceladas de momentos vividos, los sentía como actuales y enseguida se percataba de que habían sucedido hacía demasiado tiempo.

»Un día, estudiando nuevas terapias que poner en práctica con mis pacientes, encontré algo que me pareció muy interesante e inmediatamente pensé en Margaret.

»Los animales son, desde hace tiempo, una fuente terapéutica muy interesante en diferentes tipos de trastornos. Se utilizan con niños con diferentes tipos de discapacidades y ofrecen muy buenos resultados. Hasta entonces, yo siempre había visto terapias con perros y con caballos. Sin embargo, me sorprendió ver una terapia con gatos.

»Había leído en varios artículos que los gatos disminuyen la presión arterial, por lo que hacen que las personas que convivan con ellos tengan menos riesgo de padecer enfermedades cardiovasculares. Además, contribuyen a que su nivel de estrés se vea reducido y, lo que me pareció más importante, ayudan a trabajar la memoria y a controlar las emociones.

»Comenté mis hallazgos a su familia y me presté voluntaria para conseguir un gato con el que comenzar a trabajar con ella.

»La casualidad quiso que, tras preguntar en el hospital por alguna asociación o protectora que me proporcionara la adopción de un gato que pudiera estar entrenado para ello, una de mis compañeras me facilitó el teléfono de su cuñada porque su gata acababa de tener cachorros y estaba buscando a alguien de confianza para entregarlos.

»Llamé aquella tarde y me ofreció una cita el día siguiente para que viera a los gatitos y eligiera entre los tres que le quedaban. Mi compañera no me dijo qué tipo de gatos eran; yo supuse que serían los típicos gatos atigrados que vemos en las calles. Nunca había tenido felinos, por lo que desconocía las razas que existían.

»Cuando me invitó a pasar a su cocina, en una cesta cubierta con una tela blanquecina reposaban tres pequeños gatos peludos de color gris. Me impresionó su belleza y la mujer me explicó que eran gatos de angora. Me decanté por una gatita muy espabilada que trataba de bajar sin éxito de la cesta. Me animó su perseverancia y aquellos ojos de un verde claro, casi amarillo, que al acercarme me miraban con curiosidad.

»Llevé a la gata al veterinario para asegurarme de su salubridad y proporcionarle las vacunas necesarias. Me hizo una serie de recomendaciones para su cuidado y me la llevé a casa. Aún estábamos a miércoles y hasta el viernes no iría a ver a Margaret.

»Aquellos dos días que pasamos juntas me hicieron ver la importancia que tendría en nuestras vidas aquella pequeña. Era curiosa y muy inteligente. Además, la suavidad de su pelo hacía que fuera necesario acercarse a acariciarla. Estaba completamente segura de que su nueva dueña estaría encantada de conocerla.

»Desde el día que llegó a su vida, la pequeña Florence, como decidió llamarla Margaret, se convirtió en su compañera inseparable.

»El sonido de su ronroneo ayudaba a que se sintiera menos molesta, acariciarla le proporcionaba calma y nos sorprendió con algo absolutamente increíble: a pesar de que no era capaz de instaurar nuevos recuerdos de acontecimientos vividos en su día a día, si lo era de recordar los sonidos, la suavidad y el nombre de su nueva amiga.

»Hasta que el deterioro fue haciéndose mayor y dejó de interesarse por el mundo exterior, Florence fue un apoyo imprescindible en la vida de Margaret. Sorprendentemente, la gata parecía conocer sus

dificultades y sabía cuándo acercarse y ronronear entre sus piernas, y cuándo permanecer en la distancia para no contrariarla o entristecerla. Nos miraba con aquellos brillantes ojos amarillos como si esperase nuestra aprobación para tomar decisiones.

»No nos pareció extraño cuando, un par de semanas después del fallecimiento de Margaret, nos avisaran de que había sido atropellada en una calle cercana a la casa. Lo que si nos resultó asombroso es que Florence nunca salía de allí y aquel día decidió saltar por la ventana de la habitación de su amiga para no volver.

53

Henri le estaba muy agradecido a Muriel, pero no era solo agradecimiento lo que sentía por ella. Aquellos sentimientos que afloraban en él cada vez que ella se sentaba cerca, cada vez que la veía con su madre, le recordaban a los primeros momentos con Lorraine. Esos instantes en los que no hay nada más importante que mirar a los ojos a la persona amada.

La diferencia principal era la profunda admiración que sentía por Muriel y que no recordaba haber sentido por su primer amor.

Había escuchado alguna vez que el amor sin admiración solo era obnubilación o pasión, y que cuando estos desaparecían lo hacía con ellos el amor. Quizá fue eso lo que le ocurrió a Lorraine con él y la causa de no querer acompañarle en su aventura europea.

Su madre nunca vio a Lorraine enamorada de él y se lo recordaba con demasiada frecuencia.

—Esa chica no te quiere, Henri. Solo le eres útil para pasar el rato.

Pero él achacaba aquellos comentarios al temor de ella por perder de vista a su único hijo. Sin embargo, cuando su novia le explicó tan segura de sí misma su negativa a trasladarse con él, pensó que quizá su madre no estaba tan equivocada.

Lorraine nunca había querido formalizar la relación. Ni casarse, ni convivir, ni tener hijos, ni pensar en un futuro juntos. Pero él la quería tanto que era feliz compartiendo el poco tiempo del que ella disponía para estar cerca.

Aunque Muriel nunca le había dicho nada acerca de sus sentimientos hacia él, eran constantes los acercamientos, las miradas, los roces y la naturalidad que desprendía cada vez que se veían.

Desconocía si era habitual en ella ese comportamiento con otras personas u obedecía a algún interés especial por él, pero estaba dispuesto a averiguarlo la próxima vez que se vieran.

Habían quedado en verse los viernes para desayunar en una cafetería cerca al canal y así Henri le explicaba los acontecimientos de

la semana, los avances o retrocesos observados en Margaret sin que ella estuviera delante. Después, juntos, acudían a la casa y, mientras Henri subía a su despacho a trabajar, Muriel se ocupaba de reconstruir con su madre los recuerdos que cada vez iban estando más desordenados en su mente.

Henri le avanzaba como Margaret se había olvidado ya de hacer cálculos sencillos, de hablar en inglés y de encontrar las palabras adecuadas en algunos momentos.

Solo llevaban quedando desde hacía un par de meses, pero para él aquellos desayunos se habían convertido en una rutina que no quería que se dejase de producir.

54

Me encantaba el momento de irme a dormir con la compañía de la abuela. Subíamos juntas, se quedaba un rato a mi lado conversando y después bajaba al salón de nuevo.

Había acordado con mamá no interrumpir demasiado mis rutinas diarias a pesar de estar de vacaciones, y por eso solía acostarme temprano, a eso de las diez.

Me dejaba en la habitación con la puerta entornada y las contraventanas semicerradas. Ella sabía que la oscuridad absoluta me impedía conciliar el sueño y que necesitaba algo de luz para sentirme segura.

Mis noches preferidas eran aquellas en las que la luna estaba creciendo hasta casi llegar a su plenitud, porque la habitación quedaba iluminada y podía ver la pared de enfrente, la alfombra, los juegos e incluso el cuaderno de flores de la mesita.

Una vez que me regalaba los múltiples abrazos y besos de buenas noches, la abuela volvía a su sofá y yo comenzaba a escuchar alguna melodía al piano. Cuando era más pequeña imaginaba que era Henri quien tocaba, pero una mañana la abuela me aclaró que la autora de los conciertos nocturnos era Laura y que era ella la propietaria original del piano del pasillo.

La mayor parte de las veces escuchaba la música que desprendían las teclas del piano sin fijarme especialmente en la melodía. Lo consideraba la música que me acompañaba en el duermevela hasta que conseguía dormir. Sin embargo, aquella noche, no sé si porque ya me estaba haciendo mayor, tardé más en conciliar el sueño y me dediqué a escuchar por completo aquella música.

No recordaba si esa era la primera vez que tocaba aquella pieza, pero me pareció un tema impactante, tanto que sentí escalofríos de emoción, como los llamaba la abuela. Laura tocaba tan bien que me enamoré perdidamente y traté de esperar despierta hasta dejar de escucharlo.

Cuando dejé de escuchar el piano me sumergí en un sueño increíble en el cual una mujer de cabellos blancos como la nieve me

atrapaba entre sus brazos y me llevaba en volandas hasta un escenario con un enorme piano de cola negro esmaltado, y me depositaba con cuidado en un elegante banco de cuero situado ante él. Allí, en pijama y con el pelo alborotado, comencé a tocar aquella maravillosa pieza que acababa de escuchar y, una vez terminado, un público, al que no conseguía ver las caras, ovacionaba mi actuación.

A la mañana siguiente, aún desconcertada por el increíble sueño y con la ropa de dormir puesta, bajé sigilosamente las escaleras y me senté en el banco frente al piano.

Escuché a la abuela canturrear en la cocina, no se había percatado de mi presencia. Miré el cuadro que había sobre el piano. Ya sabía que aquella dama era Margaret, aunque esta era la primera vez que miraba el retrato tan detenidamente. Las otras veces lo observaba de soslayo cuando iba hacia el jardín o regresaba de jugar en él. Aquella mañana, sin prisa y sin la presencia de la abuela, me detuve a observar a Margaret.

Sus cabellos rubios muy bien peinados, como recién salida de un salón de belleza; aquella blusa de tonos azules y blancos que iluminaba su rostro; un rostro amable sin apenas arrugas marcadas, pese a que en él tendría alrededor de setenta años.

Como solía ocurrir en otros retratos que había visto en los museos, la mirada del retratado parecía seguirte a pesar de la ubicación en la que te situases. En este caso no era una mirada intimidatoria, sino reconfortante, como si supiera que la estabas observando y se sintiera feliz por ello. Me pareció incluso que sonreía mientras la miraba.

Sin saber muy bien el motivo, con cuidado abrí la tapa del teclado; no quería que la abuela me descubriese.

La partitura amarillenta que descansaba en el atril llevaba allí mucho tiempo. Sus hojas polvorientas y envejecidas estaban empezando a deteriorarse e incluso la humedad había hecho que algunas de ellas estuvieran enrollándose sobre sí mismas, lo que le daba un aspecto más vintage a la estancia, o así es como lo solía llamar mamá.

Pasé mi dedo índice sobre el título de la pieza y leí claramente: «Nocturne op 9 n. 2 Frédéric Chopin».

Las notas que se distribuían por la partitura se iban traduciendo a un lenguaje que de repente entendía a la perfección. Como si fuera la protagonista de un encantamiento, mis dedos comenzaron a tocar la

melodía sin que fuese capaz de tener control sobre ellos.

Comencé a escuchar los pasos de la abuela saliendo de la cocina mientras me sumergía cada vez más en las teclas de aquel piano sin saber cómo ni por qué.

Aunque sabía que ella había escuchado la melodía, no me comentó nada cuando me vio, ya de pie, frente al piano.

Traía un vaso de agua y me lo ofreció mientras se acercaba a besarme la cabeza.

No era consciente de la importancia que tendría en mi futuro aquel momento.

55

Los dos años que Elise llevaba en Huesca le estaban resultando muy productivos a nivel académico, pero no dejaba de pensar en volver a casa.

Los escasos viajes por Navidad o verano a Montpellier eran insuficientes para ella. El último verano había viajado a Dinan sola con su padre; Muriel no los acompañó por temas laborales, según se excusó.

Algún que otro fin de semana se habían acercado sus padres a visitarla y comprobar que estaba integrada y feliz con su nuevo hogar. Y así se lo trataba de transmitir en cada visita.

Últimamente había notado a Erwan algo más distante. Las fiestas universitarias a las que acudía, las nuevas compañías, hacían que ella se sintiera desplazada.

Y, además, estaba Henri. Su madre y él llevaban un tiempo juntos y ella no terminaba de aceptarlo. Sabía que era lógico que encontrase a alguien con quien compartir su vida, pero no le gustaba verla con otra persona que no fuese su padre.

Ella era muy pequeña cuando decidieron poner fin a su vida en común, pero siempre estaban juntos, tomaban decisiones entre los tres, salían de vacaciones cada año a Dinan. Era consciente de que no eran una pareja, pero eran sus padres y le gustaba verlos juntos.

Desde que su madre estaba con aquel hombre muchas cosas habían cambiado.

Lo había hablado con su padre y este se mostraba feliz por Muriel. Había coincidido en un par de ocasiones con Henri y, a pesar de que le parecía que no casaba mucho con el carácter desenfadado de su exmujer, la veía feliz y era suficiente para él. El hecho de que ya no estuvieran juntos como pareja, le dijo, no significaba que no siguieran queriéndose y deseando que fueran felices con otra persona.

En cambio, Elise no podía dejar de pensar en la última vez que los vio juntos, en vacaciones, y cómo Muriel le anunció que, dada la progresión de la enfermedad de Margaret, había decidido solicitar una

excedencia en el hospital e irse a vivir con ellos a la casa de Narbonne.

Margaret, le había explicado, la mayor parte del tiempo ya no reconocía ni a su marido ni a su hijo. Sin embargo, era capaz de reconocerla a ella y los momentos que pasaban juntas podía tener una breve conversación más o menos coherente. Y no quería dejar pasar esos momentos de lucidez de la madre del hombre con el que ahora compartía su vida.

No era solamente cuestión de trabajo, eran sentimientos los que estaban en juego.

Elise le dijo que no era buena idea, que no le gustaba aquella casa. Solamente había estado en ella una vez, durante las vacaciones de verano de hacía algo más de un año. Habían estado comiendo juntos en el comedor de la planta baja y, aunque le pareció una casa preciosa, Elise tuvo una sensación extraña e inexplicable durante el tiempo que permaneció en ella.

Muriel aún no vivía allí, pero su relación con Henri ya estaba consolidada y quería que su hija compartiera tiempo con ellos y con sus suegros.

Tras la comida fueron hacia el jardín a tomar el té. Mientras estaban fuera Muriel, Henri y los padres de este, ella pasó al cuarto de baño y, durante el pequeño intervalo de tiempo que estuvo allí, le pareció escuchar al piano del pasillo tocar una melodía. Le resultó extraño, aunque pensó que era fruto de su imaginación.

Sin embargo, al pasar junto al piano, vio con claridad como una de las teclas estaba a un nivel diferente al de las otras, como si un dedo invisible estuviera sobre ella. Un escalofrío la recorrió y cuando llegó de nuevo junto a los demás notó que a ellos no les sorprendió en absoluto. Como si estuvieran acostumbrados a ello.

Ya se había fijado al entrar en aquel piano. Con aquella partitura antigua y la silla de cuero. Todo preparado, como si alguien se dedicara a utilizar el piano con frecuencia.

Le llamó la atención porque sabía que la madre de Henri no estaba en las mejores condiciones para recordar una melodía e interpretarla al piano. Su padre, según le contó Muriel, era un señor al que le gustaba mucho el deporte, y con esas manos fuertes y enormes no le imaginaba con ningún instrumento, y mucho menos con un piano como aquel. Ni su madre ni Henri tocaban, de eso estaba segura. Entonces, ¿quién habría interpretado aquella pieza?

Un par de horas después, se despidieron y Elise le comentó a su madre que le había parecido escuchar el sonido del piano. Muriel únicamente le dijo que el piano perteneció a Laura, la anterior dueña de la casa, y que tocaba muy bien.

A pesar de que rápidamente cambió de tema, Elise no dejó de preguntarse cómo estaba tan segura de que aquella señora tocaba tan bien el piano si nunca la había escuchado hacerlo.

Se dijo que no volvería a entrar en aquella casa y mucho menos después de lo que ocurriría algunos años después.

56

Hasta que no cumplí los trece años, mamá no me habló de mi nacimiento, de mis primeros años y de mi padre.

Había preguntado un sinfín de veces a la abuela, pero ella siempre me recordaba que era mi madre quien tenía que contármelo y que encontraría el momento para hacerlo. Traté de sacar la conversación muchas veces, pero era imposible. La abuela, que era tan receptiva a todas mis dudas y mi curiosidad innata, en este caso no conseguía que desvelara nada.

Era por respeto a mi madre, me decía. Si ella había decidido que no era el momento, habría que esperar. Me prometió que cuando ya supiera todo volveríamos a hablar y me contaría lo que ella conocía al respecto. Y quizá así podría completar la historia con versiones diferentes de los hechos.

Hasta ese momento, lo único que sabía de mi padre es que era de origen bretón, como el abuelo, y que se llamaba Erwan. Había visto alguna fotografía suya siendo más pequeña cuando tuve la curiosidad de saber a quién me parecía. Pero desconocía su paradero actual y tampoco por qué mamá apenas hablaba de él.

Sus respuestas a mis incansables preguntas durante aquellos años eran que cuando fuera mayor para entenderlo me lo explicaría todo. Sin embargo, los años iban pasando y nunca le parecía lo suficientemente madura como para hablar conmigo.

Aquel año decidí no esperar más y, cuando me recogió de casa de la abuela al finalizar las vacaciones, volví a preguntarle.

—Creo que ya soy mayor para saber dónde está mi padre y por qué no ha vivido nunca con nosotras.

Iba conduciendo con la mirada fija en la carretera. Palideció y los ojos se le empañaron, pero reconoció, sin mirarme, que tenía razón.

Ya estaba empezando a atardecer y paramos en una enorme panadería-cafetería a las afueras de Narbonne.

El aparcamiento estaba bastante lleno y se podía ver cierto ajetreo

en el interior. Al cruzar la puerta me llené del aroma a crema caliente, pan y crepes recién hechos.

Nos sentamos al fondo, en una de las pocas zonas en las que no había gente, en una mesa redonda de madera blanca con dos sillas de azul intenso. En pocos segundos, una camarera, libreta en mano, acudió a nuestro encuentro.

Pedí una crepe rellena de crema y un batido de chocolate. Mamá pidió un café con leche y un croissant, pero ya no quedaban y decidió quedarse solo con el café con leche.

Cuando la camarera se fue, mi madre me miraba sin decidirse a hablar. No estaba segura de si era porque prefería esperar a la comida y así no tener que interrumpir el relato o porque no sabía por dónde empezar.

Se quitó la fina rebeca de punto que llevaba y la colocó en la parte trasera de la silla. Yo me impacientaba. Llevaba tanto tiempo esperando ese momento que no quería seguir ignorando más.

—¿Dónde está mi padre?

Ella me mostró una sonrisa amarga; iba a comenzar a hablar cuando llegó la camarera con lo que habíamos pedido. La crepe estaba espolvoreada con azúcar glas y el aroma era exquisito. Estuve a punto de cortar un pedacito para probarlo cuando ella me dijo:

—No lo sé, Mallén. Te lo prometo. Hace muchísimo tiempo que dejó de llamarme, de interesarse por ti. Aún eras un bebé cuando desapareció de nuestras vidas.

—No lo entiendo, mamá. ¿Por qué? ¿No quería tener una hija o fue porque no te quería?

Y entonces mamá, sorbiendo un poco de su humeante café, se armó de valor y comenzó a contarme el motivo por el que mis amigas tenían un padre con el que pasar tiempo y yo nunca lo tuve.

57

Estábamos en el último año de facultad y la relación no era como al principio. Durante el tiempo que permanecimos en España hubo muchos altibajos entre nosotros. Al principio, tanto Erwan como yo tratábamos de vernos todos los fines de semana, pero al cabo de un tiempo comenzaron las excusas.

Yo no noté que lo fueran los primeros viernes que me explicó que no podía venir. Había exámenes, una fiesta o algún plan con su padre, y yo lo entendía.

Esos fines de semana sin vernos para mi eran un suplicio. No tenía apenas amigos y los pocos que había conseguido mantener volvían a casa el fin de semana porque eran de provincias cercanas. Aproveché para estudiar y así conseguí obtener unas calificaciones en los exámenes de las que me sentía muy orgullosa.

Aquello se convirtió en una especie de adicción y si obtenía un 8 quería transformarlo en un 9. A partir de ese momento, fui yo la que ponía excusas para quedarme estudiando.

Supongo que mis evasivas a Erwan le venían bien para seguir haciendo su vida en Zaragoza y conocer otras personas, acudir a fiestas y olvidarse de que tenía pareja.

Ese último año, en una de las pocas visitas que hice a su casa, me dijo que lo mejor sería dejarlo. Aunque cada vez nos veíamos menos, cuando mirándome a los ojos me explicó que me seguía queriendo pero que una relación con tantos altibajos nos hacía daño, me destrozó.

Erwan y yo llevábamos muchos años juntos, nos conocíamos desde niños. No podía imaginar una vida sin él. Desde que comenzó nuestra historia fantaseábamos con vivir en una casa al lado del mar en la Bretaña. Él quería comprar un piso en Brest y yo una casa en Roscoff.

A él le gustaba más una ciudad con un puerto importante como Brest, con la base naval y el museo de la marina. Yo había estado solamente una vez allí y, aunque me pareció una ciudad espectacular, no era lo que yo quería.

Roscoff, en cambio, me parecía perfecto para nosotros. Incluso yo

bromeaba diciendo que compraría un barco para ir a la isla de Batz cada día. Que tendríamos varios niños con los que pasearíamos por la playa y un perro bretón al que tiraríamos palos y él los traería obediente.

Y, de repente, todos nuestros planes de adolescente los acababa de eliminar de un plumazo.

Las lágrimas inundaban mis mejillas y entre sollozos le recordé la isla, los barcos y el puente de Brest.

Me abrazó con fuerza y fue bebiéndose a besos cada uno de mis lamentos. Se olvidó de sus palabras y me pidió perdón.

Pasamos todo el fin de semana en la cama. Su padre había ido a Francia a visitar a unos clientes y teníamos la casa para nosotros solos.

Fue el fin de semana más emotivo que había vivido; le sentí más enamorado que nunca. Su atención, sus mimos, su manera de hablarme.

Volvimos a hacer planes de futuro. Buscaríamos trabajo en la Bretaña, tendríamos niños bretones y seríamos felices toda la vida.

Y me lo creí todo. El domingo por la tarde volví a Huesca siendo la mujer más feliz del mundo. Nada de lo que había imaginado semanas atrás era cierto. No eran excusas lo que utilizaba para no venir a verme o no recibirme en su casa. Era todo real y yo había pensado mal de él.

Pasé ese último trimestre tratando de obtener las mejores calificaciones. Apenas dormía y comía muy poco, necesitaba superarme y conseguir los objetivos que me había marcado.

Erwan, por su parte, me dijo que estaba recibiendo varias ofertas laborales por su excelente expediente académico aun antes de terminar el curso.

Hasta que no llegaron las notas finales, en el mes de junio, no me di cuenta de que estaba embarazada. No tenía un periodo regular y achaqué los problemas estomacales a la mala alimentación y a la falta de sueño durante los últimos exámenes.

Aunque en los primeros momentos me asusté mucho, recibí la noticia con alegría. Aquella falsa alarma de años atrás me había hecho ver que ser madre era algo que necesitaba.

No sabía cómo se lo tomarían mis padres, pero estaba segura de que a Erwan le haría tanta ilusión como a mí.

En dos semanas yo volvería a Montpellier para pasar el verano con mi familia. La segunda parte de esas vacaciones, Erwan se iría a ver a su madre a Dinan y yo me iría con él. Teníamos todo planeado y ahora, con mi embarazo, yo estaba segura de que serían unas vacaciones muy especiales.

Al día siguiente me llamó, me dijo que tenía una noticia impresionante que darme. Yo decidí esperar a verle para la mía. Estaba tan emocionada con la idea de ser madre que no pensé cuál sería su noticia.

Nos vimos tres días después en nuestro parque preferido de Huesca. A mí me encantaban esos encuentros, como si fuera una cita, como si acabáramos de conocernos y como si yo no estuviera embarazada y no fuéramos a formar una familia.

Eché a correr cuando le vi aparecer. Con aquella sonrisa y ese pelo siempre alborotado, me pareció más guapo que nunca.

Me lancé a sus brazos y lo besé con fuerza. Me cogió la mano y me llevó a uno de los bancos de forja del parque.

No esperó demasiado; así de sopetón, me contó que tenía una maravillosa oferta de empleo y que no podía rechazarla. Serían unos cuatro años, el proyecto era increíble y la oportunidad era única. Un estudio de investigación con un equipo de biólogos y veterinarios en ultramar, en la Guayana francesa.

Le habían ofrecido este puesto por su origen francés y porque desde que comenzaron sus estudios se había mostrado interesado en ese tipo de estudios de investigación.

Erwan no se iba a conformar con ser un veterinario de una clínica en la que curar perros y gatos. A él le fascinaba viajar, vivir aventuras y centrar su trabajo en la investigación. Desde que le conocí intuí que su forma de ganarse la vida sería diferente, pero no imaginé algo así y menos en ese momento tan delicado de mi vida.

No supe qué decir, estaba tan ilusionado que le brillaban los ojos. ¿Cómo iba a contarle que estaba embarazada y fastidiarle aquella oportunidad que él decía que era única?

Le abracé y me alegré por él. Erwan me explicó que cuando volviese de allí nos casaríamos y que compraríamos una casa donde yo quisiera.

El avión hacia ultramar salía en tres semanas. Quería ir a ver a su madre para despedirse y le gustaría que fuéramos juntos, pero le dije que no. Yo

necesitaba estar con mi familia, contarles la noticia y asimilar lo que sería mi vida a partir de ese momento.

—¿Y no volvió? —pregunté con la boca abierta y los ojos muy abiertos, totalmente sorprendida por lo que acababa de escuchar.

58

Margaret cada vez iba deteriorándose más y tanto Henri como su padre no podían ocultar su devastación. Su madre, una mujer siempre tan activa, con una impresionante agilidad mental, apenas recordaba el orden en que tenía que ponerse la ropa. Ella que siempre había sido tan cuidadosa con su apariencia física.

Desde que tenía uso de razón recordaba a su madre bien peinada y levemente maquillada. Le gustaba elegir meticulosamente la ropa que llevaba en cada ocasión, ya fuese un evento más formal, una reunión familiar o con amigos.

Y ahora había que colocar sus enseres sobre la cama en el orden en que debía ponérsela para evitar errores. Habían eliminado faldas o vestidos difíciles de abrochar y los habían sustituido por pantalones holgados y sin botones. También estaba perdiendo la agilidad motriz necesaria para abotonar y desabotonar o encajar las cremalleras en su riel.

Una actividad tan cotidiana y aparentemente sencilla como cortar un pedazo de carne o pelar una fruta tampoco le resultaba fácil. A veces se quedaba mirando los utensilios que tenía en la mano sintiéndose incapaz de continuar haciendo uso de ellos.

Con una paciencia infinita y siempre sonriendo como les había asesorado Muriel, su marido o su hijo se acercaban a ella y volvían a enseñarle a manejar los cubiertos.

Henri pensaba en aquello que siempre se escuchaba, que era ley de vida ver morir a los padres, pero no era cierto: nunca estamos preparados para ser nosotros esos hijos que deben aceptar la situación. ¡Qué fácil era decir algo así cuando no somos los protagonistas!

Desconocía qué pasaba por la mente de su madre ahora que la enfermedad estaba en su fase moderada y se iba acercando vertiginosamente a la etapa más severa.

Margaret había sido consciente hasta hacía muy poco de su situación, de la progresión de la patología que la consumía y de lo terrible que sería no recordar quién era. Algo que, intuía, llegaría más rápidamente de lo que esperaba.

Hablaba con Muriel de lo difícil que era, del sentimiento de indefensión que sentía frente a la despersonalización, algo inminente según se iban desarrollando los nuevos síntomas.

No había posibilidad de remisión, eso lo sabía, pero esperaba que aquel último fármaco, fruto de un ensayo clínico al que se había sometido aconsejada por los neurólogos del centro de investigación en el que trabajaba Muriel, diera como resultado una evolución más lenta.

Sin embargo, cuando se ponía a leer se le acumulaban las letras, se perdía entre líneas y la comprensión de los textos era inútil. Ni siquiera era capaz de leer de manera productiva un prospecto, una carta o un folleto publicitario.

No había querido decir nada a su marido o a su hijo, pero en algunas ocasiones les costaba identificar quién era quién. Luego, como si se descorrieran las cortinas que provocaban aquellos lapsus, volvía a reconocerlos como si hubiera salido de un mal sueño.

Aquella enfermedad era tan imprevisible que podía levantarse una mañana embotada y sin saber qué hacer o qué decir y la siguiente moverse con mayor agilidad.

Florence, la gata de angora que la seguía por toda la casa, la ayudaba a centrarse en la realidad de cada día.

Y luego estaba la compañía de Laura; le resultaba tan agradable. Ese sonido del piano al final de la tarde la calmaba, aunque a veces olvidaba que no estaba allí y salía a buscarla al jardín o al comedor.

Aquel ritual que Henri y Muriel iniciaron un año antes le pareció absurdo en inicio, porque estaba convencida de que la carta de Laura era una broma. En cambio, la noche siguiente, el sonido inconfundible del piano consiguió que creyera incondicionalmente en el poliedro y su poder.

En aquel momento, pensó en cuánto le gustaría quedarse a vivir con Laura en aquel plano, acompañando a su hijo. Pero aquella decisión no dependía únicamente de ella.

59

Aunque la noticia del embarazo fue devastadora en un principio, sobre todo para Fabrice, el optimismo y la ilusión de Muriel hicieron que se calmaran los ánimos de la familia.

Elise no hacía nada más que llorar porque iba a criar a su bebé sin padre.

Aunque Muriel y Fabrice le habían facilitado varias opciones asegurando que apoyarían cualquiera de ellas, Elise no dudo en tener a su hijo y quedarse en Francia con él. No acompañaría a Erwan a ultramar. Lo que menos le apetecía era estar en un lugar extraño, sin trabajo e impidiendo al hombre al que amaba desarrollar con éxito su carrera profesional. Estaba segura de que, aunque al principio funcionase, acabarían llenándose mutuamente de reproches y no estaba dispuesta a que su hijo creciera en aquel ambiente.

Ni siquiera se había planteado contarle que iba a ser padre, pese a la insistencia de Fabrice. Sabía lo ilusionado que estaba con la noticia y no quería estropearle las vacaciones en la Bretaña previas al viaje.

A pesar de que a Muriel también le parecía importante que Erwan conociera el estado de Elise, comprendía que para ella fuera difícil decírselo. En cambio, Fabrice estaba dispuesto a viajar a la Bretaña para explicar la situación a la que todos se enfrentaban.

Nadie esperaba que aquel viaje hasta Dinan terminaría por cambiar para siempre sus vidas.

El terrible accidente de tráfico que sufrió Fabrice a la altura de Nantes fue demoledor para ellas.

El arriesgado adelantamiento a un camión por parte de un conductor desaprensivo acabó con el Renault de Fabrice en la cuneta.

El único consuelo que les quedó fue que falleció en el acto y no padeció ningún sufrimiento.

Varias horas después del accidente, las autoridades se pusieron en contacto con ellas para comunicarles el deceso y que había necesitado la asistencia de los bomberos para extraer su cuerpo de entre el

amasijo de hierros en el que se había convertido el habitáculo.

Henri apoyó a Muriel y se ofreció a acompañarlas a Nantes, pero ella prefirió acudir con Elise. Dadas las circunstancias, no le pareció buena idea, aunque agradeció su amable gesto.

La situación en que se produjo el accidente obligó a la policía a realizar la autopsia a los ocupantes de los vehículos involucrados.

Elise quería que su padre fuera incinerado y llevar sus restos a su ciudad natal. Aún se encontraba en shock y no soportaba el sentimiento de culpa por haber sido la causante de aquel viaje.

A pesar de que Fabrice nunca llegó al destino para comunicar el próximo nacimiento del bebé, Erwan se enteró de ambas noticias a la vez.

El viaje a ultramar pendía de un hilo que Elise no estaba dispuesta a tensar y mucho menos romper.

Ya había decidido que, antes de que Erwan se ofreciese a quedarse con ella, rompería la relación definitivamente. Necesitaba centrarse en el duelo por la muerte de su padre y en cuidar de su bebé.

Y lo haría en solitario. No quería que su madre y Henri estuvieran con ella. Aquel hombre no era su padre y no podría ocupar su lugar.

60

¡Qué difícil era estar entre aquellas paredes sin la abuela!

Los recuerdos eran tan vividos, tan cercanos, que parecía que no había pasado el tiempo.

El olor a madera y papel de la biblioteca, el aroma a cuero y a calma que envolvía el salón, el perfume a jazmín y a té con especias del jardín.

Y el recuerdo de un abuelo al que nunca conocí. Es curioso cómo podemos recordar a alguien a quien no conocimos por las historias que otras personas nos cuentan de ellos.

La primera vez que mamá me habló del accidente del abuelo Fabrice fue poco después de contarme el viaje a ultramar de mi padre.

A pesar del tiempo pasado, seguía culpándose por no haber podido convencerle de no viajar, de respetar su decisión de ser madre en solitario. Sin padre, pero en compañía de dos personas que estaba convencida de que serían unos abuelos maravillosos.

En cambio, mi abuelo nunca pudo ejercer de ello. Y, según ella, todo había sido por su culpa.

Me contó lo feliz que había sido en su infancia, lo buen padre que fue con ella. Las tardes de su niñez paseando juntos en bicicleta, las carreras de patines después, en su preadolescencia.

Les encantaba caminar con los patines en la mano hasta la plaza real del Peyrou, donde se concentraban a la vez turistas y vecinos de Montpellier. En el momento en el que pasaban el Arco de Triunfo, se calzaban los patines y comenzaba una carrera que desembocaba en la torre de agua. La estatua ecuestre de Luis XIV era testigo de aquellas competiciones entre padre e hija.

Fabrice siempre la acompañó en sus juegos infantiles mientras Muriel los miraba divertida, moviendo la cabeza, como si tuviera que ocuparse de dos niños.

Cuando se enteró de su embarazo, imaginó a su padre ejerciendo de abuelo, jugando con su pequeño en el Peyrou como lo había hecho

con ella.

Su tristeza no era únicamente porque había perdido a su padre, sino porque su hijo había perdido la oportunidad de disfrutar de un abuelo extraordinario.

Mientras mamá me contaba todo aquello en un mar de lágrimas, no pude evitar pensar en Margaret y en Henri. En los motivos de la ausencia del abuelo Fabrice de la Maison Coursan. ¿Por qué no le hicieron volver como a los demás fallecidos? No tardaría en preguntar a la abuela por aquella ausencia.

Como si mi madre me hubiera leído el pensamiento, comenzó a hablarme de aquel viaje a Nantes con la abuela y de como ella le había contado detalles de la presencia de Laura, la antigua inquilina, en la casa. Le habló del poliedro y de la posibilidad de facilitar al abuelo la estancia temporal o permanente en la casa.

A mamá le horrorizó aquella idea y le prohibió a la abuela hacer ningún tipo de ritual relacionado con su padre. La acusó de haberse vuelto loca desde que convivía con aquel hombre y le prometió no volver nunca a aquella casa en la que vivían con la absurda creencia de que estaba encantada.

Mamá nunca creyó en los espíritus de Maison Coursan, pero tampoco se atrevió a negar que algo extraño había en aquel edificio, algo a lo que temía, aunque no supiera ponerle nombre.

Al poco tiempo de mi nacimiento, mamá volvió a España. Margaret acababa de fallecer y se sucedieron demasiados acontecimientos que le hicieron pensar que estaríamos mejor lejos de la abuela y de aquel entorno.

A través de la universidad consiguió un empleo en una clínica de Tudela como nutricionista.

Se fue a vivir a un pueblo a 25 km de Tudela, el pueblo de aquel amigo de universidad de papá donde, según ella, fue tan feliz. Y así, en honor de aquel pueblo y de unos momentos felices que jamás regresarían, me hizo llevar el nombre de aquel lugar, Mallén.

Y allí nos quedamos en un exilio que duraría seis largos años.

61

—Ojalá tu madre me hubiera permitido tener a Fabrice con nosotros. Su fallecimiento fue terrible también para mí. Estuvimos juntos prácticamente toda la vida y fue mi mejor amigo hasta el día en que nos dejó.

—¿Por qué no desobedeciste a mamá y ayudaste al abuelo a quedarse contigo?

-No podía hacer eso, mon trésor. Ella jamás me lo hubiera perdonado. Aquellos años sin ti fueron lo suficientemente terribles como para además haber contribuido con algo que hubiera roto para siempre nuestra relación.

—Mamiemur, ¿cuándo me vas a contar qué pasó con Henri? ¿Por qué mi padre no volvió para estar conmigo? ¿Por qué mamá volvió a Francia después de pasar tiempo en España? ¿Por qué nunca se casó? ¿Por qué no quiso que tuviera hermanos?

—Jajaja. ¿No te parece que son demasiadas preguntas? Lo cierto es que la mayor parte de ellas tendrá que responderlas tu madre. Yo a la única que puedo responderte es a la que concierne a Henri y a mí.

—Háblame de Margaret y de Henri… y de ti. Y del papá de Henri, por favor.

—Son tantas las preguntas… Los últimos meses de Margaret fueron dificilísimos para todos. Ya no recordaba apenas nada de lo que le rodeaba, incluidos nosotros. El padre de Henri evitaba acercarse a ella porque estaba desolado. Tanta vida compartida y había desaparecido de la mente de Margaret de un plumazo.

Por mucho que Henri y yo tratásemos de hacerle ver que lo importante era que él recordara por los dos, pronto nos dimos cuenta de que era inútil. Había tirado la toalla y tenía la sensación de que su mujer ya no estaba, de que la persona que permanecía sentada en el jardín con una manta sobre las rodillas era tan desconocida para él como él lo era para ella.

Dos desconocidos que ya no tenían nada de qué hablar; ni siquiera sus miradas conversaban.

Una noche, después de que hubiéramos acostado a Margaret, se sentó a hablar con nosotros. Nos explicó que había decidido volver a Quebec y que no tratásemos de convencerle de lo contrario, porque la decisión estaba ya tomada. Incluso había comprado el billete de vuelta para que no pudiéramos impedírselo.

Henri no entendía nada; no conseguía pronunciar una sola palabra mientras miraba atónito a su padre, que no podía contener las lágrimas.

Me levanté del sofá, me senté a su lado y cogí la mano de mi suegro afectuosamente.

—No te sientas culpable por haber tomado esta decisión. Sabes que Henri y yo cuidaremos de ella. Sé que saber que estará bien cuidada no hace que tu decisión sea menos difícil, pero te entiendo perfectamente. Ver a la persona con la que has compartido tanto no reconocerte es una de las experiencias más duras que podemos vivir.

—Ojalá pudiera entenderlo, papa. Pero no soy capaz de comprender cómo prefieres irte sabiendo que a mamá le queda muy poco tiempo con nosotros.

—No te pido que lo entiendas, hijo. Solamente que respetes mi decisión. No imaginas lo duro que está siendo para mi irme, pero creo que es lo mejor para todos.

Y así fue como el señor Coursan desapareció de nuestras vidas prácticamente para siempre. A partir de ahí, alguna que otra llamada, que fueron espaciándose cuando Margaret falleció y que no se repitieron cuando Henri descubrió que su padre había conocido a otra mujer.

Además de no recordarnos, Margaret ya no era capaz de alimentarse por sí misma ni de vestirse o asearse.

Sin embargo, su aspecto físico era tan impecable como antes de enfermar. Aún nos sonreía, nos miraba sin vernos y balbuceaba alguna que otra palabra como «flores», «pájaros» o «sol», quizá porque la mayor parte de aquellos últimos meses la pasaba en el jardín o cerca de la ventana que mostraba las enredaderas y los pajarillos que jugueteaban cerca. Allí, siempre con Florence acurrucada a sus pies.

Una tarde que el sol se había ocultado tras unas nubes grises amenazadoras de lluvia, decidimos llevarla a la habitación para que descansara. Cuando fuimos a levantarla para cenar, su cuerpo estaba

acompañando a su mente. Se había ido para siempre. En calma, con esa dulce expresión que la acompañaba en vida.

Henri cayó de rodillas sobre la alfombra hundiendo su rostro entre sus manos anegado de lágrimas. Por mucho que esperábamos ese final, no pudimos evitar sucumbir al dolor.

Solo sabía decir «¿y ahora qué? ¿y ahora qué?»

No sabía muy bien a qué se refería, así que lo único que pude hacer era abrazarle y sentir aquel insoportable dolor a su lado.

62

Erwan viajó a la Guayana solo, sintiéndose tan culpable del accidente de Fabrice como Elise.

Por mucho que insistió, no consiguió convencerla de hacer aquel viaje juntos. Él quería conocer a su futuro hijo y verlo crecer, pero era un momento tan duro para ella que pensó que sería mejor hacer caso a sus ruegos y partir hacia ultramar.

Estaba convencido de que, una vez pasado el duelo inicial, podrían reunirse con él después de que hubiera nacido el bebé y serían de nuevo felices juntos. No sabía lo equivocado que estaba.

Las últimas semanas de embarazo fueron complicadas para Elise. Decidió quedarse en casa de su padre y Muriel tuvo que mudarse con ella porque, dadas las circunstancias emocionales en las que se encontraba, el médico aconsejo reposo absoluto y se negó en rotundo a irse a vivir a Maison Coursan con Henri y «sus espectros», como ella los llamaba despectivamente.

Margaret acababa de fallecer y Muriel se encontraba sumida en una decisión muy difícil. Por un lado, no podía dejar sola a su hija, y por otro, el hombre al que amaba acababa de perder a su madre.

Ninguno de los dos se lo puso fácil. Henri tampoco tenía claro mudarse con ellas a casa de Fabrice; además, estaba convencido de que Elise tampoco lo vería con buenos ojos, por lo que ambos optaron por no planteárselo.

Durante aquellos días, Muriel apenas dejaba sola a su hija más que para hacer la compra. Desde que había pedido una excedencia en su trabajo en el hospital para acompañar a Margaret en sus últimos días tenía tiempo de sobra.

Fueron demasiados acontecimientos los que impidieron que tuviera tiempo para decidir qué hacer con su futuro laboral.

En menos de seis meses, se había enterado del embarazo de su hija, su suegra había fallecido y su exmarido había tenido un terrible accidente; en aquellos momentos, el trabajo era lo de menos.

Era prácticamente imposible asimilar todo aquello sin hundirse, pero era una mujer optimista y fuerte. Y entonces, más que nunca, sintió la necesidad de ayudar a quienes la rodeaban.

Desde niña, aquella necesidad la había acompañado y por eso se decantó por la sanidad, pero en esta ocasión no eran pacientes a quienes iba a apoyar y proteger; eran Elise, Henri, y aquella pequeña, que iba a traer a sus vidas una alegría que precisaban para sobrellevar tanta tragedia.

Unos días antes de mudarse a casa de Fabrice, Henri le pidió algo que ella ya esperaba, porque lo habían estado hablando semanas antes, y que ahora cobraba más sentido al dejarle solo en la casa.

Esta vez el conjuro del poliedro fue más difícil que cuando trajeron de vuelta a Laura. Los sentimientos que acompañaban a ambos hicieron que las palabras estuvieran mezcladas con sollozos y dudaban de su efectividad.

Sin embargo, a la mañana siguiente, mientras Muriel hacía la maleta, escucharon un leve canturreo y pudieron sentir el aroma a coco en el ambiente.

Sin mediar palabra, se miraron a los ojos y se fundieron en un abrazo infinito. Henri le susurró un «gracias» al oído, seguido de aquel «te amo» que cada vez que escuchaba conseguía erizarle el vello; Fabrice jamás había utilizado esas palabras con ella.

Dejar a Henri acompañado por aquellas dos mujeres ayudó a Muriel a no sentirse culpable por su partida. Estaba convencida de que sería más llevadero para él poder seguir disfrutando de la presencia de su madre y facilitaría el proceso de duelo.

Ambos eran conscientes de que Margaret ya no estaba con ellos, pero sí podían percibir su aroma, su risa, su canturreo… algo que en los últimos días había desaparecido por completo.

Volver a ver a Henri feliz tras la desesperación que le acompañó las horas posteriores al deceso convenció a Muriel de que el amor que sentía por él no lo había sentido jamás por otro hombre.

Perder a Fabrice había sido un mazazo terrible; era su mejor amigo, alguien que siempre había estado ahí, con el que podía contar para todo y, sobre todo, el padre de su hija.

Sin embargo, tan solo pensar en vivir sin Henri se le hizo



absolutamente insoportable.

63

De los años que pasé con mamá en España no tengo recuerdo alguno, o al menos no soy consciente de si lo que recuerdo es real.

A veces aparece alguna que otra imagen borrosa, pero no estoy segura de si las habré construido a partir de las historias que mamá me ha contado o son una evocación real.

Hasta los seis años no visité la casa de la abuela. Aunque sé que mamá y ella estuvieron en contacto telefónico durante aquellos primeros años de mi vida, no había vuelto a Francia desde mi partida.

A los pocos meses de mi nacimiento, mamá fue consciente del intenso amor que había entre Henri y la abuela. Acababa de recibir la oferta laboral en España y no quería ser la responsable de la distancia entre ellos.

Sabía que separar a la abuela de mí iba a ser muy duro para ella, pero estaba decidida a empezar una nueva vida, a reiniciarse, a salir adelante las dos solas.

Por lo que mi madre me contó, los primeros dos años mi padre venía a verme con regularidad. Pasaba con nosotras un tiempo y después iba a ver al abuelo Löic, al que yo nunca conocí. Por expreso deseo de mi madre, los padres de papá no sabían que yo estaba en España, porque no deseaba hacerles partícipes de mi educación.

Tras aquellos dos años, papá decidió no volver a visitarme. Según mamá, porque no me quería lo suficiente como para seguir cerca de mí. Pronto descubriría que no tenía nada que ver con la historia que ella me había contado y sí con el rencor que sentía al conocer que papá se había enamorado de una compañera de trabajo en la Guayana.

Desde el principio y pese a las frecuentes visitas, mamá le dejó claro que jamás volverían a estar juntos y eso hizo que la relación entre ellos únicamente fuera la de ser mis padres.

La abuela prefería no inmiscuirse en las historias que mamá me contaba, aunque sabía que no eran ciertas. No quería que ella se enfadase y dejara de llevarme a la casa en vacaciones.

Hasta que no fui una mujer adulta no comprendí el alcance que puede tener ocultar a una niña los verdaderos motivos por los que uno de sus progenitores deja de tener contacto con ella.

Mi madre me enseñó con su rencor a olvidar a mi padre, a no querer saber nada de él y a decir en el colegio que no tenía padre porque había fallecido.

El día que lo dije delante de la abuela ella se enfadó. No me dijo nada en ese momento, pero lo supe porque, en cuestión de segundos, cambio su dulce expresión por otra más dura y preocupada.

En cambio, por la tarde, ya sentadas en el jardín con el vaso de limonada me explicó que mi padre no estaba muerto, que trabajaba en un país muy lejano y que probablemente por eso no me visitaba con frecuencia. Me habló de aquellas visitas durante mis primeros años y de cómo mamá le prohibió volver a verme.

Papá había formado una nueva familia y descubrí que tenía un hermano que nació en la Guayana y del que mi madre nunca me había hablado.

Estaba convencida de que mi madre la acusaría de meterse donde no debía, pero no podía soportar que creciera entre mentiras.

Cuando le pregunté a mi madre por qué me había mentido, solo acertó a decirme que a veces a las personas desaparecidas las daban por muertas y que sentía mucho haberme confundido.

No me sirvió de mucho aquella explicación, tan solo para despertar aún más mi curiosidad y la necesidad de conocer a mi padre de una vez por todas. No le comenté a mamá que la abuela me había hablado de mi hermano.

64

Tres días después del quinto aniversario del fallecimiento de Margaret, Henri sufrió un desvanecimiento.

Los últimos cinco años sin Elise y sin Mallén habían resultado terribles para Muriel. Sin embargo, el amor incondicional y la paz que le transmitía Henri habían hecho que fueran más llevaderos.

La compañía de las almas de Laura y de Margaret hacían que el día a día resultara más agradable. El aroma a coco de Margaret y el sonido del piano de Laura acompañaban a la pareja en sus quehaceres diarios.

Muriel acudía a realizar visitas domiciliarias en Narbonne. Había dejado definitivamente su puesto como enfermera en el hospital de Montpellier y acudía únicamente a impartir formación a otras enfermeras o a ponencias y congresos en el centro hospitalario. Colaboraba en el centro de investigación siempre que era necesario, pero había limitado su trabajo allí.

Tras la ponencia en la que conoció a Henri, llegaron muchas otras con temática similar que fueron muy bien acogidas tanto por el personal sanitario como por las familias de los pacientes. Esta experiencia hizo que Muriel llevará sus conocimientos a diversos hospitales de la región.

Aquella mañana de sábado, Henri se levantó como cada fin de semana con la intención de sorprender a Muriel con un estupendo desayuno en la cama. Solía bajar sigilosamente las escaleras y salir a comprar pan en la panadería de la esquina.

Después, ya en la cocina, se ocultaba para preparar un zumo de naranja, una tabla de quesos, un té de especias humeante para Muriel y un café con leche para él. Sin olvidar el croissant recién hecho de los sábados.

Ya con el pan en la mano y recién llegado a casa, al cerrar la puerta percibió un ligero mareo que achacó a salir sin desayunar. Sin embargo, al llegar a la cocina, le invadió una sensación de vacío que provocó su desvanecimiento.

Muriel, que simulaba estar dormida mientras él preparaba el desayuno, escuchó el golpe de Henri al caer contra la puerta de la cocina y bajó las escaleras a toda prisa.

Lo encontró sin conocimiento y trató de reanimarlo mientras llamaba al servicio de emergencias.

En menos de diez minutos llegó la ambulancia, que, tras tomarle las constantes y terminar de reanimarlo, decidieron llevarle al hospital para valorar su estado. Aunque al principio él se negó, la insistencia de los sanitarios le hizo acceder.

Henri estaba convencido de que había sido un síncope vasovagal. No era la primera vez que le ocurría y no tenía ganas de ir al hospital y esperar largas horas a un sinfín de pruebas que darían como resultado el diagnóstico esperado.

Sin embargo, Muriel y el personal sanitario que acudió a la llamada pensaban que era importante descartar cualquier problema cardíaco.

Ya en el hospital, se dispusieron a evaluar su estado mientras Muriel esperaba charlando con algunas compañeras sobre los síntomas observados.

Tras un par de horas, salió un médico preguntando por la mujer del paciente.

—Tiene que quedarse en el hospital, son necesarias más pruebas para confirmar las sospechas.

—¿No se trata de un síncope vasovagal? ¿Algún problema cardíaco?

—Es algo más serio. Creemos que se trata de un tumor cerebral. Necesitamos realizar más pruebas para valorar qué tipo de tumor es y cómo tratarlo. El paciente nos ha comentado que ha tenido dolores de cabeza más frecuentes de lo habitual, pero no le ha dado importancia.

—Es cierto que me comentó que llevaba varios días tomando analgésicos con el desayuno, pero no nos pareció significativo, ya que no observé otros síntomas preocupantes.

—Lo lamento mucho. El paciente ya está al corriente. Puede pasar a verle si lo desea y en breve subirá a planta.

Muriel no podía creer lo que acababa de escuchar. Dudaba entre acudir a su lado y abrazarle o salir corriendo de allí para gritar que no se merecían aquella noticia.

Finalmente, pensó en lo mucho que echaría de menos un abrazo en aquellos momentos y, apartando el río que sus lágrimas habían formado en sus mejillas, decidió entrar a verle.

Al apartar la cortinilla que le protegía de la mirada del resto de pacientes y acompañantes lo encontró con los ojos cerrados tumbado en la camilla de un box. Se acercó sigilosamente y le cogió la mano con ternura. Él no se volvió a mirarla; observando el cristal de la ventana que se encontraba a su derecha, solo consiguió decir:

—Era demasiado bueno para que durase. Aun así, solo puedo agradecerte el tiempo que has pasado a mi lado.

Muriel no sabía qué decir. Aún no había un diagnóstico definitivo y parecía que Henri había decidido tirar la toalla y despedirse.

Pero ella no estaba dispuesta a renunciar al hombre al que tanto amaba.

65

Después de hablar con mi madre del paradero de mi padre, decidí que ya era lo suficientemente mayor para tratar de encontrarle. A mis trece años no estaba dispuesta a pasar el resto de mi vida sin la figura de un padre al que no recordaba haber conocido.

La abuela entendió a la perfección mis inquietudes; no así mi madre, que temía que quisiera vivir con mi padre y perderme para siempre.

La pérdida del abuelo Fabrice hizo de ella una mujer insegura y desconfiada, algo que, según la abuela, nunca fue de adolescente.

El vínculo que había entre mamá y el abuelo era tan intenso que iba más allá de la relación paterno-filial.

Así, por mucho que ella quisiera a la abuela, lo que había entre ellos era infinitamente más fuerte. Por eso, el fallecimiento del abuelo en aquellas circunstancias le hacía sentirse devastada por su pérdida, a la vez que culpable por haber propiciado su viaje.

Mamá nunca se recuperó de aquel duro golpe del destino. Trató de educarme en la desconfianza y, aunque sabía cuánto me amaba, nunca se mostró tan afectuosa conmigo como la abuela.

Volvimos a Francia definitivamente cuando yo tenía siete años. Mamá encontró un trabajo en una clínica en Niza y allí nos mudamos.

El año anterior había sido el primer verano que pasé con la abuela en Maison Coursan, mientras mamá ultimaba los preparativos de nuestra mudanza.

Fue una decepción para ella saber que, a pesar de nuestra vuelta al país, nos separarían más de cuatrocientos kilómetros y no podría estar con nosotras tanto tiempo como le hubiera gustado.

Sin embargo, estaba acostumbrada a la independencia de mamá y su necesidad de estar aislada para seguir regocijándose en su amargura.

Hasta mi adolescencia no conocí a ningún novio de mi madre. Es probable que saliera con algún hombre por aquellas fechas, pero

nunca trajo a ningún amigo a casa.

Una vez le pregunté a la abuela si cuando los padres se separan ya no volvían a tener otras parejas y ella me aseguró que Henri había sido su pareja después del abuelo, y me interesé por los posibles novios de mamá.

La abuela desconocía si ella tenía o había tenido alguna pareja, aunque no me lo hubiera presentado, así que se limitó a recordarme lo reservada que era mi madre y a decirme que si ella no había considerado importante presentarme a un hombre era porque no significaba tanto en su vida como para hacerme partícipe de ello.

Me recordó que, aunque ya hiciera mucho tiempo que no viera a mi papá, aún seguía teniendo un padre y que quizá algún día volvería a verle.

Me consta que la abuela habló con mamá de aquello y de la necesidad de saber más acerca de mi padre, y gracias a su insistencia supe lo poco que mamá decidió contarme al respecto.

66

Las innumerables pruebas médicas a las que se vio sometido Henri tenían como objetivo identificar el alcance del tumor y marcar un tratamiento adecuado y específico.

Sin embargo, las noticias que comunicaron los facultativos no eran muy esperanzadoras. Tras la reunión de los diferentes especialistas, neurólogo, oncólogo y cirujano, citaron a Muriel y a Henri para informarles de las posibilidades.

—Aunque en un principio parecía que el tumor estaba localizado únicamente en el cerebro, tras el TAC hemos detectado metástasis en el pulmón.

—¿Cuánto tiempo me queda? —interrumpió Henri.

—No nos precipitemos —dijo el oncólogo—. Ahora mismo lo interesante es valorar entre todos qué opciones de tratamiento existen y cuál sería la más adecuada en sus circunstancias.

—¿Qué opciones existen, doctor Caradec? —preguntó Muriel con las lágrimas a punto de desbordarse.

—Aunque existe la posibilidad de realizar una cirugía, es una intervención muy compleja y arriesgada. Por otro lado, la radioterapia podría ser útil para frenar la metástasis y tratar de reducir los nódulos del pulmón. Nosotros recomendamos quimioterapia y radioterapia y, tras un total de 4 ciclos, volver a realizar un TAC y reunirnos para debatir los siguientes pasos a seguir.

—Muchas gracias, doctor. Me gustaría pensarlo, si no le importa. Es algo difícil de digerir y necesito tiempo.

Muriel miró sorprendida a Henri. Estaba convencida de que la pregunta sería «¿cuándo comenzamos?». Sin embargo, respetaba sus dudas y el tiempo para asimilar aquella noticia tan inesperada e injusta.

Salieron del hospital cogidos de la mano y sin intercambiar una sola palabra. Bajo las gafas de sol de Muriel, las lágrimas anegaban sus ojos, pero era incapaz de decir nada. Henri no merecía aquel

diagnóstico. Quizá nadie lo mereciera, pero él menos aún.

Durante el trayecto en coche, Henri comenzó a hablar mientras conducía.

—He decidido no seguir adelante con el tratamiento. Prefiero seguir disfrutando de nuestra vida tal y como la llevamos ahora. El tiempo que nos quede juntos quiero que sea de calidad y no bajo los efectos de una medicación que me impida vivir tranquilo. Ya has escuchado a los médicos; hay metástasis y eso es indicativo de que la remisión total es prácticamente imposible. Estaría lo que me queda de vida con ciclos de quimioterapia y radioterapia, además de visitas al hospital constantes. No quiero vivir eso contigo.

—Pero Henri, estoy habituada a tratar con pacientes. Yo podría cuidar de ti desde el principio, y…

—Lo sé, pero no quiero que seas mi enfermera. Quiero que seas mi compañera y que lo que vivamos sea intenso y feliz, como hasta ahora. Aunque sea corto. Por favor, te pido que respetes mi decisión.

Muriel estaba desolada, pero sabía que tenía razón. Además de los accidentes cerebro vasculares, en su unidad también había visto pacientes con tumores cerebrales y sabía de los efectos secundarios del tratamiento con quimioterapia. Entendía perfectamente la decisión de Henri y la iba a respetar sin tratar de convencerle. Haría que los últimos momentos juntos fuesen lo más felices posibles.

Unos días después, acudieron a la cita con el oncólogo y le comunicaron la decisión final.

El doctor Caradec quedó algo decepcionado. No estaba acostumbrado a que los pacientes renunciaran al tratamiento. La mayor parte de sus pacientes buscaban una solución, se agarraban a lo que fuese por el instinto de supervivencia, incluso aunque fuese una tabla de salvación algo inútil.

Sin embargo, Henri tenía claro que no estaba dispuesto a lo que él denominaba un parche en su existencia.

A Caradec le sorprendió aún más que Muriel, siendo enfermera, no hubiera tratado de convencerle.

No le ofrecieron más explicaciones, tan solo le preguntaron de cuánto tiempo aproximado disponían para vivir felices antes de que los síntomas del tumor le impidieran tener una vida normal.

—Según el grado y la sintomatología actual, disponen de entre cuatro y seis meses antes de que el tumor avance más rápido. Teniendo en cuenta su decisión, podemos ofrecerle una medicación para evitar las cefaleas, los desmayos y las convulsiones el mayor tiempo posible. Y, por supuesto, pueden cambiar de idea en cualquier momento y nos ponemos manos a la obra con el tratamiento del que les hablé la semana pasada.

—Muchas gracias, doctor. Estaremos en contacto.

Muriel y Henri estrecharon la mano del doctor satisfechos de poder disfrutar de esos maravillosos meses que exprimirían al máximo.

67

El verano que descubrí que sabía tocar el piano sin haber aprendido decidí que quería dedicarme a la música.

No le expliqué a mamá el motivo real, tan solo le dije que me gustaría aprender a tocar algún instrumento. A ella pareció ilusionarle mi inquietud artística, por lo que en cuanto que llegamos a Niza buscó una escuela en la que inscribirme. Ni siquiera me preguntó qué instrumento había elegido y aquello me sorprendió.

Al entrar en la escuela de música, lo primero que hice fue mirar el piano que había en la sala.

—¡Vaya! Parece que has elegido bien. ¿Has tocado alguna vez el piano?

—No, nunca —se apresuró a afirmar mi madre—. Pero parece que es el instrumento que ha elegido.

Comencé las clases la tarde siguiente y, cuando me senté en aquel banco de madera y piel delante del piano, mis manos comenzaron a tocar sin ser apenas consciente de ello, de la misma manera que se movían en la casa de la abuela.

El profesor, como es natural, no se creía que nunca hubiera recibido clases anteriormente.

Finalmente, y para que no me tomara por mentirosa, tuve que decirle que había visto tocar en casa de mi abuela y me fijé en el teclado mientras tocaban.

Aquello pareció convencer al profesor y, con una sonrisa, me aseguró que tenía un don. Que solamente mirando era difícil conseguir tocar una melodía, pero que yo no solo la tocaba, sino que lo hacía estupendamente.

Mamá me hizo comprometerme a dedicarme de igual forma a la música que a mis estudios, y así lo hice. Tocar el piano me hacía sentir más cerca de la abuela y de su casa. Y, sobre todo, de aquellos huéspedes que acompañaban a la abuela en su día a día y con los que me sentía tan cómoda pese a no poder verlos.

Una tarde, le pregunté a la abuela si no le apenaba saber que ellos estaban allí sin poder verlos.

Con una sonrisa amarga, me respondió:

—Tuve la inmensa fortuna de conocer a Margaret y a Henri, no así a Laura, pero sentirla tan cerca todos estos años ha hecho que la conociera casi tan bien como a Margaret. La madre de Henri me habló de su infancia juntas, de la historia de esta casa y de todo aquello que las unía más allá de su desaparición física. La presencia de aquellos a los que amamos se hace necesaria para poder recordarlos; sin embargo, tener sus almas cerca cuidándonos es mucho más importante de lo que puedas imaginar, mon trésor.

El verano siguiente a mi experiencia con el piano, la abuela me contó que Laura ya no formaba parte de la casa. Según me explicó, había cumplido su cometido y había decidido partir definitivamente.

En ese momento supe que su cometido era yo. Inculcarme su pasión por la música. Y, una vez conseguido, desapareció.

68

Muriel no sabía lo que era el miedo hasta que no conoció el diagnóstico de Henri.

En algunas de las conferencias a las que había acudido referentes al duelo, a la ansiedad y a las patologías neurológicas se habían referido a él.

Sabía que el miedo es un mecanismo de defensa del cerebro que activa a nuestro cuerpo para defenderse de un peligro o amenaza, nos coloca en alerta y nos mantiene vigilante. Pero el miedo también surge ante la incertidumbre de enfrentarnos a algo totalmente desconocido.

Para Muriel, la enfermedad no era desconocida; había tenido pacientes afectados por tumores cerebrales de diversa índole y conocía perfectamente los efectos que podrían aparecer durante la evolución de la enfermedad.

Lo que desconocía era lo que supondría para ambos emocionalmente, cómo afectaría a la personalidad de Henri la enfermedad, cómo se enfrentarían a aquellos síntomas.

Por primera vez en su vida, sentía la vulnerabilidad de la soledad impuesta, para la que no estaba preparada. Aquel médico había puesto una fecha de caducidad no solo a la vida de Henri, sino también a lo que hasta ahora era su felicidad.

Sin embargo, y a pesar del temor a lo que estaría por venir, no podía más que agradecer el tiempo que habían permanecido juntos y el que les quedaba por disfrutar, sin importar en las condiciones que fuese.

Y se propuso que aquellos meses de los que les habló el oncólogo resultasen felices. Aprovechar el tiempo al máximo compartiendo momentos, lugares y vida. La que les quedaba juntos.

Imaginó viajes, cenas, paseos, tardes en casa cogidos de la mano en el sofá, desayunos en el jardín escuchando el gorgojeo de los pajarillos…

Y pensó, como no, en el poliedro y en si Henri querría permanecer a su lado pese a todo.

Tenían tanto de qué hablar, tantos planes que organizar, tanta vida por vivir, que ninguna enfermedad por dura que fuese iba a impedírselo.

Y, como había visto a lo largo de su experiencia profesional, establecerían juntos una lista de prioridades, de deseos y de objetivos para realizar en aquellos meses.

Cuando le habló a Henri de la lista de prioridades, él le pidió una libreta para ir anotando.

Muriel, emocionada por la buena acogida que había tenido su idea, acudió a su lado con un pequeño cuaderno de flores diminutas y un bolígrafo haciendo juego que él le había regalado hacía un par de meses.

Le vino de inmediato la fecha exacta de la compra. Mientras paseaban cogidos de la mano por la calle Alexander Cabanel de Montpellier, tras comer en uno de sus restaurantes, Muriel entró en una antigua librería atraída por unos volúmenes que observó en el escaparate. Además de los libros, Henri le regaló aquel cuaderno y el bolígrafo. ¡Qué ajenos a lo que les esperaba se encontraban en aquel momento!

Ahora, aquel cuaderno iba a ser testigo de una serie de deseos y necesidades que ambos estaban dispuestos a poner en marcha durante los próximos meses.

Lo primero que Henri anotó fue el viaje a la Bretaña que ella le prometió al inicio de su relación y que no habían encontrado el momento de realizar.

Estaba deseando volver a escuchar leyendas bretonas por boca de Muriel, mientras visitaba esos pueblos de ensueño que prometían las guías turísticas que habían hojeado juntos en alguna librería.

A ella la idea le pareció magnífica y se dispusieron a preparar un viaje inolvidable para ambos.

69

—¿Por qué no me contaste que tengo un hermano? Creo que tengo derecho a saberlo.

—Porque no es tu hermano, es el hijo de tu padre y esa mujer por la que te abandonó.

—Por favor, mamá, no sigas mintiéndome, ya no soy una niña pequeña. Voy a cumplir quince años y quiero conocer a mi padre.

—No mantengo contacto con tu padre desde que eras un bebé. Ni siquiera sé si sigue en la Guayana o no. No puedo ayudarte.

Me dio la espalda y comenzó a organizar libros en la estantería del salón. Era algo que solía hacer para evitar conversaciones que le resultaban difíciles.

Hasta entonces había respetado sus evasivas. Comprendía su situación gracias a las explicaciones de la abuela y también trataba de entender que resultase doloroso para ella hablar de aquellos años.

Sin embargo, ahora ya era una adolescente y la empatía había dejado de ser mi fuerte; no estaba dispuesta a seguir soportando esa falsa organización de libros.

Me escabullí en la habitación y, en secreto, hablé con la abuela por teléfono tras esa tensa conversación mantenida con mi madre. Esta vez no me ayudó a tranquilizarme, estaba convencida de que entendía a la perfección mi malestar.

Lamentó comunicarme que ella tampoco sabía si mi padre seguía en ultramar. Lo poco que conocía era gracias a que seguía manteniendo contacto con la hermana del abuelo Fabrice, en Dinan.

Al ser del mismo pueblo, conocía los datos que la madre de Erwan quería que se supiesen en el pueblo. Además, había vuelto varias veces con su nueva pareja y ese pequeño al que mi madre no consideraba mi hermano. Un niño que, según me contó la abuela, se llamaba Killian y tenía seis años menos que yo.

Sin embargo, desde hacía unos años la tía Loan se había distanciado de la familia de papá y no tenía más información que la

que conocía la abuela. Al parecer, todo el mundo conocía la existencia de mi hermano menos yo.

Mi madre se había encargado de ocultarme algo tan importante por puro egoísmo, pensaba yo. Algo que me había empezado a hacer desconfiar de cada una de las historias de mi vida que había escuchado hasta el momento.

Una tarde, mientras mamá estaba trabajando en uno de sus proyectos, rebusqué en su agenda telefónica y encontré el número del abuelo Loïc. No conocía a mi abuelo por expreso deseo de mi madre, pero ella aún conservaba su número, así que aproveché para anotarlo. Ya encontraría el momento perfecto para llamar y saber algo del paradero de mi padre.

70

La simple idea de organizar un viaje implica un cúmulo de emociones y sentimientos que se complementan con la ilusión y el deseo de que salga lo mejor posible, convirtiendo el itinerario en inolvidable.

El primer viaje que Muriel iba a organizar para compartir el mayor tiempo posible con Henri estaba siendo especialmente emotivo para ella. Pensar que sería su último viaje juntos era una responsabilidad doble. Por un lado, quería que fueran días especiales para compartir, pero también esperaba que le sirvieran para recordar una vez que estuviera sola.

Cada vez que pensaba en su inminente soledad, una punzada en el estómago le hacía estremecerse; aun así, trataba de contener las lágrimas. Unas lágrimas que sabía que eran cada vez más difíciles de evitar.

Tenía que ser un viaje intenso, pero no demasiado agotador. Aunque la medicación estaba haciendo efecto sobre las migrañas y los mareos de Henri, había días en los que se encontraba cansado y melancólico. Cada vez tenía menos ganas de compartir risas y paseos a lo largo del canal.

Ella intentaba normalizar la situación, pero las bromas iniciales tras el diagnóstico habían desaparecido. Ahora él ya no quería hablar de su enfermedad y mucho menos del desenlace final.

Se limitaba a entablar conversaciones banales sobre la comida, las cosas que hacer en casa y comentar alguna noticia que había leído en el periódico o visto en la televisión.

Únicamente el interesante itinerario que Muriel le explicaba mientras lo iba organizando le hacía salir de aquellos pensamientos en los que se sumergía y a los que su compañera no tenía acceso.

La ilusión que ella le entregaba a cada proyecto hacía que se contagiase de su alegría, su luz y su fuerza.

Sin ella le hubiera costado tener sueños; pensaba que la ilusión implicaba un futuro que él había dejado de tener. Sin esperanza no

hay ilusión.

Pero aquello no podía decírselo, no era necesario. Ella le conocía como nadie y estaba seguro de que intuía que sus instantes de ánimo luchaban con denuedo contra su desesperanza.

Pero ella respetaba sus silencios, sus momentos de tristeza, sus ausencias incontrolables durante las conversaciones y su necesidad de dormir sin soñar.

Ella siempre le había parecido la mujer más comprensiva que había conocido y ahora, tras el devastador diagnóstico que ambos tenían que compartir, se estaba dando cuenta de que aquella percepción en forma de flechazo, como bromeaban al recordar la conferencia que les unió, cambió su vida por completo.

¿Cómo hubiera sido su existencia sin la compañía de esa mujer? ¿Cómo habría afrontado aquella noticia en soledad?

Desconocía la respuesta, pero de lo que sí estaba seguro era de que sus últimos días iba a intentar ser feliz, porque si le demostraba que juntos podían seguir soñando, aquel final tan cercano sería menos dramático.

Y estaba dispuesto a permanecer cerca de ella en cuerpo y alma. El poliedro les ayudaría a que así fuera.

71

A pesar de la negativa de mi madre y su insistencia, que llegó a convertirse en un ruego, estaba decidida a pasar un tiempo con ellos. Necesitaba convencerme de que mi madre estaba equivocada al hablar despectivamente de mi padre.

Inicialmente, la intención era hacer una visita temporal de uno o dos meses al acabar el curso. Sin embargo, la visita durante las vacaciones de verano se prolongó dos años.

Aquellos dos años junto a mi padre, Killian y Camille fueron tan diferentes a lo que había vivido hasta entonces que necesitaría escribir un libro para plasmarlos.

Papá había llegado a la Guayana el año de mi nacimiento para sumergirse en un estudio sobre algunos de los animales que formaban parte de la atracción turística de la región de ultramar: tortugas, caimanes y serpientes.

Formaba parte de un equipo científico formado por biólogos marinos, veterinarios, zoólogos y ecólogos.

Su residencia estaba ubicada en Sinnamary, a unos cuarenta kilómetros de la estación espacial de Kourou y a unos 80 de la capital del país, Cayenne.

En aquel grupo de científicos se encontraba Camille, una bióloga marina procedente de Estrasburgo con la que papá comenzó a tener una relación más estrecha que la que entabló con el resto del equipo.

Tras cuatro años de investigación, papá y Camille volvieron a Europa. Se instalaron durante un tiempo en París mientras mi padre realizaba un máster en biotecnología marina. Allí concibieron a Killian y, aunque parece que no fue un embarazo intencionado, sirvió para que se plantearan un futuro juntos. Hasta ese momento la relación era una mezcla entre intereses profesionales, camaradería y pasión.

Tras aquellos dos años en París, se mudaron a la Bretaña. Encontraron trabajo en la estación biológica de Roscoff, algo que a la familia de papá le pareció una idea magnífica. Así mi abuela bretona podría estar cerca del único nieto al que pensó que llegaría a conocer.

Cuando mamá se enteró de que papá se había ido a vivir a Roscoff, el lugar donde siempre había soñado vivir con él, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Desconocía que papá había vuelto de ultramar definitivamente. Sabía que tenía un hijo y que estuvo ampliando su formación en París. Pero supuso que volvería, ya que estaba convencida de que Camille era de la Guayana y que el bebé había nacido allí.

Tras hablar con el abuelo Loïc y decirle a mamá que había encontrado el paradero de mi padre y explicarle que quería hacerles una visita en Roscoff, su rostro cambió. De las lágrimas pasó a la ira; del llanto inconsolable, a los gritos.

Yo tenía ya casi dieciséis años, pero seguía sin entender aquella frustración que siempre acompañaba a mi madre. A veces en forma de tristeza y otras, como aquella, en forma de rabia e indignación.

Me gritaba que no la quería, que prefería a otras personas antes que a ella. Me reprochó haberme criado sola y no agradecérselo. Me habló de la abuela y de lo sola que se había sentido, y recordó al abuelo Fabrice y la falta que le hacía en aquellos momentos.

Como me había aconsejado la abuela, decidí acercarme lentamente y abrazarla. Era lo único que conseguía calmarla en esos momentos. Sin decir nada, solo acercarme, coger sus manos y acercarlos a mi cintura. Así, poco a poco, rompía a llorar desconsoladamente sobre mi hombro hasta que la ira desaparecía.

Cuando conseguía tranquilizarla, solicitaba mi perdón y se metía en la cama. Yo salía de la habitación y la dejaba sola con su duelo.

Aunque a la abuela le preocupaba que no hubiera superado aún ninguno de los dos duelos, ni el de la pérdida de su padre ni el del abandono del mío, mamá nunca estuvo dispuesta a pedir ayuda profesional para superarlos.

72

Desde que comenzó su relación, uno de los lugares especialmente significativos para ellos era Sète.

Ambos conocían el pueblo por separado, pero la primera vez que fueron juntos a comer a uno de los encantadores restaurantes con vistas al canal de la Peyrade se convirtió en el lugar preferido por el que pasear su relación.

Alguna que otra vez habían acudido al Teatro Molière a disfrutar de una de las obras o musicales que allí se exponían. El edificio del teatro era una espectacular sala de estilo italiano construida a principios del siglo XX. Aunque la primera obra que vieron representada fue una pequeña pieza realizada por un grupo de teatro de Montpelier, en la siguiente ocasión se decidieron por la danza, una representación del Claro de Luna de Debussy con la que quedaron entusiasmados.

La ubicación de Sète era el archipiélago de Thau, por lo que la laguna de Thau también había sido testigo de sus paseos. Un pequeño mar interior en el que se crían las ostras y mejillones que luego pueden degustarse en los múltiples restaurantes de la zona.

Durante los meses de verano disfrutaban de las inmensas playas de arena dorada, donde Muriel conseguía olvidar por unos instantes la ausencia de Elise y la pequeña Mallén.

Desde que conocieron el diagnóstico fatal de Henri, el deseo de acudir a Sète aumentó.

A pesar de que estaba a poco más de una hora de Maison Coursan, decidieron quedarse el fin de semana para disfrutar del lugar y concretar el viaje a la Bretaña.

—¿Eres consciente de que este será probablemente nuestro último fin de semana en Sète?

—Tú lo has dicho, probablemente. Ya sabes que, independientemente de lo que hayan vaticinado los médicos, me gusta vivir cada día como si fuera el último. Así que vamos a disfrutarlo lo sea o no.

—Me encanta tu optimismo hasta en los momentos más difíciles.

Muriel recibió el beso de Henri y continuó preparando la ropa que introduciría en la pequeña maleta de fin de semana tratando de que él no percibiera el brillo de sus ojos, unos ojos que estaban a punto de inundarse. Su optimismo tenía un límite, y era evidente donde estaba aquel límite.

En quince días partirían rumbo a la Bretaña y, aunque ella ya tenía en mente algunos de los lugares a visitar, quería compartir con él su propuesta. Y sería ese fin de semana, frente a los canales, cuando organizarían el último viaje juntos de sus vidas.

Muriel estaba tan entusiasmada como triste; llevaba tiempo hablándole a Henri de visitar la zona y nunca terminaban de decidirse. Había tenido que ocurrir algo tan desgarrador para llevarlos a realizar aquel viaje.

73

Instintivamente, abrí la cómoda de nogal estilo art nouveau que había en el salón situado junto al jardín.

Era un mueble con cuatro cajones y un espejo en el centro coronado por hojas de acanto que se encontraba en la pared opuesta a la chimenea del salón. Se utilizaba para almacenar las mantelerías, los salvamanteles y las servilletas bordadas que la abuela heredó junto a la casa.

Cuando tenía nueve años, en el tercer cajón de la cómoda había escondido bajo unos manteles un pequeño pajarito de porcelana blanca.

El pajarito estaba sobre la cómoda cerca de unas bolas plateadas decorativas que la abuela había colocado en una enorme bandeja y en las que solían reflejarse tanto el pajarito como las dos setas de cristal que le acompañaban.

El vaivén que se produjo al tirar de los aros que servían de asideros provocó que el pajarito cayera al suelo, rebotara en la alfombra y se golpeara en las baldosas de mosaico del salón. Desconocía la resistencia que ofrecerían los cajones al abrirlos.

Inmediatamente, me agaché a recoger la figura deseando que no le hubiera ocurrido nada, a pesar del sonido que escuché al caer.

La cabeza del pajarito se había desprendido del tronco. Aunque sabía que la abuela no solía regañarme cuando algo se rompía accidentalmente, conocía el cuidado con el que trataba cada una de las piezas de la casa.

Muchas de ellas habían pertenecido a Laura y otras a Margaret, y cuidarlas con tanto esmero representaba el afecto que sentía por ambas.

Desconocía si aquel pajarito estaba en la casa o había sido adquirido por la abuela, pero decidí ocultar aquel accidente para evitar entristecerla.

Abrí el cajón donde guardaba los enormes manteles de hilo blanco

que cubrían la gran mesa del comedor y los pequeños mantelitos de lino que utilizaba para las bandejas en las que servía la limonada en el jardín. Decía que era mucho más práctico lavarlos que tener que eliminar las posibles manchas en la madera de la que estaban hechas las bandejas.

Debajo de uno de los manteles que nunca vi expuesto en la mesa o las bandejas, coloqué las dos partes de la porcelana rota.

Lo envolví cuidadosamente con la servilleta que formaba parte del juego de aquella mantelería y lo dejé olvidado, cuando escuché el canturreo de la abuela por el pasillo.

Era la primera vez que iba a abrir aquel cajón después de ese día. Lo hice cuidadosamente, con la incertidumbre de lo que iba a encontrar en él.

Ofrecía la misma resistencia que antaño; nadie había tratado de suavizar su apertura.

Levanté con delicadeza los manteles que allí permanecían y, oculto bajo la servilleta azul cielo, encontré al pajarito.

Sorprendentemente, estaba entero. La cabeza permanecía unida al tronco como antes de caer, como si nunca hubiera sufrido aquel accidente.

Pasé el dedo inconscientemente por el cuello y percibí una ligera línea de unión.

Era el tipo de cosas que hacía la abuela. Estoy segura de que aquel día supo desde el principio que se había caído y que yo, asustada, había escondido el cuerpo del delito.

Intuyó que yo volvería a buscarlo o, al menos, a mirar si seguía allí. Sin embargo, probablemente no sabía que lo haría tantos años después.

74

El fin de semana en Sète no fue lo romántico que les hubiese gustado. Muriel había preparado a conciencia cada uno de los dos días que iban a pasar en la ciudad: restaurantes, hotel, paseos, actividades culturales y, por supuesto, descanso.

Sin embargo, él no estaba por la labor y no dejaba de solicitar a Muriel tiempo para descansar, para pensar, para disfrutar de nada.

A pesar de que ya habían pasado cinco años del fallecimiento de Margaret, Henri seguía recordando a su madre cada día.

Y en Sète, no sabía si por su diagnóstico y el desenlace inminente, la presencia de Margaret era constante.

A pesar de que era frecuente escuchar aquello de que el tiempo lo cura todo y de que los duelos tienen una duración limitada, Henri decía que cada vez que decía la palabra «madre» sentía que estaba vacía. Hasta los últimos momentos de la vida de Margaret había podido utilizar aquella palabra con orgullo, pero ahora no había nadie que la llevara. Ya no podía decirle a nadie madre y era lo más duro que le había tocado vivir.

Muriel respetaba su duelo y compartía con él recuerdos, historias vividas e incluso lágrimas. Llorar juntos era algo que Henri agradecía. Descargar su lamento en brazos de la mujer que mejor le comprendía le hacía sentirse mejor.

Su experiencia profesional con familias que habían sufrido un duelo similar le sirvió relativamente. Al fin y al cabo, no existía un vínculo afectivo con ellos como el que llegó a tener con Margaret.

Muriel no solía hablar con nadie de sus padres. No tenía un buen recuerdo de su infancia y prefería dejarlo atrás. Ni siquiera Fabrice, que fue el único que llegó a conocerlos, conocía la infancia difícil de la madre de su hija.

Los padres de Fabrice tenían ese famoso carácter bretón muy suyo. Era como si solo se abrieran a sus paisanos y ella no lo era. Siempre mantuvieron las distancias y, quizá, era ese el motivo por el que Fabrice decía que a ella no le gustaba el carácter bretón.

Por esa razón desarrolló aquel afecto por los padres de Henri. El instinto de protección recíproco que presentaban le resultaba inusual a la vez que enternecedor. Jamás había conocido una relación filioparental como aquella. Y, lo que era más importante, la habían recibido en la familia como parte de ella. Y nunca estaría lo suficientemente agradecida.

Incluso en el momento en el que se hizo evidente la relación con Henri, ella pasó a llamarla hija. Y aquello hizo que Muriel adorase a aquella mujer hasta que espiró su último aliento.

Así, el duelo por Margaret era más compartido de lo esperado por una nuera. Muriel se sintió, por primera vez en su vida, hija.

75

Bajé al jardín en mi intento desesperado por saber qué quería la abuela que hiciera con la casa y si había dejado alguna nota en algún lugar de los que considerábamos especiales. Agotada, me senté en una de las sillas de forja.

Me entristeció ver que los cojines que las cubrían estaban algo descoloridos a causa del sol y la lluvia.

Cuando había tormenta, siempre corríamos a meter los cojines para evitar que se deteriorasen. Me encantaban aquellas pequeñas florecillas que invadían la tela. Eran unas flores rosas con fondo oscuro y hojas en azul cielo.

Y entonces recordé aquella vez en la que una avispa me sorprendió regando los agapantos con la pequeña regadera aguamarina que la abuela me compró para ayudarla a conservar el jardín en perfecto estado.

Solía recordarme que los insectos suelen picar cuando ven invadido su espacio personal, por lo que era muy importante respetar su hábitat.

En ese momento estaba entusiasmada con la regadera, porque era la primera vez que la utilizaba, y, a mis ocho años, ignoré por completo el hogar de los habitantes del jardín. Pensaba, ilusa de mí, que el jardín era nuestro.

Me aproximé a la enorme jardinera en la que descansaban los agapantos azules, la flor que había elegido como preferida aquel año, y con la regadera a medio llenar me dispuse a vaciar su contenido.

Una pequeña avispa a la que no llegué a ver se lanzó empicada a defender su territorio. El dolor fue tan intenso que solté inmediatamente la regadera, que derramó el agua en mis zapatillas de loneta rojas.

La abuela llegó apresuradamente a mi lado y me condujo a la cocina. Allí, sacó un par de hielos de la cubitera y los envolvió en un paño que extrajo descuidadamente del cajón. Mientras besaba mis lágrimas, me colocó el paño con hielo en el antebrazo derecho, que

era el lugar que había elegido la avispa para mostrar su enfado.

Una vez disminuida la inflamación, me aplicó una pomada que era, según me explicó mientras me la administraba, para evitar el dolor y la posible infección.

Cuando me hube calmado, con el brazo inmóvil y un vaso de limonada que cogía a duras penas con el brazo izquierdo, la abuela me explicó que probablemente cerca de los agapantos la avispa y sus compañeras tenían su hogar.

Una vez que se puso el sol, momento en el que las avispas dan por terminada su jornada laboral, nos acercamos sigilosas a la jardinera y allí, semioculto por las hojas, encontramos un avispero del tamaño de una de las pequeñas tazas blancas de café de la alacena.

Yo le pregunté a la abuela si íbamos a destruir el avispero para que no volvieran a picarme, pero ella me miró sorprendida y me dijo que no.

—¿Por qué íbamos a querer expulsar a los insectos de su casa? Este jardín es tan suyo como nuestro, mon trésor. Debes aprender a compartir. Lo único que podemos hacer es acercarnos con precaución. O, lo que es mejor aún, esperar a que ellas duerman para disfrutar nosotras de los agapantos, de las rosas y de aquellas áreas que se encuentran cerca de su lugar de trabajo.

Me contó el tiempo que ella pasaba en el jardín sin incomodar al resto de sus habitantes y que estaría encantada de explicarme cómo y dónde vivían para que aprendiéramos a convivir todos sin molestarnos unos a otros.

Estaba convencida de que si repetía aquellas palabras a mis compañeros de clase o a la señorita Deluc, se burlarían de mí.

Sin embargo, en boca de la abuela, y con aquella forma tan convincente de explicar las cosas, todo me parecía razonable.

76

Al regresar del fin de semana en Sète, Muriel se percató de que el viaje a la Bretaña no tenía razón de ser. La indiferencia con la que Henri respondía a los comentarios que ella hacía respecto al itinerario la convencieron de que su intento para que sus últimos días fuesen lo más activos posibles era improductivo.

Henri pensaba que aquellas listas de deseos antes de morir con las que en las películas se trataba de animar a los moribundos no eran más que un engaño para dulcificarlo.

Aunque en un principio accedió a elaborar con ella aquel listado, enseguida se percató de que no iba a poder cumplirlo; ni siquiera era capaz de disfrutar del mar, del canal de Peyrade ni de ningún otro proyecto que le proponía Muriel.

Lo sentía mucho por ella; notaba cómo se empeñaba en hacerle feliz, en buscar momentos juntos, pero no podía dejar de pensar en el escaso tiempo que le quedaba.

Muriel le había comentado en varias ocasiones cómo sus pacientes pasaban por diferentes periodos tras un diagnóstico fatal: negación, enfado, aceptación y resignación. Pero era evidente que hasta que el enfermo no es uno mismo no es consciente de hasta qué punto se cumplen.

En su caso, la fase de enfado no había llegado. Había pasado directamente de la negación a la resignación. No estaba enfadado y tampoco aceptaba que la vida le hubiera regalado tan poco tiempo.

Trataba de decirse a sí mismo que había podido cuidar de su madre hasta el final, que había conocido a una mujer maravillosa y que también tuvo la ocasión de viajar, ser feliz en su trabajo y conocer lugares increíbles. Pero no era suficiente. Nunca lo es ante un diagnóstico como el suyo.

La mayor parte del tiempo permanecía pensativo, como ausente, y las palabras de afecto de Muriel, la música, la televisión o el murmullo de la gente que pasaba bajo la ventana a sus quehaceres diarios apenas conseguía escucharlas.

Si el tiempo lo permitía, salía al jardín a sentarse y no hacer nada, a ver la escasa vida que le quedaba pasar delante suyo sin ganas de modificar unos días tediosos y tristes.

Muriel respetaba esas ausencias, aunque le apenaba que no fuera capaz de disfrutar del tiempo que aún permanecerían juntos.

Conocía muy bien a Henri; sabía que no destacaba precisamente por ser un hombre optimista y alegre. Era práctico, serio y muy disciplinado, pero también muy activo y servicial.

El día que Henri dejó de preocuparse por su aspecto físico, perdió el interés por comer y permanecía la mayor parte del tiempo adormilado sin apenas dirigirle la palabra, supo que algo iba mal.

Al principio imaginó que la causa era el proceso depresivo habitual tras la noticia y lo difícil que era para él asimilarlo. Posteriormente, se dio cuenta de que había algo más.

Telefoneó al hospital y solicitó una reunión con el neurólogo y el oncólogo que los había atendido en el hospital para exponerles los síntomas que estaba observando últimamente.

Tras escuchar a Muriel, resolvieron que había que volver a realizar pruebas porque parecía que la enfermedad evolucionaba más rápido de lo esperado. Pero cuando llegó a casa y le explicó lo que habían decidido los médicos, Henri se negó. No estaba dispuesto a pasar de nuevo por aquel calvario. Si la enfermedad quería ganarle terreno, no importaba: que acabase cuanto antes.

Y, entonces, Muriel le abrazó. Un abrazo infinito, como a él le gustaba denominarlos. Y lloró, y lloraron juntos durante varios minutos. Y, al separarse, mirándose a los ojos, dijeron simultáneamente:

—Siempre nos quedará el poliedro.

Ambos habían pensado por separado en la magia de aquella figura y ahora ponían en común su deseo.

77

Sabía que la abuela habría dejado algo más que aquel frío testamento en el que me legaba la casa y me empeñé en encontrarlo.

Desde que cumplí los 18 años y decidí continuar mis estudios de música en París, apenas nos habíamos vuelto a ver salvo contadas ocasiones, principalmente las fiestas de Navidad, momento en el que la abuela accedía a visitarnos en Niza para pasar unos días con nosotras.

Yo volaba desde París y ella desde Montpellier hasta Niza y pasábamos la Navidad juntas. Eran unos días en los que la mayor parte del tiempo era yo la que hablaba de mis aventuras parisinas, mis proyectos de futuro y mis ganas de viajar por el mundo.

La abuela estaba feliz de verme tan entusiasmada, aunque percibía la tristeza en sus ojos debida a la compañía indeseada de la soledad. Mamá nunca la visitaba, a pesar de que hablaban por teléfono con relativa frecuencia.

Yo hablaba con la abuela todas las semanas; ella no había viajado nunca a París y mi forma de detallar cada uno de los lugares a los que acudía hacía que tuviera la sensación de estar allí.

Tras pasar aquellos dos años con papá y su nueva familia, pensé que el legado de Laura y su piano me acompañarían siempre, y busqué con ayuda de mi padre el mejor lugar para estudiar música. Me decanté por el Conservatorio Nacional Superior de Música y Danza de París. El tiempo que él vivió en Paris ayudó a encontrar un alojamiento adecuado para el tiempo que durasen mis estudios.

Los años que permanecí con mi padre fueron terribles para mamá. La tristeza que la acompañaba desde el fallecimiento del abuelo Fabrice se convirtió en depresión tras mi partida. Seguía sin solicitar ayuda profesional por más que la abuela o yo insistíamos en que lo hiciera.

Afortunadamente, al año siguiente de mi partida a París apareció en su vida Jérôme y consiguió salir de aquel agujero en el que se fue introduciendo hasta que la terrible oscuridad que vivió en su interior le hizo recapacitar.

Jérôme era un compañero de la clínica de Niza donde trabajaba. Era médico anestesista y, aunque hacía tiempo que se conocían y se llevaban bastante bien, no fue hasta que solicitó la baja laboral, meses después de mi viaje a Bretaña, cuando empezaron a verse más.

Él estaba muy preocupado por su estado físico y mental y trató de hacer algo por ella. Conocía su reticencia a solicitar los servicios de un psicólogo, pero en la clínica en la que trabajaban había una psicóloga y un psiquiatra a los que Jérôme pidió información para ayudar a su amiga.

Sus compañeros le hablaron de que, aunque lo ideal era acudir a sesiones de psicoterapia, podrían ofrecerle algunas pistas de cómo tratarla durante el proceso de recuperación.

Nunca estaré lo suficientemente agradecida, porque, gracias a él, mi sentimiento de culpa por haberla dejado sola fue desapareciendo poco a poco.

El día que la abuela conoció a Jérôme estábamos expectantes por saber qué impresión le causaría. Sin embargo, no me sorprendió que comenzaran a charlar como si se conocieran de toda la vida.

El temperamento de ambos era muy similar, optimistas y con un gran sentido del humor. Además, tenían intereses comunes y enseguida mostraron una conexión que provocó la alegría de la abuela por saber que, a partir de ese momento, Elise sería de nuevo feliz.

78

Los últimos días que Muriel pasó con Henri fueron a la vez los más tristes y los más felices de su vida.

Henri ya acusaba el deterioro físico de la enfermedad. Permanecía la mayor parte del tiempo recostado en el sofá. El tiempo no acompañaba para salir al jardín. La mayor parte del día, un cielo gris se cernía sobre ellos y descargaba algunas gotas que impedían disfrutar del escaso sol de los primeros días de noviembre.

Los seis meses aproximados de los que les habló el doctor Caradec se estaban convirtiendo en menos de cuatro.

Por un lado, Muriel prefería que no se alargase su agonía, pero por otro, el egoísmo que nos lleva a desear pasar el mayor tiempo posible con nuestros seres queridos hace que no queramos que se acabe nunca, aunque seamos conscientes de su sufrimiento. Esto lo había observado en todos y cada uno de los familiares de sus pacientes y, ahora, también en ella misma.

La inminente pérdida de Henri se le hacía cada día más insoportable. Sin embargo, se sentía inmensamente feliz de saber que los últimos momentos los habían pasado juntos, los dos solos, apoyándose mutuamente en un final demasiado precoz.

Henri se había negado a acudir al hospital; tenía su enfermera privada, decía. Nadie mejor que ella para cuidar de él, estar atenta a su tratamiento farmacológico y a las necesidades que presentara.

Los dos últimos días, el sufrimiento en forma de dolor hicieron que tuviera que recurrir a una bomba de infusión para administrarle los potentes analgésicos que precisaba. Había hablado con él de cómo la bomba supondría una disminución en su nivel de consciencia, pero era imprescindible evitar la agitación que solía producirse al final.

Henri, aunque ya no tenía una conversación fluida, no había perdido ni un ápice de comprensión. Y accedió a la administración de la sedación. Fue un día muy especial. Se comunicaba con ella a través de gestos, miradas y sonrisas. Aún le quedaba lucidez para emitir alguna palabra de ánimo, de aliento y de fuerza para que Muriel pudiera superar lo que quedaba por venir.

Fue una despedida emotiva y feliz, porque sabían que el tiempo físico se había terminado, pero les quedaba una vida espiritual ilimitada.

Tras la sedación, no se separó de él ni un momento. Apenas comió nada en esos dos días. Se recostaba en la cama cogiendo su mano y abrazando su delgado cuerpo.

Aunque no estaba segura de que continuara escuchándola, no paraba de recordarle momentos vividos, de susurrarle «te quiero» y de explicarle las ganas que tenía de realizar el ritual, o la invocación, como la denominaban entre risas cuando se referían a ella. Saber que Henri iba a permanecer con ella y poder seguir viviendo el amor que había conocido gracias a él la reconfortaba.

Fueron tantas las veces que se despidió definitivamente pensando que estaba exhalando el último aliento que, cuando llegó el momento real, apenas lo percibió. Sentía cómo su débil respiración elevaba su pecho y recostó su cabeza en el huesudo hombro para acompasar ambas inspiraciones. Y, así, se quedó adormilada. Cuando despertó, el movimiento había cesado, de repente. Entonces supo que era el final, pero también el principio.

Permaneció a su lado casi una hora, sin moverse. Acompañando su cuerpo inerte y derramando las lágrimas contenidas en aquellos últimos días por expreso deseo de él. No soportaba verla llorar y ambos decidieron que tratarían de que el tiempo juntos fuera lo más feliz posible. Ninguno de los dos desconocía que acabarían por llorar igualmente, aunque lo hacían en soledad.

Aunque mantuvo informada a Elise de la evolución de Henri, ni ella acudió a verle ni Muriel le pidió que lo hiciera. Con el fallecimiento de Fabrice había sido suficiente para su hija y no deseaba verla de nuevo involucrada en una situación como aquella. Además, estaba la pequeña Mallén, que en ese momento acababa de cumplir cinco años y requería toda la atención de su madre.

Henri y Elise no habían tenido mala relación, a pesar de que ella siempre pensó que fue él quien hizo a su madre partícipe de aquellos «rituales de invocación de espectros». La sensación de indefensión e incluso miedo que le producía, añadida a la sugerencia de que Fabrice estuviera con ellos, hizo que Elise no volviera a pisar aquella casa nunca más.

79

A pesar de que mamá siempre me habló de la abuela y de que vivía a muchos kilómetros de nosotras, no la conocí hasta que cumplí 6 años. Habíamos hablado por teléfono en alguna ocasión y, gracias a aquellas conversaciones, no me pareció una extraña la primera vez que la vi.

Aunque mamá y yo llevábamos viviendo en España desde mi nacimiento, ella visitaba Francia una vez al año en soledad. Necesitaba regresar. Como se negaba a visitar la casa de Narbonne, se quedaba en Montpellier, en casa del abuelo Fabrice.

Mamá no había querido desprenderse de aquel apartamento porque sabía que en algún momento volvería y me llevó alguna que otra vez sin decirle nada a la abuela. Era una etapa difícil para ella; el duelo por mi padre y por el suyo impedían que tuviera una relación fluida con la gente que la rodeaba. Conmigo era excesivamente protectora, temiendo que me sucediera algo y quedarse totalmente sola.

No había podido mover ni un solo objeto del apartamento de Montpellier. Se encontraba exactamente igual que cuando ambos vivían allí. Era incapaz de retirar la ropa de los armarios, el cepillo de dientes y el perfume del baño, y mucho menos el divertido delantal con la frase «¡J'ai la banane!» que siempre se ponía el abuelo para cocinar.

El día que llegaba, se tumbaba en la cama del abuelo y se pasaba horas abrazada a la almohada llorando su pérdida. Abría el frasco de perfume y dejaba caer unas gotas en su muñeca derecha. Con frecuencia enfermiza, la acercaba a su nariz y la respiraba.

Solo necesitaba pasar un par de noches al año en Montpellier, lo suficiente para no olvidar a su padre. Pensaba que, si no respiraba su aroma, no sentía su ropa en la piel o la almohada en su cuello, desaparecerían los recuerdos.

Cocinaba sus recetas, hojeaba sus libros y se ponía alguna de sus camisetas. Luego volvía a casa y me contaba anécdotas del abuelo, de su vida juntos y de lo divertida que hubiera sido la vida si no le hubieran arrebatado lo que más quería.

No era consciente de que con aquellas palabras decía sin pretenderlo que no me quería tanto como a él y que su vida conmigo no era divertida.

Sin embargo, estaba tan acostumbrada a sus lamentos que no me herían.

Tras enterarse del fallecimiento de Henri, mamá comprendió por experiencia propia que la abuela necesitaría más que nunca mi compañía.

Su objetivo era volver a Francia, aunque no estaba segura de que fuera beneficioso para su salud mental volver a Montpellier, así que la oferta laboral de Niza le pareció ideal.

Una clínica estética de lujo que contaba con cirujanos plásticos, nutricionistas, psicólogos y psiquiatras.

A la abuela le alegró que volvieran a Francia, aunque le entristeció que decidiera mudarse a más de 400 kilómetros de Narbonne.

Mamá había planificado la mudanza para los meses de verano y así fue como ese mes de julio decidió dejarme con ella mientras organizaba el cambio.

Ese año se convirtió en el inicio de los mejores veranos de mi existencia.

80

Sin saber muy bien por qué, me senté en el piano y, mientras acariciaba las teclas sin llegar a formar ninguna melodía, mi mirada se dirigió al atril.

Entre las ya conocidas hojas amarillentas había insertado un folio blanco que contrastaba con las envejecidas y curvadas partituras.

Enseguida supe, sin comenzar su lectura, que aquellas serían las últimas voluntades de la abuela.

Y comencé a leer:

Mon trésor:

No dudé ni un momento en que sabrías encontrar esta carta entre los múltiples lugares de la casa. Ya sabes cómo me gustan los misterios y que encuentres sentido a cada uno de ellos.

Aunque hacía ya varios años que nuestros veranos no eran lo mismo estando separadas, te he sentido cerca como si hubieras estado conmigo. Y sé que a ti te ha sucedido algo parecido.

Esta casa es especial para ambas y, por eso, he decidido que a partir de este momento formes parte de ella.

La frase que te habrán leído en el texto legal es que el inmueble pasa a ser de tu propiedad y eso es lo que ha provocado que tengas las llaves en tus manos.

Sin embargo, sé que tú entiendes perfectamente lo que significa formar parte de la casa.

Mi deseo es que vivas aquí con nosotros. Con Henri, con Margaret y, por supuesto, conmigo.

Antes de partir, mi intuición me llevó a hacer algo que no estaba segura de que podría lograr. Traerme de vuelta sin haber partido aún.

Ya te explicaré cómo, pero sabía que aquella sería mi última noche y, para evitar que tuvieras que hacerlo tú, decidí elaborar yo misma el ritual y encender la lámpara.

El aroma a jazmín que llevas todo el recorrido sintiendo no forma parte de tus recuerdos, ni siquiera mi canturreo.

Llevo esperándote varios días. Henri y yo estamos tan felices de tenerte en casa que necesitamos pedirte algo.

¡Quédate con nosotros!

Vive aquí, Mallén, convierte esta casa en una casa para huéspedes.

Nos encantaría que Maison Coursan fuera disfrutada por más personas, que sintieran el color, la magia y la vida que habita en ella.

En el primer cajón del aparador del comedor encontrarás la solicitud para convertirla en un lugar para albergar turistas que vienen a nuestra maravillosa ciudad a vivirla. Y a su lado, el letrero que anunciará el alojamiento.

Estamos deseando pasar las tardes a tu lado charlando mientras nos regalas tu música.

Bienvenida a casa,

Mamiemur

81

No sabía muy bien cuál sería el momento ideal para traer a Henri de vuelta. Llevaba solamente dos días con sus cenizas en casa y, aunque en un principio tenía pensado llevarlas a Sète, todavía continuaban en la alacena del salón de la planta baja. Era incapaz de decidir cuál sería la mejor opción.

Llevaba toda la tarde pensando en ello sin acabar de decidirse. Entonces abrió la puerta del mueble y, mirando fijamente la urna, dijo en un susurro:

—Henri ¿me ayudarás a decidir qué hacer con ellas?

Subió apresuradamente las escaleras y buscó en uno de los cajones el poliedro y la amarillenta hoja que le acompañaba. Habían comprado una pequeña caja de teca oscura para ubicar tanto la figura como la tela y las instrucciones de uso. Desde que lo habían puesto en práctica, esta iba a ser la tercera vez que lo harían. La diferencia es que ahora lo haría en soledad y eso es lo que más temía.

Desconocía si iba a funcionar; en la hoja ponía que el espíritu tenía que querer estar allí. Aunque lo habían hablado varias veces, últimamente Henri apenas comentaba nada y no estaba segura de que siguiera de acuerdo con la idea de volver.

Le necesitaba tanto que tenía que intentarlo, así que se armó de valor, cogió la tela transparente y, con la pequeña lámpara de la habitación, comenzó a recitar las palabras que ya casi había aprendido de memoria:

—¡Om tare tuttare ture soha!

Como ya ocurrió con Margaret y con Laura, la luz debía permanecer encendida toda la noche y solo si al día siguiente se encontraba de nuevo apagada el alma de Henri le acompañaría el tiempo que le necesitase.

Pero ¿y si la luz seguía encendida por la mañana?

Un escalofrío se instaló en su espalda y le pareció sentir de nuevo el aroma a coco, aunque desde que Henri empeoró no había vuelto a

sentirlo. Ni el aroma a coco ni las teclas del piano.

De hecho, ambos pensaron que Margaret y Laura habían desaparecido definitivamente.

Afortunadamente, no fue así, y aquella noche el piano volvió a sonar mientras Muriel disfrutaba de un té caliente aderezado con unas lágrimas de incertidumbre.

La noche fue larguísima y apenas tuvo ocasión de dormir unos minutos. Prefirió no subir a la cama y permaneció en el sofá con la urna sobre la mesita, aguardando.

Al amanecer evitaba tener que subir, así que decidió alargar el tiempo preparándose un café con leche.

Automáticamente, puso en marcha la cafetera y cogió de la nevera la botella de leche. No le apetecía comer nada. Desde la partida de Henri apenas había probado bocado. Sentía el estómago cerrado y, cada vez que trataba de forzarse a comer, las náuseas la invadían por completo.

De repente, un aroma a mantequilla caliente inundó la cocina. Abrió la ventana por si procedía de la calle, pero al no encontrar el origen del olor volvió a cerrarla. Venía de allí mismo, de la cocina.

Soltó la taza sobre la encimera y corrió escaleras arriba.

Cuando entró en la habitación la lámpara estaba apagada; el aroma a coco de Margaret se encontraba por todas partes y las teclas del piano comenzaron a tocar eufóricas Primavera de Ludovico Einaudi.

Muriel comenzó a girar sobre sí misma al ritmo de la música y a gritar su nombre mezclando lágrimas con carcajadas.